



LOS VAGABUNDOS

Máximo Gorki

Biblioteca Omegalfa

2018

Ω

Máximo Gorki

LOS VAGABUNDOS

Biblioteca Libre

OMEGALFA

2018

Ω

Índice

KONOVALOV

Parte I

Parte II

Parte III

Parte IV

Parte V

MALVA

Parte I

Parte II

Parte III

Parte IV

Parte V

Parte VI

Parte VII

TCHELKACHE

Parte I

Parte II

Parte III

Konovalov

Parte I

Leyendo un periódico, tropezó mi mirada con un nombre conocido -Konovalov- y vi estas líneas:

Ayer tarde, en la cuadra común de la cárcel, Alejandro Ivanovich Konovalov, de cuarenta años, natural de la ciudad de Murom, se ahorcó de la llave de la estufa. Había sido detenido en Pskov por vagabundo y enviado por etapas a su ciudad natal. Según el jefe de la cárcel, era un hombre siempre pacífico, silencioso y soñador. El médico cree que el suicidio se debe a un acceso de melancolía.

Leí esta nota breve, en caracteres pequeños -pues la muerte de los desdichados se anuncia siempre en tipos pequeños- la leí, y pensé que quizá podría explicar la causa que movió a ese hombre soñador a evadirse de la vida. Le conocí en otros tiempos, viví con él. Quizá no tengo derecho a callarme acerca de él; ¡era un buen hombre...! ¡Se encuentran tan pocos que se le parezcan!

... Tenía dieciocho años cuando vi por primera vez a Konovalov. Trabajaba yo en aquella época en una tahona como ayudante del oficial. Este era un ex soldado músico; bebía de un modo espantoso, a menudo echaba a perder la masa, y cuando estaba borracho canturreaba en voz baja y repiqueteaba con los dedos distintas tonadas. Si el tahonero le reñía por la masa perdida o por la hornada que no salía a la hora, se ponía furioso, insultaba al patrón de un modo abominable y no dejaba de alabar su propio talento musical.

- ¿Que se ha secado la masa? -gritaba erizando el bigote rojo y moviendo los gruesos labios siempre húmedos-. ¿Que se ha quemado la corteza? ¿Que el pan está húmedo? ¡Llévete el diablo, mamarracho! ¿Crees acaso que he nacido para hacer tan asqueroso trabajo? ¡Malditos tú y él! ¡Soy un músico! ¿Comprendes? Cuando el trompa estaba borracho, yo tocaba por él; si el serpentón estaba

en el calabozo, yo hacía de serpentón; si el cornetín se ponía malo, yo tocaba el cornetín. ¿Quién iba a reemplazarles? ¡Sutchkov! ¡Presente! ¡A la orden, mi capitán! ¡Tim-tam-tum-tom! Y tú, ¿para qué sirves? Dame la soldada.

Y el patrón, hombre enfermizo y abotargado, con los ojos casi tapados por los carnosos párpados, de cara de mujer, balanceaba su enorme barriga, pateaba con sus pies cortos y gruesos, y gritaba con voz chillona:

- ¡Bandido! ¡Asesino! ¡Judas! ¡Traidor! Dios mío ¿por qué crimen me castigas con la presencia de este hombre?

Y levantaba en alto los brazos, y de repente anunciaba con voz que desgarraba los tímpanos:

- ¿Si ahora te enviara a la prevención por escándalo?

- ¿A la prevención el soldado del zar y de la patria? -rugía el soldado con voz amenazadora y adelantando los puños cerrados.

El patrón retrocedía, escupía, resoplaba y vomitaba injurias. Era cuanto podía hacer. En verano es muy difícil hallar oficiales tahoneros en las ciudades del Volga.

Aquellas escenas se repetían casi todos los días. El soldado bebía, echaba a perder la masa y tocaba valsos de todas las escuelas, números como decía. El amo rechinaba los dientes, y a mí me tocaba trabajar por dos, lo cual no me entusiasmaba.

Así es que me alegré lo indecible cuando entre el patrón y el músico ocurrió la escena siguiente:

- ¡Eh! ¡Soldado! -exclamó el amo que entró con aire de triunfador, brillando en sus ojos una maligna alegría-; ¡eh! ¡Soldado! prepárate y toca el marchen de frente.

- ¿Qué dices? -replicó con sombrío acento el soldado, que, como de costumbre, estaba medio borracho sobre el arcón de la masa.

- ¡Que te marchas a la guerra! -vociferó el patrón.

- No comprendo... ¿Dónde? -preguntó el soldado, que presentía alguna mala pasada.

- Donde quieras; contra el turco o contra el inglés...

- ¿Qué quieres decir? -preguntó colérico el soldado.

- Que no estarás una hora más en mi casa. Sube, cobra y ¡marchen!

El soldado había fiado hasta entonces en la dificultad que hallaría el amo para reemplazarle. Al saber lo contrario, la mala nueva disipó los vapores del vino: comprendió que le sería casi imposible hallar colocación, dada su fama.

- ¡Mientes! -pronunció con angustia, levantándose.

- Vete, vete de una vez...

- ¿Que me vaya?

- ¡Lárgate!

- Esto quiere decir que ya he trabajado bastante... (El soldado sacudió tristemente la cabeza.) ¡Has chupado mi sangre y ahora me echas! ¡Ah, canalla! ¡Araña!

- ¿Yo soy la araña?

El patrón parecía indignado.

- ¡Es claro! ¡Araña, vampiro! ¡Esto eres y no otra cosa! -replicó con convicción el soldado, que salió tambaleándose.

El amo reía con mala intención.

- ¡Busca ahora quien te alquile! ¡Sí! ¡He hecho tales elogios de ti, que ni aun sin sueldo te toman en ninguna parte! ¡Ya me he cuidado de ti!

- ¿Tiene usted un oficial? -pregunté.

- Sí, y de los buenos. Ya ha trabajado conmigo. Trabaja como un ángel. También se emborracha; pero pocas veces... Llega, empieza el trabajo, y durante tres o cuatro meses trabaja como un león. No descansa, ni duerme, ni discute el precio; se le paga lo que uno quiere. Trabaja y canta. Canta tan bien, muchacho, que entenece: el corazón se parte. Canta, canta, y luego se emborracha.

El amo suspiró e hizo un ademán de desaliento.

- Cuando la da por emborracharse no hay quien pueda contenerle. Bebe hasta que enferma o queda en cueros. Entonces siente vergüenza y desaparece, como huye el diablo de la cruz. Toma, hele aquí. ¿Ya vienes para trabajar, Sacha?

- Sí -contestó desde el umbral una voz cavernosa.

Apoyado en el marco de la puerta estaba un hombre de alta estatura, fornido. Su traje era el de un perfecto vagabundo, su rostro y su cuerpo eran los de un esclavo de pura raza. Llevaba una blusa roja desgarrada, sucia y rota de un modo increíble, un ancho pantalón de hilo, y a guisa de calzado llevaba en un pie unos restos de zapato de goma y en el otro una bota de cuero. Los cabellos, de color castaño claro, estaban enmarañados, y entre ellos había virutas, trocitos de papel, briznas de paja; lo mismo podía verse en su barba soberbia, de un rojo subido, que cubría casi el pecho con su ancho abanico. A la cara, larga, pálida y cansada, la iluminaban unos ojos azules, grandes y soñadores, que me miraban con cariño. Sus labios, bellos, aunque descoloridos, sonreían bajo el bigote. Su sonrisa parecía decir:

- Ya lo ven, soy así... dispénsenme.

- Ven aquí, Sacha. Este es tu ayudante -decía el amo restregándose las manos y mirando como con cariño la robusta persona de su nuevo oficial.

Este avanzó sin pronunciar palabra, me tendió su enorme mano y nos saludamos. Sentóse en el banco, alargó las piernas, las examinó y dijo al amo:

- Nicolás Nikititch, cómprame dos blusas, calzado y tela para una gorra.

- Bueno, tendrás cuanto necesitas. Tengo gorras. Esta noche te daré las camisas y el pantalón. Lo único que te pido es que trabajes pronto: ya sé quién eres. No te ofenderé, ni ofenderá nadie a Konovalov, porque él tampoco ha ofendido jamás a nadie. ¿Acaso no se te conoce? Yo mismo he trabajado de firme y sé lo pesado que es el trabajo a veces. Queden con Dios, muchachos; me voy.

Konovalov se sentó de nuevo en el banco. Miraba en torno y sonreía silenciosamente. El taller estaba en un subterráneo abovedado, y las tres ventanas estaban bajo el nivel del piso de la calle. Faltaban luz y aire, pero en cambio sobraban humedad y polvo de harina. A lo largo de las paredes había grandes arcones; uno de ellos contenía la masa, otro, harina, el tercero estaba vacío.

Sobre cada uno de ellos caía desde las ventanas un rayo de luz difusa. Una enorme estufa ocupaba casi el tercio del taller; en el suelo sucio yacían aquí y allá sacos de harina. En el horno ardían enormes troncos, y la llama, reflejada en la pared gris, se agitaba y temblaba como si hablara sin ruido. El olor de la levadura y de la humedad impregnaban la atmósfera insana.

La bóveda parecía querer aplastarlo todo bajo su peso, y la mezcla de la luz del día con la del fuego producía una claridad indecisa y que cansaba la vista. Por las ventanas llegaba un ruido sordo y entraban nubes de polvo. Konovalov miró todo aquello suspiró y volviéndose a medias hacia mí, dijo con voz aburrida:

- ¿Hace mucho tiempo que trabajas aquí?

Contesté; después callamos ambos y nos examinamos uno a otro de soslayo.

- ¡Qué prisión! -suspiró-. ¿Quieres que vayamos a sentarnos a la puerta de la calle?

Fuimos a la puerta cochera y nos sentamos en un banco.

- Aquí por lo menos se respira; no me acostumbraré fácilmente a esta tumba. Imagina que vengo del mar; he trabajado como descargador en el Caspio. ¡Y desde aquella extensión caer en este agujero! Me miró con sonrisa triste y luego calló contemplando a los transeúntes. En sus ojos azules y límpidos había una expresión de indefinible tristeza. Caía la noche. Hacía bochorno. Las sombras de las casas oscurecían la vía pública. Konovalov permanecía sentado, con los brazos cruzados sobre el pecho y acariciando el pelo sedoso de su barba. Veía yo de perfil su rostro ovalado y pálido, y pensaba:

- ¿Qué clase de hombre será?

Pero no me decidía a entablar la conversación por mi propia cuenta, tanto porque era mi jefe como porque sentía una gran deferencia por él.

Campeaban tres arrugas delgadas en su frente; a veces se abrían y desaparecían, y yo sentía curiosidad por saber lo que pensaba aquel hombre.

- Vamos. Debe ser hora de poner la tercera hornada. Tú amasa la segunda mientras yo cuido de la tercera, y luego haremos los panes.

Cuando hubimos pesado y colocado una montaña de pasta en los moldes, preparado una segunda hornada y puesto la levadura en la tercera, nos sentamos para tomar el té. Konovalov, hundiendo la mano bajo la blusa, me preguntó:

- ¿Sabes leer...? Toma, léeme esto...

Y me dio un papelucho sucio y arrugado.

Leí:

Querido Sacha: te saludo y te abrazo. Me aburro, y sólo espero el día en que podré marchar contigo o permanecer a tu lado. Esta vida maldita me hastía lo indecible, tanto como me gustó al principio. Tú ya lo comprenderás; yo sólo lo comprendí al conocerte. Escíbeme en seguida, deseo ver carta tuya. Y hasta la vista y no adiós, amigo barbudo de mi alma. No me quejo, por más que me has dado un gran disgusto, cochino, marchándote sin despedirte. Pero has sido el primero que se ha portado bien conmigo y te aseguro que no lo olvidaré. ¿No puedes intentar mi liberación, Sacha? Mis amigas te han dicho que yo te abandonaré si fuera libre; no lo creas; mienten. Si tienes compasión de mí seré fiel como un perro. Puedes salvarme; hazlo. Cuando te conocí, lloré pensando en mi vida, aunque nada te dije. Hasta pronto

Tu CAPITOLINA.

Konovalov me cogió la carta de la mano y se puso a darle vueltas con una mano, mientras que con la otra se alisaba la barba.

- ¿También sabes escribir?

- Sí.

- ¿Tienes tinta?

- Sí.

- Escribe, pues ¡en nombre de Dios! Escríbele. De fijo que piensa que soy un canalla, que la he abandonado... Escribe...

- Escribiré en seguida, si quieres... ¿De quién se trata?

- De una ramera; ya ves, ella misma habla de su liberación. Esto quiere decir que he de prometer a la policía que me casaré con ella. Así le darán el pasaporte, le retirarán la cartilla, y será libre. ¿Entiendes?

Al cabo de media hora estaba escrita una epístola conmovedora.

- ¡Ea! ¡Lee de una vez! ¿Qué le dices? -preguntó Konovalov con impaciencia.

Había escrito lo siguiente:

No pienses, Capa, que soy un canalla y que te he olvidado; lo que ocurre es que me emborraché y no me queda ni un kopek, de nuevo trabajo; pediré al patrón que me adelante dinero, lo enviaré a Felipe y te sacaré de ahí. Ya enviaré dinero para el viaje. Hasta dentro de poco.

Tu ALEJANDRO.

- ¡Hum...! -murmuró Konovalov rascándose la cabeza-, no escribes muy bien. No es bastante tierna tu carta. No hay lágrimas. Tampoco me maltratas e insultas, como te había recomendado.

- ¿Para qué?

- Para que vea que siento vergüenza de mi propia conducta y que advierto mi falta hacia ella. En vez de esto has escrito de corrido, sin pensar. ¡Pon alguna lágrima cuando menos!

Puse con gran éxito las lágrimas exigidas. Konovalov quedó satisfecho y, poniéndome la mano en el hombro, me dijo con voz profunda y cordial:

- ¡Muy bien...! Gracias. Veo que eres un buen muchacho... Seremos camaradas. ...

No lo dudé y le pedí que me hablara de Capitolina.

- ¿Capitolina? Es una niña, una niñita. Hija de un comerciante de Viatka... Sí, faltó una vez y luego continuó hasta ir a parar a un burdel... ¿Sabes? Fui, y me pareció una niña. Dios mío, me decía, ¿es posible? Y nos hicimos amigos... Se echó a llorar. Yo la consolé: Ten paciencia, no llores; te sacaré de aquí; aguarda. Ya lo tenía todo preparado, hasta el dinero... Pero me emborraché y fui a

parar a Astrakán. Luego vine aquí. Alguien le habrá dicho dónde estaba. Ya me escribió a Astrakán...

- Y ¿qué? -pregunté- ¿piensas casarte con ella?

- ¿Casarme? ¿Y cómo? Siendo, como soy, un borracho, valiente novio haría. No, no es eso. Haré que la dejen en libertad y que se vaya después adonde se le antoje. Quizá hallará colocación. Volverá a ser una persona.

- Pero dice que vendrá a vivir contigo.

- ¡Bah! Eso son tonterías tuyas. Todas las mujeres son así... Las conozco muy bien. He tenido varias. Una era una tendera muy rica. Ejercía yo entonces de ecuyer en un circo y se fijó en mí. Ven, me dijo; serás cochero en mi casa. El circo empezaba a aburrirme; consentí y fui. Me colmó de atenciones y de cariño. Tenían una gran casa, caballos, criados; vivían noblemente. Su marido era bajo, rechoncho como el amo y ella esbelta, graciosa y ardiente como una gata. Me acuerdo que cuando me abrazaba y me besaba en los labios, parecía que tuviese ascuas en el corazón. Temblaba como un azogado. Y ella me besaba y lloraba, lloraba; se estremecía de pies a cabeza. Le preguntaba: ¿Por qué lloras, Vera? Y me contestaba: No comprendes nada, Sacha; ¡eres un niño! Era una buena mujer. Y tenía razón; soy muy torpe; no comprendo nada. Vivo sin pensar.

Se calló y me miró con sus grandes ojos. En ellos brillaba algo que parecía a un tiempo espanto e interrogación, algo ansioso y soñador, que hacía más bello su rostro triste y hermoso.

- Y, ¿cómo terminaron tus amores? -inquirí.

- Mira, algunas veces se apodera de mí un hastío terrible, tan grande y tan profundo, que casi no me deja vivir. Es como si estuviera solo en el mundo y no existiera nada fuera de mí. Entonces lo aborrezco todo, todo. Y me doy asco a mí mismo y los demás me lo producen también. Probablemente es una enfermedad que tengo. Esto es lo que ha hecho que me entregara a la bebida... Antes no bebía. Cuando sentí el fastidio le dije a ella: Déjame marchar, Vera, ¡no puedo más! - Qué, ¿ya no te gusto? Y se reía con risa forzada. No, dije; no es que tú me canses; es que yo

mismo me aburro y necesito espacio y luz. Al principio no me comprendió y se puso a injuriarme y a gritar... Luego comprendió. Bajó la cabeza y me dijo: Bien, ¡vete, vete! Lloró. Sus ojos eran negros y todo su cuerpo muy moreno. Su pelo era también negro y rizado. No era de familia de tenderos; su padre fue empleado. Sentí lástima de ella y asco de mí. ¿Por qué había cedido a sus deseos? No supe explicármelo. Ella sí que sabía que su marido le disgustaba. Parecía un saco de harina por lo rechoncho y bajo. Lloró mucho... se había acostumbrado a mí. Yo era muy cariñoso con ella; la tomaba en brazos y la mecía. Dormía y yo la miraba. Un ser humano es muy hermoso dormido: respira y sonrío, y esto es todo. Cuando estábamos en el campo, íbamos a dar paseos en coche. Ataba la caballería a uno de los árboles del bosque y nos sentábamos a la sombra. Vera me hacía echar, me ponía la cabeza sobre su falda y leía. Escuchaba, escuchaba, y al fin me dormía. Me leía historias muy bonitas. Hay una que no olvidaré jamás: la del mudo Guerassimo y del perrillo que amaba. Era mudo, un desdichado a quien nadie amaba sino su perrillo. Se burlaban de él; pero se consolaba acariciando a su amiguito. Es una historia lastimosa... Ocurrió en tiempos de los siervos. La señora le dijo: Mudo, ahoga al perro; ladra demasiado. Y el mudo fue y se metió en un bote y se llevó al perro y marchó... Al llegar a tal punto, yo temblaba de pies a cabeza. ¡Dios mío! ¡Quitar a una persona su única alegría y matarla! ¿Qué orden es este? ¡Ah! ¡Es una historia asombrosa! Y, además, ¡verdadera! Hay gentes para quienes el universo entero se encierra en un solo objeto, digamos un perro, por ejemplo. Y ¿por qué un perro? Porque no hay ningún hombre que ame al hombre, y el perro le ama. Es imposible vivir sin amor ninguno; para eso se nos dio el alma, para poder amar... Me leía muchas historias. Era una buena mujer, aun ahora la echo de menos... Si no lo dispusiera así mi suerte, no la hubiera abandonado hasta que ella misma lo indicara o su marido advirtiese nuestro enredo. Era muy cariñosa, que es lo esencial... No que fuera espléndida y me hiciera regalos; no. Su corazón era cariñoso. Me besaba así, como una mujer... y después se enternecía y entonces era buena, buena. Me miraba al alma, me hablaba como una niñera a un chiquillo, o como una madre. Entonces parecía yo

un niño de cinco años. Y, sin embargo, la abandoné... ¡a causa del hastío! ¡Es incomprensible! Adiós, le dije, Vera. ¡No me guardes rencor! Adiós, Sacha, me respondió. Y en un arranque extraño me levantó la manga hasta el codo, y hundió sus dientes en mi carne. ¡Habría chillado de buena gana! Casi me arrancó un bocado. Durante tres semanas tuve malo el brazo... Y aún guardo la señal...

Y enseñando su brazo de bogatyr, musculoso, blanco y hermoso, me lo enseñó riendo entre triste y compasivo. En la piel, cerca del codo, había una cicatriz, dos semicírculos que casi se juntaban. Konovalov miraba y movía la cabeza sonriendo.

- Diantre la mujer -repetía-, me dejó buen recuerdo.

Había oído yo mil historias por el estilo. Todos los vagabundos tienen en su pasado una tendera o alguna señora de la aristocracia, y todos ellos hablan de una u otra de distinto modo, como de un ser fantástico, reuniendo los caracteres físicos y psicológicos más contradictorios. Si hoy aparece con los ojos azules y es pizpireta y alegre, estén seguros de que al cabo de una semana se habrá convertido en una morena de ojos negros, cariñosa y llorona. Y, generalmente, el vagabundo habla a fuer de escéptico, con una abundancia de detalles humillante para ella.

Pero el relato de Konovalov no despertó mi desconfianza como otras historias de igual jaez; había en él algo que no puede inventarse, detalles imprevistos; aquellas lecturas en el bosque, el epíteto de niño aplicado al corpachón de Konovalov.

Imaginábame una mujer esbelta durmiendo en sus brazos, con la cabeza apoyada en su pecho de toro; -era aquello tan hermoso que me hizo creer en su veracidad-. Y su entonación triste y suave acordándose de la tendera, no era una entonación vulgar. Un verdadero vagabundo no habla jamás de tal modo de las mujeres ni de nada; quiere siempre hacer creer que se burla de todos y de todo.

- ¿Por qué callas? ¿Te figuras acaso que he mentado? -preguntó Konovalov expresando un dejo de inquietud en la voz.

Estaba tumbado sobre los sacos de harina, sosteniendo con una mano el vaso de té y alisándose la barba con la otra. Sus ojos

azules me miraban interrogándome, y las arrugas de su frente se dibujaban con limpieza.

- Debes creerme... ¿Qué sacaría de mentir? Ya sé que todos los vagabundos contamos patrañas... No puede ser de otro modo, amigo: el que nada bueno tiene en su vida, no causará daño a nadie por inventar una historia y contarla luego como verdadera. A fuerza de contarla la cree él mismo, y esto le agrada y consuela. Muchos hombres soportan la vida por eso. Pero yo te he contado la verdad escueta. ¿Qué hay de raro en ello? Una mujer se aburre porque todo lo que la rodea es raquítico. Verdad que yo sólo era un cochero, pero para una mujer lo mismo da un cochero que un caballero o un oficial... ¡todos son hombres...! Y todos son unos marranos también, todos buscan igual cosa, y todos procuran tomar más y pagar menos. Un hombre sencillo vale más, porque es escrupuloso. Yo soy muy sencillo... Las mujeres lo comprenden en seguida... ven que no les haré mal, es decir, que no me reiré de ellas. Una mujer, cuando ha faltado, lo que teme más es la burla. Son más delicadas que nosotros. Tomamos lo que necesitamos, y luego siempre estamos dispuestos a pregonar nuestra hazaña... Una tonta más que se ha caído ... y la mujer no sabe dónde refugiarse, pues todos le reprochan su falta. Todas, hasta las más perdidas, tienen, créemelo, más delicadeza que nosotros.

Konovalov me miraba con expresión soñadora, con sus grandes ojos límpidos como los de un niño, hablando sin cesar y asombrándome cada vez más con sus palabras. Parecíame estar envuelto en una bruma tibia que depuraba mi corazón, ya manchado por el fango de la vida.

La leña ardía en la estufa, y el montón resplandeciente de las brasas proyectaba en la pared una mancha rojiza y temblorosa.

Por la ventana nos miraba un cacho de cielo con dos estrellas. Una de ellas, grande, brillaba como una esmeralda; la otra, muy próxima a su vecina, apenas era visible.

Parte II

Al cabo de una semana, Konovalov y yo éramos amigos.

- Eres un buen muchacho. ¡Muy bien! -me decía con su alegre sonrisa y golpeándome amigablemente el hombro con su manaza.

Trabajaba como un artista. Daba gusto ver cómo manejaba un montón de masa que pesaba siete puds, y lo echaba en una artesa, o cómo, inclinado sobre ésta, lo amasaba hundiendo hasta el codo sus brazos poderosos en la masa elástica que gemía bajo sus dedos de acero.

Al principio, viéndole echar al horno los panes crudos, que apenas tenía tiempo yo de sacar de la artesa para ponerlos en su pala, temía que los pusiera unos sobre otros; pero cuando hubo sacado tres hornadas sin que ninguno de los ciento veinte panes, hermosos, altos y dorados, se hubiera deformado, comprendí que era un artista en el oficio. Gustábale el trabajo, tomábase interés por lo que hacía, poníase triste cuando el horno cocía mal o la pasta no se esponjaba; enfadábase e insultaba al patrón que compraba harina húmeda, y, por lo contrario, se sentía dichoso como un niño cuando los panes salían del horno, redondos y regulares, dorados y con una corteza delgada y crujiente. A veces, tomaba de su pala el pan más bonito, y haciéndolo saltar de una mano a la otra, se quemaba, reía y exclamaba:

- ¡Mira qué hermosura hemos hecho entre los dos!

Agradábame ver aquel hombre gigantesco entregado de todo corazón al trabajo, tal como yo creo que todos los hombres deben trabajar.

Una vez le dije:

- Sacha, ¿dicen que cantas tan bien?

Se puso serio y bajó la cabeza.

- Sí canto, pero me ocurre pocas veces. Cuando empiezo a aburrirme, entonces es cuando canto... Y si canto, es que el hastío se acerca. No me hables de eso, no me tientes. Y tú, ¿no cantas?

Claro que sí; pero te ruego que no lo hagas y que te contentes con silbar. Luego ya cantaremos los dos juntos. ¿Te parece bien?

Consentí, como es natural. En cuanto sentía ganas de cantar, silbaba. Pero a veces, no podía contenerme, y empezaba a tararear en voz baja, amasando o moldeando los panes. Konovalov me escuchaba moviendo los labios, y al cabo de un momento me recordaba mi promesa. Algunas veces, me gritaba rudamente:

- ¡Cállate, no gimas!

Un día saqué de la maleta un libro, y, colocándome junto a la ventana, me puse a leer.

Konovalov dormitaba tendido en el arcón de la masa; pero el ruido que hacían las hojas al volverlas yo nerviosamente, le hizo abrir los ojos.

- ¿Qué libro es este?

Eran los Podlipovtsi.

- ¿Quieres leer en alta voz?

Comencé a leer. Se incorporó, y con la cabeza apoyada en mis rodillas, escuchó la lectura. A veces, nuestras miradas se encontraban, y advertía en sus ojos gran ansiedad. Siempre me acordaré; estaban abiertos, abiertos, atentos... Su boca entreabierta, mostraba una doble hilera de dientes. Me animaba aquella atención, y procuraba leer de un modo bien claro y dar relieve a la historia de Cissoiko y Pila.

Cuando me cansé, cerré el libro.

- ¿Se ha acabado?

- No; falta la mitad.

- ¿Me lo leerás todo?

- Si quieres, sí.

- ¡Ya lo creo!

Quedó silencioso algunos momentos. Por fin dijo:

- ¡Qué bien lees! Hasta imitas sus voces... Es como si les viera. Aproska gruñe. Pila... ¡Imbéciles! Y luego, ¿qué ocurrirá? Sí, lo cierto es que son hombres como nosotros; son campesinos de

carne y hueso... Oye, Máximo. Hagamos una hornada, y volvamos a leer.

Lo hice como deseaba, y leí cerca de dos horas. Hubo que cuidar nuevamente del pan y de la pasta. Trabajamos aprisa y en silencio.

A horcajadas en un saco de harina, Konovalov me miraba.

Estaba amaneciendo cuando terminé mi lectura. Konovalov parecía absorto.

- ¿Estás contento?

Movió la cabeza, entornó los ojos y me preguntó en voz baja:

- ¿Quién ha escrito eso?

Se leía un gran asombro en los ojos de Konovalov, y se adivinaba en ellos una viva curiosidad.

Le expliqué quién había escrito el libro.

- ¡Vaya un hombre! Es maravilloso. ¿Qué le han dado?

- ¿Eh?

- Sí, ¿qué recompensa?

- Ninguna.

- ¿Cómo? Si este libro es como un atentado de policía. Se lee y se le juzga. Cissoiko y Pila parecen buenas personas. Todos les compadecen. Son cándidos, inocentes... ¿Qué vida es la suya? Entonces...

- ¿Qué?

Konovalov me miraba turbado, y dijo con timidez:

- Se debía hacer un reglamento. También esos son hombres y merecen que se cuide de ellos.

En contestación pronuncié casi un discurso, que no produjo ¡oh decepción! el efecto que imaginaba.

Konovalov se puso pensativo, bajó la cabeza y suspiró. Advertí que no me atendía, y callé.

- Y ¿no le han dado nada?

- ¿A quién? -pregunté, olvidado ya de Rechetnikov.

- Al inventor.

Sentí despecho. No le contesté, comprendiendo que mi oyente no era capaz de interesarse por asuntos universales y se limitaba a pensar en la suerte de un solo hombre.

Sin esperar mi respuesta, tomó el libro, lo examinó con cuidado, lo abrió, y luego, dejándolo, suspiró profundamente.

- ¡Qué raro es esto, Dios mío! -dijo a media voz-. Escribe un hombre un libro... hojas de papel con unos puntos encima, y nada más... lo ha escrito, y... ¿ha muerto?

- Sí, ha muerto -contesté lacónicamente.

Entonces aborrecía yo la filosofía, y más aún la metafísica; pero Konovalov, sin preocuparse de mis aficiones, prosiguió:

- Ha muerto; ha quedado el libro y se lee. Se toma el libro, se mira y se pronuncian diferentes palabras. Escucha uno y comprende... Existían en el mundo Pila, Cissoiko y Aproska ... Se compadece a esas gentes aun cuando no se las haya visto nunca. Por la calle hay muchos semejantes a ellos, pero no los conoce uno; pasan, no te miran, no te fijan... Y en el libro no existen... Y, sin embargo, les compadesces hasta sufrir con ellos... ¿Cómo se explica esto...? ¿Y el inventor murió sin recompensa? ¿Por qué no le otorgaron una?

Me irrité de veras y le expliqué cuáles eran las recompensas de los autores.

Konovalov me escuchaba abriendo desmesuradamente los ojos con espanto y moviendo los labios como si sufriese.

- ¡Vaya unas costumbres! -murmuró mordisqueándose la punta del bigote y bajando tristemente la cabeza.

Entonces le expliqué la influencia fatal que ejercía la taberna en la vida del escritor ruso, las inteligencias poderosas y claras que anonadó el aguardiente, único sostén de su existencia penosa.

- ¿También ellos beben?

En sus ojos dilatados brillaba la desconfianza hacia mí y la piedad hacia los otros.

- Con que ¿beben? ¿Acaso cuando terminan un libro?

Aquellas eran, a mi juicio, preguntas superfluas, y no contesté a ellas.

- Sí, debe ser después -decidió Konovalov-; estudian la vida y beben todo su dolor. ¡Sus ojos deben ser extraordinarios...! Y su corazón también; contemplan la vida y deben sentir una tristeza... Vierten su tristeza en los libros... Pero esto no les alivia porque tienen el corazón herido, y para arrojar la tristeza no sería bastante el fuego... Entonces la disipan con el aguardiente... Y beben... ¿No es así como digo?

Le di la razón y esto pareció complacerle. Continuó su desarrollo sobre la psicología de los escritores.

- Yo creo que se les debería animar, ¿verdad? Comprenden más que los otros y dicen lo que hay que corregir. ¿Qué soy yo, por ejemplo? Un vagabundo... un perdido, un borracho. Mi vida no tiene explicación. ¿Para qué vivo? No tengo casa, ni hogar, ni mujer, ni hijos... ni siquiera deseo nada de esto. Vivo y me aburro. ¿Por qué? No lo sé. ¿Cómo explicar todo esto? A mi alma le falta algo, eso es. ¿Comprendes? Busco y me aburro, y no sé por qué.

- ¿A qué fin dices eso?

Apoyada la cabeza en una mano, me miraba, y su rostro expresaba una extrema tensión de espíritu, el trabajo de un pensamiento que busca el modo de expresarse.

- ¿Qué a qué fin? Por el desorden de mi vida. Es decir, que no sé dónde estar... ni qué hacer, y esto es un desorden.

Le probé que no tenía nada de qué quejarse: era un hecho lógico de un pasado lejano. Era una triste víctima de las circunstancias, un ser igual a los demás por su naturaleza, pero que, por una serie de injusticias históricas, hallábase reducido socialmente a cero. Terminé repitiendo:

- No has de acusarte de nada. Te han hecho mucho daño.

Callaba sin dejar de mirarme. Vi que en sus ojos apuntaba una sonrisa clara y bondadosa, y esperé su respuesta. Con un movimiento suave, femenino, se acercó a mí y me puso la mano en el hombro.

- ¡Qué bien hablas de todo, hermano! Se conoce que has leído muchos libros. Se ve en seguida. Lo mejor es que hablas de ello con compasión. Es la primera vez que oigo hablar así. ¡Es asombroso! Por regla general, se acusan unos a otros cuando todo va mal. Tú, por lo contrario, acusas a la vida, las costumbres. Tú afirmas que el hombre no es culpable, y que si está escrito que el hombre ha de ser un desarrapado, desarrapado queda. De los presos hablas también de un modo raro. Dices que roban porque no tienen trabajo, o porque tienen hambre... ¡Debes tener un corazón muy débil!

- Espera -dije-; ¿te parece a ti bueno o no lo que digo?

- Tú debes saberlo mejor que yo, puesto que sabes leer y escribir... Sí, respecto de los otros tienes razón; pero en cuanto a mí ...

- ¿Qué?

- En cuanto a mí es otra canción... ¿Quién tiene la culpa de que me emborrache? Mi hermano Pavelka no bebe, tiene una tahona en Perm. Yo trabajo tan bien como él, y soy un vagabundo y un borracho, y no tengo casa ni hogar. Y, sin embargo, somos hijos de una misma madre. Es más joven que yo. No debo haber nacido como es preciso. Tú mismo dices que todos los hombres son iguales, nacen y viven lo que han de vivir y mueren. Yo, en cambio, soy un hombre distinto... Y no soy yo solo... hay otros... pertenecemos a otra casta sin duda. Necesitamos leyes distintas... leyes muy severas para arrancarnos de la vida. Para nada servimos y a todos estorbamos. ¿Quién es el culpable para con nosotros? Nosotros somos culpables para con la vida... Nuestras madres nos concibieron en mal hora y esto es todo.

Quedé anonadado por esta refutación inesperada de mis argumentos... Konovalov, aquel hombre formidable de claros ojos, se ponía a sí mismo fuera de ley común con tan ingenua tristeza, que quedé trastornado. Experimentaba un placer en acusarse; brillaban de satisfacción sus ojos cuando me gritaba con su recia voz de barítono:

- Cada cual es dueño de sí mismo y a nadie hay que culpar si yo soy un miserable.

En boca de un vagabundo, de uno de esos seres entreverados de hombre y bestia, hambrientos, casi desnudos, me sorprendieron tales palabras.

- ¿Cómo quieres -contesté-, que un hombre no ceda cuando tantas fuerzas le abruman?

- ¡Que resista!

- Y ¡cómo hacerlo!

- ¡Que pruebe!

- ¿Por qué no probabas tú?

- Porque ya te digo que tengo la culpa de mi desgracia... No he encontrado apoyo... ¡En vano lo he buscado!

Fue preciso cuidar del pan y ambos tratamos de convencernos de que teníamos razón; pero no lo conseguimos, y, concluido nuestro trabajo, nos acostamos silenciosamente.

Konovalov tendióse en el suelo y se durmió en seguida. Yo me eché sobre los sacos de harina, y contemplé su cuerpo poderoso tendido, como un bogaryr, sobre la estera. Amanecía. La atmósfera estaba impregnada de olor a pan caliente, a masa agria y a óxido de carbono... A través de los cristales cubiertos de polvo de harina, nos miraba el cielo gris. Una carreta rodaba con estruendo por la calle. Un pastor tocaba la flauta para reunir su rebaño.

Konovalov roncaba. Miraba yo levantarse su ancho pecho, e imaginaba el mejor medio de convertirle a mi fe, pero no resolví nada y me dormí.

A la mañana siguiente preparamos la levadura, y, después de lavarnos, nos sentamos en una de las arcas para tomar el té.

- ¿Tienes un libro?

- Sí.

- ¿Leerás?

- Sí.

- Eso me gusta. ¿Sabes lo que haré? En cuanto se acabe el mes, pediré dinero al amo y te daré la mitad.

- ¿Para qué?

- Para que compres libros. Compras los que quieras para ti y algunos para mí. Escoge los que hablan de campesinos... como el de Pila y Cissoiko, y sobre todo procura que estén escritos con compasión y no para entretenimiento. Hay libros que no valen nada. Panfilka y Pijatka, aun cuando tiene una lámina en la cubierta, no vale nada. Los Puchekhontsi son pura fábula; no me agradan. Ignoraba que hubiera libros como los tuyos.

- ¿Quieres la historia de Stenka Rasine?

- ¿Stenka...? ¿Es bonita?

- Sí.

- ¡Bien!

Momentos después, le leía la monografía de Kostomarov: La rebelión de Stenka Rasine. Al principio, aquella obra genial, especie de poema épico, no gustó a mi barbudo oyente.

- ¿Cómo no tiene conversaciones? -dijo mirando el libro.

Cuando se lo expliqué, no pudo menos de bostezar. Se turbó y dijo:

- Sigue... sigue... no hagas caso...

Gustábame su delicadeza y fingí no comprender a qué se refería.

Pero a medida que el escritor pintaba con su pincel de artista los rasgos de Stenka y el príncipe de la partida libre del Volga surgía de las páginas del tomo, Konovalov parecía transformarse. Indiferente y aburrido al principio, velados y soñolientos los ojos, se reveló poco a poco bajo un aspecto inesperado. Sentado en el arcón de enfrente, ceñidas las rodillas por los brazos y descansando el mentón en ellas de modo que la barba le caía sobre las piernas, me miraba con avidez, y en sus ojos brillaba un fuego extraño bajo el entrecejo fruncido. Había desaparecido toda su candidez infantil. Todo lo que tenía de sencillo, de femenino y cariñoso, todo cuanto armonizaba con sus ojos azules y dulces, ahora oscuros y entornados, habíase eclipsado. Había algo de leonino, de fogoso en el paquete de músculos de su cuerpo. Me detuve y le miré.

- ¡Lee! -insistió, y en su voz vibraban el ruego y la irritación a un tiempo.

Continué, lanzándole de cuando en cuando una ojeada, y vi que se inflamaba más y más. Emanaba de él como un vapor cálido que me exaltaba y embriagaba. En una excitación nerviosa llena de presentimientos extraordinarios, llegué a la captura de Stenka.

- ¡Le han cogido! -gritó Konovalov.

El dolor, la indignación, la cólera, el deseo de libertar a Stenka, vibraban en su clamor potente.

Tenía sudorosa la frente y los ojos dilatados. Habíase puesto en pie, grande y exaltado; se detuvo ante mí, me tocó el hombro, y habló seria y rápidamente.

- Espera. No leas. ¡Di! ¿Qué sucederá ahora? ¡No, no lo digas! ¿Lo matarán? ¿Sí? ¡Lee aprisa, Máximo!

Creyérase que Konovalov era hermano de Stenka. Era como si los lazos de la sangre, indisolubles y fuertes aún, a pesar de los tres siglos transcurridos, uniesen a aquel vagabundo con Stenka, como si el vagabundo sintiera, con toda la energía de su cuerpo, redivivo y fuerte, con toda la pasión de su alma triste y sin apoyo, el dolor y la cólera del águila orgullosa aprisionada trescientos años antes.

- ¡Lee, en nombre de Dios!

Leía yo turbado, conmovido, sintiendo latir mi corazón al unísono del de Konovalov y asociándome como él a la desesperación de Stenka. Llegamos a la escena del tormento.

Konovalov rechinaba los dientes, y sus ojos azules brillaban como ascuas. Se inclinaba sobre mi hombro, y no apartaba los ojos del libro. Su aliento levantaba mis cabellos y me los hacía caer sobre los ojos. Sacudí la cabeza para apartarlos. Konovalov lo notó y apoyó en mi frente su pesada mano.

- Y entonces Stenka hizo rechinar de tal modo los dientes, que los arrojó al suelo escupiendo sangre.

- ¡Basta...! ¡Al diablo! -gritó Konovalov.

Y arrancándome el libro lo tiró al suelo con toda su fuerza y se desplomó sobre él. Lloraba, y como le daban vergüenza sus

lágrimas, rugía para no sollozar. Se ocultaba la cabeza entre las rodillas y lloraba limpiándose con su mandil de hilo, no muy limpio.

Estaba yo sentado enfrente de él y no sabía qué decirle para consolarle.

- ¡Máximo! -decía Konovalov-; ¡es horrible! ¡Pila, Cissoiko y luego Stenka...! ¡Qué desdicha! Escupió sus dientes... ¡Dí!

Se estremecía de pies a cabeza. Aquellos dientes escupidos por Stenka le habían impresionado lo indecible y se horrorizaba al hablar de ello.

Ambos estábamos como anonadados por aquel cuadro de tortura.

- ¿Me volverás a leer eso? -dijo Konovalov recogiendo el libro y dándomelo.

Calló un momento y añadió luego:

- Enséñame dónde está eso de los dientes.

Se lo indiqué y hundió la mirada en aquellas líneas.

- ¿Se escribe así: Escupió sus dientes? Las letras son iguales a las demás. ¡Señor cuánto debió padecer! Y ¿Qué le pasa después, le matan? ¡Alabado sea Dios, le matarán!

Expresó aquella alegría de la muerte con tal ardor, brilló en sus ojos tan intenso alivio, que me estremeció aquella compasión, aquel anhelo de muerte para el atormentado.

Todo aquel día transcurrió para nosotros de un modo extraño; hablamos de Stenka, de su vida y de las canciones que inspiraron su tormento y su muerte. Una o dos veces, Konovalov empezó a cantar con su voz de barítono, pero se interrumpió en seguida.

Nuestra amistad fue más estrecha desde aquel día.

Parte III

Volví a leerle muchas veces La rebelión de Stenka Rasine, Taras Bulba, de Gogol, y Los desdichados, de Dostoievski. Taras gustó mucho a mi oyente, pero no borró la impresión profunda del libro de Kostomarov. En cuanto a Los desdichados, le parecía ridículo el estilo de las cartas.

- No leas esto, Máximo... Es un farrago indigesto... El le escribe, ella le contesta... me parece tiempo perdido... ¡Que se vayan al diablo! No es triste ni gracioso; ¿por qué escribirán así?

Le recordé los Podlipovtsi; pero no fue de mi parecer.

- Eso es distinto de Pila y Cissoiko. Son personas vivientes. Viven y luchan; pero ¿y éstos? Escriben cartas... es fastidioso... Ni siquiera son gentes, son sombras... Si se juntaran Taras y Stenka, esos sí que harían grandes cosas. ¡Señor, lo que harían! Entonces Pila y Cissoiko hubiesen estado mejor, ¿eh?

Comprendía mal la diferencia de épocas, y en su cabeza todos sus héroes favoritos vivían a un tiempo. Solamente que unos vivían en una comarca y otros en otra. Le expliqué que ni Pila hubiese hallado a Stenka ni éste a Taras, aun cuando se hubiesen puesto en camino.

Esto desconsoló a Konovalov cuando lo entendió.

Los días de fiesta salíamos al campo. Llevábamos pan, aguardiente, un libro, y desde por la mañana íbamos al aire libre, como decía Konovalov.

La fábrica de cristal nos encantaba. Así se llamaba un edificio no muy apartado de la ciudad, con el techo hundido y los sótanos llenos todo el verano de un lodo líquido y apestoso. Cuando el río se desbordaba, lo cual ocurría todos los años, la base del edificio se bañaba en el agua y se cubrían sus paredes de verde musgo. Como los charcos y pantanos la protegían contra las muy frecuentes visitas de la policía, albergaba, aun destechada y ruinoso, a muchos miserables sin domicilio.

Siempre había huéspedes. Andrajosos, sucios, temerosos de la luz del día, vivían como búhos en aquel antro. A nosotros nos recibían muy bien, porque llevábamos pan tierno, aguardiente y callos en abundancia. Con un par de rublos organizábamos una buena comida para las gentes de la fábrica, como se decía.

Nos pagaban en relatos, mezcla de la más ingenua verdad y de la más cándida invención. Nos querían a su modo, y casi siempre me escuchaban con atención. Cierta vez les leí: ¿Por qué se vive bien en Rusia? (Un poema de Nekrassov), y escuché observaciones curiosas al par que carcajadas.

Todos los hombres que luchan por la vida, que están presos en su lodo, son más filósofos que Schopenhauer, porque jamás una idea abstracta tomará una forma tan precisa como la que el dolor arranca de un cerebro. La conciencia que tenían de la vida aquellos hombres vencidos por ella, me sorprendía. Konovalov escuchaba con la evidente intención de contradecir al narrador.

No creía las patrañas que le contaban aunque no revelara sus dudas.

- ¿No me crees? -preguntaba con tristeza el vagabundo.

- Sí; ¿por qué no te he de creer? Hasta cuando se advierte que se miente se puede creer, es decir, escuchar y procurar adivinar por qué se ha mentado. A veces la mentira da a conocer mejor el estado del alma que la misma verdad... Y ¿qué podemos decir de nosotros? La más lastimosa, mientras que podemos inventar... ¿No es eso?

- Sí, pero ¿por qué movías la cabeza?

- ¿Por qué? Porque razones mal... Hablas de tu vida como si no pudieras dirigirla... ¿Quién ha de hacerlo, pues? Nos quejamos siempre de los hombres; señal de que ellos pueden quejarse de nosotros. Se nos impide vivir; señal de que impedimos la vida a alguien. ¿No es eso?

Y Konovalov añadía sentenciosamente:

- Es preciso buscarse una existencia desahogada y que no estorbe a nadie. ¿Por qué no lo hacemos? Y ¿quién debe hacerlo?

Cual si temiese una objeción, contestábase él mismo:

- Nosotros, nosotros y nadie más. Si no lo hacemos, no es culpa de nadie; somos... lo que ya sabes.

Contestábanle justificándose, pero él se obstinaba en que todos éramos culpables.

Nadie le apeaba de su idea, ni era capaz de entender su juicio de la humanidad. A veces los hombres parecía que habían de tener deberes, a veces le parecían esmirriados, débiles, incapaces de otra cosa que de quejarse.

Estas discusiones duraban a menudo desde el mediodía a las doce de la noche y volvíamos de la fábrica con agua hasta la rodilla.

En una ocasión por poco nos ahogamos en un pantano; en otra hubo que pasar la noche en la prevención con veinte de nuestros amigos, de quienes la policía sospechaba.

Cuando no teníamos ganas de filosofar marchábamos al campo, muy lejos, a orillas del río; encendíamos una hoguera y departíamos acerca de la vida o leíamos en voz alta. A veces Konovalov proponía con expresión soñadora:

- Máximo, miremos al cielo.

Y tendidos de espaldas mirábamos la bóveda sin fondo del firmamento. Al principio oíamos el ruido de las hojas, el rumor del agua ... Después, lentamente, el cielo azul nos atraía; perdíamos la noción de la vida, nos sentíamos apartados de todo, como si bogáramos por el desierto del cielo medio dormidos, extáticos, esforzándonos en prolongar el encanto sin proferir una palabra.

Permanecíamos así muchas horas, y volvíamos luego al trabajo, confortados con el contacto de la naturaleza.

Adorábala Konovalov con ardor mudo, que denunciaba el brillo de sus ojos, cuando en el campo o a orillas del río se impregnaba de dulce alegría, lo cual dábale más parecido con un niño.

- ¡Ah, qué hermoso!

En esta sencilla exclamación había más sentimiento que en toda la retórica de nuestros poetas. Estos se extasían para sostener su reputación de hombres que comprenden la belleza, y no porque

sientan el encanto sin par de la gran madre nuestra, fuente de la vida, manantial de fuerza.

Parte IV

Así pasaron dos meses, durante los cuales Konovalov y yo hablamos y leímos mucho. La rebelión de Stenka había sido tan releída, que Konovalov recitaba páginas enteras de memoria, sin vacilar.

Fue para él aquel libro lo que uno de cuentos de hadas es para los niños. Llamaba por el nombre de sus héroes los objetos que manejaba, y un día que cayó al suelo y se hizo añicos un cacharro, gritó con ira y pesar:

- ¡Pobre viejo guerrero!

A los panes mal cocidos los llamaba Frolka, a la levadura pensamientos de Stenka. Esto era sinónimo de todo lo grande, extraordinario y poco afortunado. No habíamos recordado en todo ese tiempo a Capitolina.

Sabía que le envió dinero por conducto de cierto Felipe, encargándole que saliese fiador de la chica en su nombre, pero ni uno ni otro le habían contestado.

Una noche, cuando metíamos el pan en el horno, abrióse la puerta, y una voz de mujer, tímida y decidida a un tiempo, dijo:

- Dispensen...

- ¿Qué desea usted? -pregunté.

- ¿Es aquí donde trabaja el panadero Konovalov?

La luz de la lámpara caía sobre su cabeza cubierta con un pañuelo blanco, que encuadraba un rostro redondo, lindo, con la nariz remangada, las mejillas carnosas y los labios rojos y gruesos.

- Sí...

- ¡Sí, aquí es! -exclamó con súbita alegría Konovalov, arrojando la pala y yendo al encuentro de la visitante.

- ¡Sacha mío! -suspiró ella.

Se dieron un abrazo, para lo cual Konovalov tuvo que inclinarse bastante.

- ¿Qué hay? ¿Hace días que estás aquí? ¿Eres ya libre...? Ya lo esperaba... Ahora estás en el buen camino...

Konovalov parecía querer excusarse con ella; no retiraba los brazos que conservaba en el cuello y en la cintura de la joven.

- ¡Máximo! Arréglate hoy como puedas; yo cuidaré de la señora. ¿Dónde estás alojada, Capa?

- En ninguna parte, he venido aquí directamente.

- ¡Aquí! Aquí es imposible... Esto es una panadería. Nuestro amo es un hombre muy rígido. Iremos a otra parte para pasar la noche... Busca una habitación.

Se marcharon. Hice su trabajo y pensaba no ver a Konovalov hasta por la mañana, cuando, al cabo de tres horas, reapareció. Aumentó mi asombro al ver su rostro fatigado y triste.

- ¿Qué tienes? -le pregunté.

- Nada -contestó abatido, escupiendo con rabia.

- Sin embargo...

- Nada, te digo, ¡déjame!

Se tendió cuan largo era sobre el arcón y añadió:

- Después de todo es una mujer, y esto lo explica todo.

Me costó mucho hacerle hablar, y he aquí lo que por fin me dijo:

- Te repito que es una mujer. Si no hubiera sido un imbécil, no me pasaría esto. ¿Comprendes? Tú dices: Una mujer es un ser humano. Ciertamente que no anda a cuatro patas, que no paca la hierba, que habla y que ríe, y que no es un animal por lo tanto. Sin embargo, no por eso vale mucho más. Capitalina ha pensado esto: Quiero vivir contigo, ni más ni menos que si fuera tu mujer, o tu perro, como quieras. Es una tontería... Pero pequeña, le dije, eres imbécil; no puedes vivir conmigo; primeramente porque soy un

borracho, además porque no tengo casa, y en fin que soy un vagabundo, y esto... y lo otro. Y ella contestó: No me importa que seas un borracho, todos los obreros lo son, y, sin embargo, se casan. Yo contesté: Capa, no puedo complacerte, porque soy incapaz de llevar una vida ordenada. Y ella: Pues me tiraré al río. No me pude contener; la llamé idiota, y entonces ella comenzó a injuriarme y a llorar, y a decir que yo era un perdido y a recriminarme por haberla sacado de su burdel. ¿Qué hago ahora?

- Verdaderamente, no sé cómo se te ocurrió sacarla de aquella casa.

- ¡Hombre! La saqué porque me dio lástima, y todos la hubieran compadecido en mi lugar; pero ¿casarme o enredarme con ella? ¡Eso no! ¡Buen marido haría yo! Si me sintiera capaz de serlo, ya haría tiempo que estaría casado. Hubiera podido coger una dote y una buena casa... Si rabia o si deja de rabiar, poco me importa... Lo siento, pero no lo puedo llorar.

Movió la cabeza para afirmar mejor que no podía, se levantó y, erizando con ambas manos la barba y el pelo, se paseó por la habitación.

- Máximo -me dijo con gran turbación- si quisieras ir a verla y explicarle mi situación... Ve, hermano.

- ¿Qué le diré?

- Toda la verdad. O dile, por ejemplo, que padezco una enfermedad cruel... Es una gran idea.

- ¿Y a eso llamas toda la verdad? -dije riendo.

- Tienes razón... pero es una buena idea. ¡Que la lleve el demonio! ¿Casarme yo? Maldito si se me ha ocurrido jamás.

A pesar de lo cómico de su narración, el aspecto dramático de esta aventura me preocupaba.

Konovalov continuaba paseándose y hablando en voz baja:

- No te puedes figurar el asco que me ha dado. Me atrae y me absorbe como un pantano sin fondo. ¡Ya encontrará quien la quiera! No es muy inteligente, pero es astuta.

Hablaba en él su instinto nómada, su deseo ingénito de libertad que aquella mujer parecía querer coartar.

- No, no me pescará. ¡Soy un pez con muchas escamas! He aquí lo que haré.

Se detuvo en medio de la habitación, sonriendo al seguir el hilo de sus ideas. Mirábele yo procurando adivinar su resolución.

- ¡Máximo...! ¡Vámonos a Kugabne!

Maldito si esperaba esta salida. Tenía sobre él mis proyectos literarios y pedagógicos; pensaba enseñarle a leer y que aprendiera cuanto yo sabía en aquella época. Estaba interesado en ver los resultados... Me había ofrecido continuar en la tahona todo el verano, y de pronto se le ocurría...

- ¿Qué diablos dices? -le pregunté asombrado.

- Eso; ¿qué quieres que haga?

Le dije que tal vez Capitolina le dejaría en paz, y que valía más ver en qué paraba todo aquello.

Así lo hizo. Hablábamos sentados cerca del horno de espaldas a las ventanas. Era media noche y hacía un par de horas que Konovalov había vuelto. De pronto, detrás de nosotros, se oyó un ruido de cristales rotos y una enorme piedra cayó con estrépito en el suelo. Nos pusimos en pie asustados y corrimos a la ventana.

- ¡Mal tino! -gritó una voz aguda- no apunté bien, sino...

- Vámonos -rugió una voz de bajo. Ya le arreglaré después...

Una risa histérica, cascada, que crispaba los nervios, llegaba hasta nosotros por el boquete que abriera la piedra en el cristal.

- ¡Es ella! -dijo con rabia Konovalov.

Al pronto, no vi más que dos piernas que colgaban de la acera y en el espacio vacío que había ante nuestras ventanillas. Se movían de un modo raro, golpeando con el talón la pared, como si buscaran un apoyo.

- Vámonos -repetía la voz de bajo.

- Déjame, no me sujetes. Deja que le diga lo que quiero. ¡Sacha! ¡Adiós...!

Siguieron injurias espantosas.

Acercándome a la ventana vi a Capitolina. Inclined hacia adelante, de bruces en la acera, procuraba inspeccionar el interior de nuestra habitación; su pelo desgreñado le caía por el rostro y el pecho. Llevaba el pañuelo echado atrás y tenía desgarrado el cuerpo del vestido. Capitalina, sumamente borracha, decía despropósitos, juraba, lanzaba gritos salvajes, y tenía el rostro congestionado y bañado en llanto.

Inclinábase sobre ella una alta figura varonil. Apoyábale una mano en el hombro, y gritaba sin cesar:

- Vámonos, vámonos.

- ¡Sacha! Me has perdido... Créelo. ¡Maldito seas! ¡Dios te castigue! Esperaba... arreglarme... y te has mofado de mí, bandido. ¡Ah! ¿Te ocultas, te da vergüenza? ¡Ah! ¡Maldito...! ¡Sacha, querido mío!

- No me oculto -dijo con voz sorda Konovalov, subiéndose al arcón para acercarse a la ventana-. No me oculto, y tuya es la culpa... Pides cosas imposibles.

- ¡Oh! Sacha, ¿quieres matarme?

- ¿Por qué te has emborrachado? ¿Acaso sabías lo que haría yo?

- Sacha, Sacha, tírame al río.

- ¡Ea, vámonos!

- ¡Granuja! ¿Por qué te fingiste bueno?

- ¿A qué viene este escándalo?

Se oyó el silbato del sereno, que durante un momento dominó el vocerío.

- ¿Por qué demonios te he hecho caso? -sollozaba la joven.

Después se estremecieron las piernas, subieron rápidamente y desaparecieron en la oscuridad. Oyóse una conversación sorda, rumores extraños.

- Yo no quiero ir a la prevención. ¡Sacha! -gritaba con desesperado acento Capitolina.

Resonaron pesados pasos en la acera, y se oyeron nuevos sollozos y gritos.

- ¡Sacha, querido!...

Parecía que se martirizase a alguien. El ruido se fue alejando y desapareció como una pesadilla.

Confusos, aniquilados por aquella escena tan rápida, Konovalov y yo mirábamos a la calle, y aun creíamos escuchar aquellos gritos, aquellas injurias y aquellos gemidos lastimosos.

- Ya se acabó -dijo sencillamente y con dulzura Konovalov, escuchando la calma de la sombría noche que le miraba, severa y silenciosa-. ¡Lo que me ha dicho...! -añadió con asombro, después de un momento-: Ya estará en la prevención... borracha... con ese pazuato.

Dio un hondo suspiro; se sentó sobre un saco, y apretando la cabeza con ambas manos, me dijo en voz queda:

- Dime, Máximo, dime lo que ha sucedido, es decir, qué parte de culpa tengo yo en ello.

Le contesté que toda la culpa era suya. Debió prever, desde el primer momento, cómo acabaría la aventura, y, en vez de esto, se dejó llevar y no pensó en nada. Me sentía irritado contra él, y los gritos de Capitolina y los vámonos del borracho resonaban aún en mis oídos, y no me inspiraba lástima alguna mi camarada. Me escuchaba con la cabeza baja, y cuando acabé, la levantó, y leí en su rostro el espanto y el asombro.

- ¡Está bien! Y ¿qué puedo hacer yo por ella?

Su acento era tan sincero, expresaba tanta compasión hacia la joven, que le tuve lástima y pensé que me había mostrado demasiado duro con él.

- ¿Para qué la sacaría de allí? ¡Dios mío, lo que me ha dicho! Iré a la prevención a interceder por ella, y veremos qué sucede. ¿Te parece que vaya?

Observó que no resultaría nada bueno de aquella entrevista, por la sencilla razón de que Capitolina estaba borracha y probablemente ya dormía.

Pero Konovalov se obstinaba en su idea.

- Voy a ir. Espera. De todas maneras, la quiero. Quédate aquí...
Vuelvo pronto.

Calzó las altas botas que tanto le gustaban, se puso la gorra y salió rápidamente de la tahona. Terminé mis quehaceres y me acosté. Cuando por la mañana miré maquinalmente el sitio donde dormía mi compañero, aún no estaba allí. Apareció por la noche, sombrío, desgredado, con el entrecejo fruncido y los ojos soñolientos. Sin mirarme, se acercó a los arcones, vio el trabajo que yo había hecho y tumbóse, sin hablar, en el suelo.

- ¿La viste?

- Para eso salí.

- Y, ¿qué?

- Nada.

Era evidente que Konovalov no quería hablar. Pensé que aquel mal humor duraría poco, y no le importuné preguntándole. Permaneció silencioso aquel día, dirigiéndome únicamente algunas frases breves referentes al trabajo. Hubiérase dicho que algo se había extinguido en él. Trabajaba con lentitud y de mala gana, como entorpecido por sus pensamientos. Por la noche me dijo:

- Léeme algo de Stenka.

Sabiendo que la descripción del tormento era lo que más le impresionaba, escogí aquel trozo. Escuchaba tendido boca arriba, mirando sin pestañear la bóveda del techo.

- Stenka ha muerto. Acabaron con ese hombre -dijo pausadamente Konovalov-. Sin embargo, en aquel tiempo se podía vivir. Se era libre. Había sitio para desperezarse, ámbito para explayar el alma. Ahora sólo hay sosiego y sumisión... Examinándolo bien, se advierte que la vida está muy bien organizada. ¡Libros, escuelas! Y, sin embargo, el hombre vive sin protección alguna y nadie se cuida de él. No debe hacerse daño a nadie, y es imposible dejar de hacerlo. Las calles de las ciudades están limpias, pero las almas de las gentes están turbias. Nadie comprende nada.

- ¡Sacha! ¿Qué harás con Capitolina?

- ¿Qué? ¿Con Capa? ¡Se acabó!

Hizo un ademán resuelto.

- ¿Fuiste tú quien rompió?

- ¿Yo? No... Ella fue la que rompió conmigo mismo.

- ¿Cómo?

- Muy sencillo; ha vuelto a las andadas. Está como estaba. Sólo que antes no se emborrachaba, y ahora sí... Saca los panes, voy a dormir.

Callamos ambos. La lámpara echaba humo, y la corteza del pan crujía en los estantes al secarse. En la calle, frente a nuestras ventanas, hablaban los serenos. Oíase un ruido extraño; era como el chirrido de una falleba o como el gemido de una persona. Saqué los panes y me acosté; pero no pude dormir y quedé con los ojos entornados, escuchando los rumores de la noche. De repente vi que Konovalov se levantaba. Cogió el libro de Kostomarov y lo aproximó a sus ojos. Veía perfectamente su rostro preocupado, veía cómo pasaba el dedo por sobre las líneas, cómo movía la cabeza, volvía las páginas, las miraba fijamente, y después me miraba a mí. Algo extraño e insólito revelaban sus facciones preocupadas y adelgazadas. Me miró largo rato.

No pude contenerme y le pregunté qué hacía.

- Pensé que dormías -contestó turbado.

Sentóse a mi lado y me habló vacilando.

- Quería preguntarte si en algún libro pudiera hallar indicaciones sobre el orden de la vida, sobre lo que hay que hacer... Quisiera que me explicaran qué acciones son malas, y cuáles inofensivas... Cree que me preocupan mis acciones... Aquellas que creía buenas, a lo mejor resultan malas. Esto me ha sucedido con Capa.

Suspiró profundamente y continuó su interrogatorio:

- Mira a ver si me encuentras un libro tal como yo lo quiero. Si lo encuentras me lo leerás.

Reinó un corto silencio.

- ¡Máximo...!

- ¿Qué?

- ¡Cómo me ha maltratado Capitolina!

- Olvídalo.

- Ciertamente... Pero en fin, dime, ¿estaba en su derecho?

El problema era espinoso. Después de reflexionar, contesté afirmativamente.

- Eso mismo pienso yo; sí, tenía razón -exclamó Konovalov con tristeza.

Dio una vuelta sobre la estera, se levantó muchas veces, fumó, sentose a la ventana y se tendió de nuevo. Me dormí, y al despertarme no le vi en el taller. Volvió a la noche. Hubiérase dicho que estaba cubierto de una especie de polvo y que, en su mirada turbia, había algo inmutable. Tirando a un lado la gorra, suspiró y se sentó junto a mí.

- ¿Donde has estado?

- Con Capa.

- Y ¿qué?

- Hemos acabado, hermano, ya te lo había dicho. No se puede hacer nada con mujeres de esa calaña.

Procuré distraerle hablando de la fuerza de la costumbre y de otras cosas por el estilo. Konovalov callaba con obstinación y miraba al suelo.

- No se trata de eso. No soy más que un hombre contagiado. No merezco vivir. Cuando me acerco a alguien, le contagio el mal. Llevo dentro de mí la desgracia. ¿A quién proporcioné placer en este mundo? A nadie. Y he tratado a muchos. Soy una calamidad.

- ¡Qué tontería!

- Es la verdad -dijo con un ademán que expresaba su convicción.

Traté en vano de disuadirle; pero de mis razonamientos no sacaba en claro más que era un hombre que no sabía adaptarse a las conveniencias sociales. Su rostro estaba demacrado y sus ojos habían perdido la expresión infantil.

- ¿Qué tienes, Sacha? -le pregunté.

- Nada, que empieza la crisis. Dentro de poco beberé aguardiente. Ya siento como un ascua en el pecho. A no ser por esta aventura, me hubiera contenido, pero ahora... Las personas inteligentes debían explicar a los otros las acciones necesarias para que no se turbe el orden social, porque, sin orden, la sociedad no es posible. ¿Verdad?

Ensimismado en este pensamiento, no escuchaba mis reflexiones. Un día, oyendo por centésima vez mis proyectos de reorganización social, casi se enfadó.

- ¡Mira! Ya sé esa historia... No se trata de la vida, sino del hombre. Lo principal es el hombre, ¿entiendes? Según tú, mientras todo se transforma, el hombre ha de parecer inmutable. Pues no es eso. A él debes transformarlo, enseñarle su camino. Todo lo demás es una farsa.

Protesté; él se exaltaba, poníase sombrío y exclamaba de mal talante:

- ¡Déjame en paz!

Partió una tarde, y no volvió en toda la noche ni al día siguiente. Apareció el patrón grave y preocupado, y me dijo:

- Sacha se divierte. Está en la Pared. Tendremos que buscar otro amasador.

- Tal vez vuelva.

- No lo creo -repuso el patrón-; conózcole demasiado bien.

Fui a la Pared, tabernucho ingeniosamente empotrado en una pared de gruesas piedras. No había ventanas, y la luz penetraba por una claraboya. Era, en fin, un agujero abierto en el suelo y tapado con tablones. Estaba impregnado de olor a tierra, a tabaco malo y a aguardiente, perfumes todos los que a la media hora mareaban. Pero los concurrentes, sombríos personajes sin ocupación conocida, estaban acostumbrados y permanecían allí todo el día, esperando algún obrero borracho para desplumarle.

Konovalov se había sentado ante una gran mesa redonda, en el centro de la taberna, rodeada de seis individuos respetuosos y

vilmente aduladores, que vestían fantásticos trajes harapientos, con caras de bandidos de Hoffman.

Bebían cerveza y aguardiente mezclados, y comían algo así como bizcochos de lodo seco.

- Beban amigos, beban cuanto puedan. Tengo dinero y ropa. Me durará tres días. ¡Lo beberemos todo y amén! No quiero trabajar más ni permanecer en este país.

- ¡Esta ciudad es detestable! -dijo otro que parecía interrogar al techo y que añadió-: No hemos venido a este mundo para trabajar.

Gritaron todos a un tiempo, para probar a Konovalov que tenían derecho a beber de un modo desmedido, y a elevar este derecho hasta el deber de beberlo todo con ellos.

- ¡Hola, Máximo! -exclamó Konovalov-. Toma, fariseo, ¡bebe! ya he descarrilado por completo, hermano. ¡Se acabó! Quiero beberlo todo... Cuando no me quede más que el pelo, haré alto. ¿Quieres beber?

No estaba ebrio aún, pero sus ojos azules brillaban con un resplandor de desesperado aburrimiento, y su soberbia barba, que le cubría el pecho como un abanico de seda, se le movía a causa del temblor nervioso de la mandíbula. Tenía desabrochada la camisa, y en su frente blanca centelleaban gotitas de sudor, y su mano, tendida hacia mí con un vaso de cerveza, no parecía muy firme.

- ¡Vámonos, Sacha! -dije poniéndole la mano en el hombro.

- ¿Marcharme? -y se echó a reír-. Si hubieras venido diez años antes y me lo hubieras dicho, quizá..., pero ahora, tanto vale continuar; ¿por qué no? Comprendo todo lo que ocurre y no comprendo nada, y no conozco siquiera mi camino... Siento y bebo porque no puedo hacer nada mejor... ¡Bebe también!

Sus compañeros me examinaban con desagrado, y los seis pares de ojos me miraron con aire de reto. ¡Pobres! Temían que me llevase a Konovalov y se terminara el festín que esperaban tal vez hacía una semana.

- ¡Hermanos! es mi camarada ¡Un sabio que el diablo confunda!
¿Que me dices, Pila? Este, hermanos, no es un libro, sino sangre y lágrimas. ¡Ah! Pila, soy yo... Máximo, y Cissoiko también soy yo ... Te lo juro. Ya está explicado.

Con los ojos desmesuradamente abiertos, me miraba con espanto, y su labio inferior temblaba nerviosamente. De mala gana me hicieron un lado y me senté junto a Konovalov, en el mismo instante en que tomaba un vaso de cerveza con aguardiente. Deseaba sin duda aturdirse en seguida, por medio de aquel brebaje. Después de beber, tomó una de aquellas tajadas de buey que parecían arcilla cocida, la miró y la tiró por encima de su hombro contra la pared. Sus compañeros gruñían como una jauría hambrienta que huele la presa.

- Soy hombre al agua... ¿Por qué me echó mi madre al mundo? ¡Quién sabe! Adiós Máximo, ya que no quieres beber conmigo. No volveré a la panadería. El amo me debe dinero. Pídeselo, tráelo y lo beberé. No, guárdalo para libros, ¿quieres? Sí, tómalo. ¿No? ¡Pues eres un marrano! ¡Vete, vete!

Se embriagaba y sus miradas eran feroces.

Los compañeros estaban dispuestos a echarme a puntapiés. Sin esperarlo me marché. Tres horas después entraba de nuevo en la Pared. El grupo de Konovalov había aumentado. Todos estaban borrachos: él menos que los otros. Cantaba, con los codos apoyados en la mesa, y miraba el cielo por la claraboya. Le escuchaban los borrachos en diferentes actitudes. Algunos eructaban. Konovalov cantaba con voz de barítono que, en las notas altas degeneraba en falsete, como les sucede a los obreros. Ocho rostros estúpidos y colorados le miraban, y de cuando en cuando se oían gruñidos y regüeldos.

La voz de Konovalov vibraba, lloraba y gemía, y producía tristeza ver a aquel buen muchacho cantando su lamentable canción.

Aquella atmósfera, las caras abotargadas y sudorosas, las dos lámparas de las paredes negras de barro y de humo de la taberna, su pavimento de tierra y la sombra que invadía aquel agujero, todo era fantásticamente horrible. Creyérase que aquella gente estaba

enterrada viva, y que uno de ellos, cantaba por última vez, antes de morir, dando un adiós al cielo. Una tranquila desesperación, un hastío sin límites vibraban en el canto de mi compañero.

- ¿Estás aquí, Máximo? ¿Quieres ser mi essaul (Vocablo para designar, entre los cosacos del Don, el grado superior)?. Ven, amigo mío -dijo tendiéndome la mano e interrumpiendo la elegía-. Estoy dispuesto, hermano... Juntemos una horda; encontraremos gente de sobra. ¡Esto no es nada! llamaremos a Pila y Cissoiko y les daremos de comer. ¿Qué te parece? ¿Quieres? Tú traerás los libros y nos leerás Stenka y los demás. ¡Ah! ¡Qué triste, qué triste estoy!

Golpeó con toda su fuerza la mesa, los vasos y botellas bailaron, y los borrachos, despertándose, llenaron la taberna de un ruido infernal.

- ¡Beban, camaradas! -gritó Konovalov-, beban cuando puedan.

Me fui. Detúveme en la puerta, y oí que Konovalov espetaba discursos con lengua estropajosa. Cuando volvió a cantar, me marché de la taberna.

Dos días más tarde, Konovalov había desaparecido de la ciudad.

Tiempo después le vi de nuevo.

Parte V

Es preciso haber nacido en una sociedad civilizada para tener la paciencia de vivir en ella toda la vida y no sentir nunca el deseo de alejarse de esa esfera de convenciones penosas, de venenosas mentiras consagradas por el uso, de ambiciones enfermizas, de estrecho sectarismo de diversas formas, de falta de sinceridad, en una palabra, de toda la vanidad de vanidades que hiela el corazón, corrompe la inteligencia, y con tan poca razón se llama vida civilizada. He nacido y me he criado fuera de esta sociedad, y por tal motivo no puedo aceptar su cultura a fuertes dosis, sin sentir en seguida la necesidad de salir de su cuadro y olvidar las complicaciones múltiples, los refinamientos enfermizos de tal existencia.

Se aburre uno en el campo tanto como entre gentes civilizadas. Es preferible frecuentar las callejuelas miserables de las ciudades, donde si todo es sucio, es por lo menos sincero y sencillo, o bien pasear por campos y caminos, lo cual siempre resulta interesante, refresca moralmente, y no exige otros medios de transporte que unas piernas firmes.

No hace cinco años, emprendí una caminata de este género, y, andando sin ruta fija, llegué a Teodocia; me habían dicho que hallaría trabajo en un dique que estaban construyendo.

Para contemplar de una sola ojeada el conjunto de las obras, subí a una colina y me senté, mirando el mar sin límites y los hombres que le ponían diques.

El amplio cuadro del trabajo humano se desarrolló ante mí; toda la ribera peñascosa de la bahía había sido removida, y donde quiera se veían agujeros, montañas de piedra y madera, picos, carretones, barras de hierro, máquinas complicadas y, en medio de todo esto, se agitaban seres humanos. Ellos eran los que, después de haber desgarrado la montaña por medio de la dinamita, la desmenuzaban con picos, formaban una superficie plana para la vía férrea; eran los que amasaban cemento y piedra en enormes cajas, formando grandes cubos, los hundían en el mar edificando un dique contra la

fuerza titánica de las infatigables olas. Parecían larvas vistos sobre el fondo oscuro de la montaña por ellos mutilada, y se agitaban como gusanos entre los montones de piedra, de madera, de escombros, a la ardiente luz del sol del mediodía... Dijérase que querían ocultarse del sol y destruirlo todo, penetrando en el seno de la montaña.

Flotaba en el ambiente un murmullo triste y poderoso; golpeaban los picos, rechinaban las ruedas, el pilón de hierro caía pesadamente sobre la madera del dique, la Dudinuchka (Canción popular que los obreros con frecuencia entonaban) lloraba, resonaban las hachas, y los hombres, pequeños y grises, gritaban.

En un punto, un grupo de obreros se encarnizaba, jadeando, contra un inmenso peñasco, con la esperanza de moverlo. En otro sitio, levantaban una enorme viga, y se gritaba hasta perder la voz: ¡Iza! y la montaña, agrietada, repetía sordamente: ¡a-a-a!

Cerca de una grúa había un grupo compacto, y alguien cantaba con voz gangosa y lastimera:

Hermanos míos, qué gran calor;
rinde el trabajo, baña el sudor,
nadie nos mira con compasión.
¡Ah! Dubinuchka
¡Ah! ¡Ah!

La muchedumbre aullaba tirando de los cables y la maza de hierro del pilón se elevaba y caía. En todos los puntos del espacio, entre el mar y el río, agitábanse hombrecillos grises, llenando el aire con sus voces, su polvareda y su olor. Entre ellos se veía los capataces vestidos de blanco, con botones de metal que brillaban al sol como ojos relucientes. El cielo sin nubes, ardiente, la polvareda y las ondas sonoras, formaban la sinfonía del trabajo, la música que nunca gusta.

Llegaba el mar hasta el horizonte brumoso. Batía dulcemente la playa con sus olas claras y parecía sonreír bondadosamente, como un Gulliver que supiese que uno solo de sus movimientos podía

destruir todo el trabajo de aquellos liliputienses. Estaba tendido deslumbrador de brillo, grande y fuerte, bueno, y su respiración unísona llegaba hasta la ribera, refrescando a los seres cansados, que se empeñaban en atajar la libertad de sus olas, que tan suavemente acariciaban la playa mutilada.

Parecía que el mar se compadeciera de las gentes; siglos de existencia le hicieron comprender que los malhechores no eran aquellos hombres que construían, y sabía que éstos no son sino esclavos y que se les impone aquella lucha cuerpo a cuerpo con los elementos, cuya venganza esta siempre próxima.

Construyen, padecen; su sangre y su sudor son el cimiento de cuanto se hace en la tierra; pero nada reciben después de poner su fuerza al servicio del deseo eterno de construir, deseo que hace milagros sobre la tierra, pero que no da abrigo a los obreros ni les procura el sustento. También ellos son un elemento, y por eso el mar no se encoleriza, y mira con indulgencia el trabajo que no les aprovecha. Es un antiguo conocedor de los esclavos, conoce a los que construyeron en otro tiempo las pirámides en el desierto, y a los de Jerjes, aquel iluso que pensaba castigar al mar con trescientos latigazos porque había roto sus puentes, semejantes a sueños de niño. Los esclavos fueron siempre idénticos, siempre han hecho lo que se les ha mandado, divinizando a veces a sus verdugos, maldiciéndoles otras, y, pocas veces, rebelándose contra ellos.

Sonriente como un titán que tiene conciencia de su fuerza, refrescaba el mar con su aliento a los que, ciegos y esclavos, excavaban miserablemente la tierra en vez de lanzarse hacia el cielo.

Acarician las olas la playa con su canción eterna y sonora que cuenta lo que ha visto en las costas de la tierra.

Veíanse entre los obreros tipos singulares, vestidos con chaqueta azul, pantalón ajustado y gorro colorado. Supe más tarde que eran turcos de Anatolia. Sus voces guturales se confundían con el habla lenta y cadencias a de los viatitchi y con el lenguaje duro y rápido de los volgianos y el dulce de los habitantes de la pequeña Rusia. Reinaba el hambre en Rusia y los obreros abundaban. Allí se veían

gentes de todas las comarcas, representantes de todos los países castigados por el azote. Estaban reunidos por grupos, en razas, y únicamente se distinguían los vagabundos por su aire de independencia, sus trajes y su lenguaje de los campesinos, esclavos de la tierra, que guardaban el recuerdo del suelo natal. Figuraban en todos los grupos, lo mismo entre los viatitchi que entre los pequeños rusos, pero la mayor parte estaban junto al martillo-pilón, porque allí el trabajo era menos penoso. Al acercarme a ellos, tenían la cuerda en las manos, esperando que el capataz arreglase la polea, que, sin duda, desgastaba la cuerda. Desde lo alto del maderamen gritaba:

- ¡Tira!

Lo hacen débilmente.

- ¡Para...! ¡Tira! ¡Para! ¡Tira...!

El que llevaba la voz, un mocetón sin afeitar, que parecía un soldado, movió los hombros, sonrió y cantó:

¡Hunde la estaca el Pilón!

- ¡Ea! -gritaba desde su puesto el capataz-. ¡Basta de gritar!

- ¡Cuidado, Mitrich!, ¡vas a reventar! -contestó uno de los obreros.

Aquella voz me era perfectamente conocida, y creía haber visto aquel cuerpo gigantesco de anchos hombros, con el rostro oval, iluminado por grandes ojos azules. ¿Era Konovalov?

Pero éste no tenía una cicatriz que le llegaba desde la sien al arranque de la nariz, como la que cortaba la frente de aquel mozo. Los cabellos de Konovalov eran más claros y tenía una gran barba, mientras este se afeitaba, y llevaba, como los naturales de la pequeña Rusia, largos bigotes colgantes. A pesar de todo, había algo en aquel hombre que me era familiar. Me decidí a dirigirme a él para preguntarle el medio de obtener trabajo en seguida, y esperé a que acabaran de hundir la estaca.

- ¡Oh! ¡Oooh! -gritaba afanosamente la multitud tirando de la cuerda con fatiga.

El martillo-pilón rechinaba y oscilaba; por encima de las cabezas se levantaban los brazos desnudos y atezados; los músculos se

ponían rígidos; pero el bloque de hierro se levantaba cada vez menos y caía más débilmente sobre la madera. Viendo aquel trabajo, hubiera podido creerse que una multitud idólatra, exaltada y desesperada, levantaba los brazos hacia un dios mudo y se prosternaba ante él.

- ¡Basta! -gritó alguien.

Los obreros soltaron las cuerdas y cayeron al suelo rendidos, limpiándose el sudor, jadeando, palpándose los hombros y lanzando un murmullo parecido al de un gran animal enfurecido.

- ¡Amigo! -dije al hombre en quien me fijara.

Volvióse perezosamente, la mirada de sus ojos se deslizó por mi rostro, luego me miró atentamente.

- ¡Konovalov!

- ¡Calle!

Me echó atrás la cabeza con una mano y de pronto su rostro se animó con una sonrisa alegre y bondadosa.

- ¡Máximo! ¿Tú? ¡Maldición! ¿También tú has descarrilado? Te has juntado a los vagabundos... Me alegro. ¿Cuánto tiempo hace? ¿De dónde vienes? Ahora pasaremos juntos toda la tierra... Aquella no era vida. Se pudría uno. Yo, hermano, ya he corrido medio mundo. ¿Dónde no he estado? ¡Eso es vivir! Pero..., ¿qué traje llevas? Pareces por ese traje un soldado y por la cara un estudiante. Di. ¿Verdad que es agradable errar a la ventura y cambiar de continuo? ¡Oh! Me acuerdo de todo; de Stenka, de Taras y de Pila.

Me golpeaba el hombro y me estrujaba como si quisiera convertirme en un beefteak. No le podía contestar a tantas preguntas seguidas y me contentaba con sonreír, mirando aquella cara radiante. Me alegraba en extremo hallarle. Me recordaba el comienzo de mi vida, que de fijo valía más que su continuación.

Pude, por fin, preguntar a mi amigo por qué tenía aquella cicatriz y por qué se le había rizado el cabello.

- Verás, es toda una historia. Quería atravesar la frontera con dos camaradas para visitar Rumanía. Salimos de Kagula, un pueblo de

Besarabia, cerca de la frontera. Era de noche; avanzábamos en silencio. De pronto: ¡Alto! Eran los carabineros. ¿Qué hacer? Huir. Entonces fue cuando un soldado me descalabró. No me tocó muy bien, pero estuve un mes en el hospital. Y lo más gracioso es que el soldado era paisano mío: ¡de Muzom...! El también tuvo que ir al hospital; un contrabandista le había dado una puñalada en el vientre... Cuando convalecimos, me dijo el soldado: ¿Soy yo quien te hirió? - Creo que sí.- Es cierto, no te incomodes, el servicio lo quiere así; los tomamos por contrabandistas. Pues a mí también me han agujereado el vientre. ¿Qué quieres? La vida tiene esas quiebras. Fuimos amigos; era un buen soldado ese Iachka Masine. ¿Y los rizos? Es a consecuencia del tifus. Me encerraron en la cárcel de Kichinev por haber pasado la frontera sin permiso... Allí contraí la enfermedad ... No hubiera salvado el pellejo a no ser por lo bien que me cuidó la enfermera. Yo la decía: María Petrovna, no te molestes por mí, déjalo, me da vergüenza... Ella reía... A veces me leía libros piadosos. ¿No tienes libros de otra clase? Y un día me trajo uno que había dejado olvidado no sé quién... trataba de un marinero inglés que a consecuencia de un naufragio fue arrojado a una isla desierta... Una historia muy interesante que me gustó mucho. De buena gana hubiera ido a esa isla. ¿Comprendes? Debe ser una vida muy deliciosa... Vives tú solo... Una isla, el mar, el cielo...; vives libre, tienes cuanto necesitas; eres libre del todo. También había por allí un salvaje. Yo le habría ahogado; un salvaje no sirve para nada. ¿Tú te aburres viviendo solo?

- Oye... ¿Cómo saliste de la cárcel?

- Pues me juzgaron y me soltaron, fue muy sencillo. ¡Bueno! Hoy no trabajo más, ya tengo los brazos rendidos... ¡Basta! Tengo casi tres rublos, y por el medio jornal de hoy me darán cuarenta kopeks. ¡Un capital! Ven a mi casa. No estamos en el cuartel; vivimos a dos pasos, en la montaña. Hay un agujero que forma una habitación preciosa... Vivimos dos juntos... pero mi amigo está enfermo. Tiene mucha fiebre. Siéntate aquí, voy a casa del capataz... Vuelvo en seguida.

Levantóse rápidamente y se fue en el mismo instante en que los obreros volvían a coger las cuerdas para reanudar el trabajo. Yo me senté en una piedra contemplando el trajín de aquellos hombres y el mar tranquilo, azul y verde. La alta figura de Konovalov desaparecía poco a poco. Llevaba una blusa de percal azul, demasiado corta y estrecha, unos pantalones de tela y unas grandes botas. Volvíase al andar y me hacía señas con las manos. Se parecía entonces al Konovalov de años atrás. En medio del ruido formidable y la agitación, la alta silueta de Konovalov, que se alejaba con paso firme, resaltaba vigorosa y parecía encerrar una alusión a alguna cosa que me explicaba su propia significación.

Dos horas después de nuestro encuentro estábamos tendidos, Konovalov y yo, en el agujero, muy cómodo para habitación. Lo era, en efecto. Se había excavado la montaña para sacar piedra, y quedó una oquedad en que podrían haber cabido cuatro hombres. Solamente que a la entrada había una piedra que amenazaba desplomarse, y si nos metíamos dentro y caía, nos emparedaba, cosa que en verdad no nos seducía. Así, metimos las piernas y el cuerpo en el agujero, donde hacía mucho fresco, y sacamos únicamente la cabeza: de esta manera, si al peñasco le daba la idea de caer, sólo nos aplastaría la cabeza. El vagabundo enfermo se puso al sol y se tendió a dos pasos de nosotros; oíamos cómo le castañeteaban los dientes en el paroxismo de la fiebre. Era de la pequeña Rusia, alto y seco, de Poltava o quizá de Kiev, como me dijo con expresión soñadora.

- Vive tanto el hombre, que poco importa que olvide dónde ha nacido. ¿No es igual acaso? Nacer es ya una desdicha. ¿Dónde? Poco importa.

Revolcábase en el suelo procurando cubrirse con un gabán gris destrozado. Juraba de un modo pintoresco viendo la inutilidad de sus esfuerzos; pero persistía en cubrirse con sus pingajos. Tenía unos ojillos negros, siempre entornados, como si examinara atentamente alguna cosa. Nos abrasaba el sol, y Konovalov hizo una especie de cortina con mi capote de soldado puesto sobre dos estacas; de todos modos nos ahogábamos. Llegaba hasta nosotros el rumor sordo del trabajo de la bahía, pero no podíamos verla. A

nuestra derecha, en la ribera, veíase la ciudad de blancas casas, a la izquierda el mar, y enfrente el mar también.

Konovalov, mirando a lo lejos, sonriendo con beatitud, me dijo:

- Cuando se haga de noche, encenderemos lumbre y tomaremos té. Tenemos pan y carne. ¿Quieres, mientras, una raja de melón?

Me alargó el melón y un cuchillo, y añadió:

- Cada vez que miro el mar me pregunto por qué los hombres todos no viven en sus orillas. Serían mejores, porque el mar es cariñoso y... engendra buenas ideas. Pero dime, ¿qué has hecho durante estos años?

Se lo conté. El pobre enfermo no se ocupaba de nosotros; se tostaba al sol. El mar se cubría a lo lejos de púrpura y oro, y al encuentro del sol poniente se elevaban del seno satinado nubes rosadas y grises de suaves contornos. Semejaba que del fondo del mar surgiesen montañas de blancas cimas nevadas. Llegaban de la bahía los melancólicos acordes de la Dubinuchka y el estruendo de la dinamita que destruía toda la montaña. Las piedras y las desigualdades del terreno proyectaban sombras que, creciendo insensiblemente, se arrastraban hacia nosotros.

- No me gusta, Máximo, que tengas la memoria de las ciudades - dijo Konovalov después de oír mi odisea-. ¿Qué encuentras en ellas? La vida es infecta y miserable. Ni hay aire, ni espacio, ni nada de lo que un hombre necesita. Tú eres instruido, sabes leer... ¿qué necesidad tienes de los demás? ¿Qué esperas de ellos? Además, en todas partes hay hombres.

- ¡Bah! -exclamó el enfermo que se retorció en el suelo-. Demasiados hay. No se puede andar sin pisar los pies al prójimo. Nace la gente como las setas después de la lluvia... ¡y hasta éstas se las comen los ricos!

Escupió desdeñosamente y continuó su castañeteo de dientes.

- Hazme caso -dijo Konovalov-; déjate de ciudades; no hay en ellas más que miseria y vicio. ¿Libros? Supongo que ya habrás leído bastantes. Además, que los libros son también tonterías... Compra uno, mételo en la mochila y ¡en marcha! ¿Quieres que llegemos hasta el Amor? Yo, hermano, he decidido pasear por el

mundo en todas direcciones. Es lo mejor. Caminas, ves cosas nuevas y no piensas. Sopla el viento y parece que barre todo el polvo del alma. Eres libre y ligero... Nada te estorba ... Si tienes hambre te detienes, trabajas por cincuenta Kopeks; si no hay trabajo pides pan; no te será negado. De este modo verás muchas cosas... mil distintas bellezas... ¿eh?

Habíase puesto el sol. Las nubes se habían oscurecido y el mar parecía negro y emanaba de él grata frescura. Aquí y allá resplandecían las estrellas, había cesado el rumor del trabajo. Las voces de los hombres sólo se escuchaban de cuando en cuando, leves como suspiros. El viento traía hasta nosotros el melancólico murmullo de las olas. Aumentaba la oscuridad. El enfermo, tan cerca de nosotros, parecía ahora una masa informe.

- ¿Encendemos lumbre?

- Sí.

Konovalov sacó virutas, no sé de dónde, amontonó leña, surgió el humo en delgados hilillos, creció, brotaron las primeras chispas de su masa blanquecina, transformáronse en llamas, y la hoguera brilló como una gran flor de un rojo amarillento... Konovalov puso la tetera y miró las llamas con expresión soñadora.

- Los hombres han construido ciudades, casas donde se amontonan, estropean la tierra, se ahogan y estorban unos a otros... ¿Es eso vivir? No, la verdadera vida es la nuestra...

- ¡Ah! -exclamó moviendo la cabeza el de Poltava-, si tuviésemos una buena casa y un buen abrigo de pieles en invierno, sería esta una vida de señores.

Guiño el ojo, sonrió y miró a Konovalov.

- ¡Psé! -contestó éste algo turbado-, el invierno es tan maldito... En invierno hay que meterse en las ciudades; pero de todas maneras, es ridículo amontonar las gentes, cuando, al estar reunidos tres hombres, ya se pelean... Es verdad que el hombre no tiene sitio en ninguna parte, ni en las ciudades, ni en las estepas. En fin, lo mejor es no pensar en estas cosas, que no conducen a nada...

Creí hasta entonces que Konovalov habría cambiado, influido por su misma vida errante; que el hastío y la tristeza habríanse

atenuado; pero el tono en que pronunció esta última frase se me reveló que continuaba igual que siempre. La duda, el veneno de los ensueños corroían a aquel hombre poderoso venido por su desgracia al mundo con un corazón grande. Estas gentes soñadoras son numerosas en Rusia, y son muy desdichadas, porque el peso de sus pensamientos aumenta con la ceguera de su alma. Miré a mi amigo con lástima, y él, para confirmar mis suposiciones, exclamó tristemente:

- Máximo, recuerdo nuestra vida, todo. ¡Cuántas cosas he visto desde entonces! ¡Nada hay en el mundo que me guste! No, no he encontrado mi puesto.

- Y ¿por qué naciste con una espalda tan firme que no sabe doblarse? -preguntó el enfermo con indiferencia, retirando la tetera del fuego.

- Yo qué sé... Dime, ¿por qué no puedo vivir en paz? ¿Por qué los demás viven, se cuidan de sus cosas, tienen mujer, hijos... y todo? También se quejan de la vida, pero están tranquilos. ¡Y siempre proyectan algo! ¿Por qué no puedo yo? ¿Por qué me aburro?

- Vaya un gusto de decir tonterías -dijo el enfermo-; ¿crees que así vas a curarte?

- ¡Ya sé que no! -contestó con aflicción Konovalov.

- ¡Mira, yo hablo poco, pero siempre sé lo que digo! -exclamó con dignidad el estoico, sin acabar de rendirse por la fiebre.

- Bien, dejemos eso -repuso Konovalov-; ya que estás en el mundo, vive y no razones.

El enfermo añadió:

- ¿No hay que ocuparse en nada? Claro, ya vendrá la hora en que serás convertido en polvo. Es mejor eso. Ni la lengua ni los brazos nos sirven para nada.

Tosió luego, se agitó y escupió con rabia en el fuego. En torno nuestro todo era sordo, oculto por la espesa cortina de la noche. También el cielo aparecía oscuro; no había salido la luna. Oíase el mar, pero no se distinguía. Parecía que la tierra estuviese envuelta en una niebla negra. La hoguera se apagó.

- Vamos a dormir -dijo el de Poltava.

Nos acomodamos en el agujero y nos acostamos la cabeza fuera. Callábamos. Konovalov, tendido, permaneció inmóvil. Agitábase el enfermo sin tregua castañeteando los dientes. Miré cómo se extinguía el fuego: ardiente y grande al principio, el montón de ascuas disminuía, cubríase de ceniza y se ocultaba bajo ella. Bien pronto no quedó de la hoguera más que un olor cálido. Miré y pensé:

- ¡Así somos nosotros! ¡Si pudiéramos siquiera arder con más violencia...!

Transcurridos tres días me despedía de Konovalov. Iba a Kubagne, y no quiso acompañarme. Nos separamos, sin embargo, con la certidumbre de volvernos a encontrar por el mundo.

... El destino lo dispuso de otro modo.

Malva

Parte I

Reía el mar.

Estremecíase al soplo ligero y tibio del viento, cubríase de menudas arrugas que reflejaban los rayos del sol de un modo deslumbrador y sonreía al firmamento azul con sus millares de argentados labios. En el espacio libre extendido entre mar y cielo, susurraba el rumor ensordecedor y alegre de las olas en la orilla arenosa del cabo. Este rumor y el brillo del sol, mil veces reverberado por el mar, fundíanse en una agitación incesante de viviente alegría. EL cielo sentíase feliz enviando su claridad, y el mar reflejando su claridad radiosa.

Acariciaba el viento el pecho satinado del mar; el sol le abrasaba con sus rayos, suspiraba anhelante al sentir las ardientes caricias y llenaba el aire caldeado con el aroma salino de sus emanaciones. Las olas verdosas asaltando la amarilla arena, la salpicaban con la espuma blanca de sus crestas caladas, que se fundía murmurando dulcemente sobre la playa por ella humedecida... La estrecha y enorme lengua de tierra parecía una gran torre caída desde la costa al mar. Hundía su afilada punta en el espacio ilimitado del agua bulliciosa, y su base perdíase a lo lejos, tras de un velo de brumas que velaba la tierra firme. De allí llegaba un olor pesado, incomprensible y ofensivo en el seno del mar desierto y puro, la inmensa cúpula del cielo azul y claro.

En la arena del cabo, sembrada de escamas de pescado, había unas estacas sobre las cuales se secaban redes de pescar que producían tenues sombras, como las telarañas; algunas grandes barcas y un botecito alineábanse junto a la orilla, y las ondas, llegando hasta ellas, parecían llamarlas. Bicheros, remos, cuerdas, cestas, barricas, se amontonaban en desorden y en el centro se levantaba

una barraca hecha de ramaje, de corteza y de esteras. Frente a la puerta de la barraca, en la punta de una horca, con las suelas en alto, secábanse unas botas de fieltro. Y por encima de todos aquellos trastos, en lo alto de un gran mástil, flotaba un guñapo colorado.

A la sombra de una barca estaba tendido Basilio Legostev, el guardián del cabo, en el punto extremo de la pesquería del comerciante Grebentchikov. De bruces, apoyaba en las manos la cabeza, miraba fijamente el mar y la línea apenas visible de la lejana costa. A lo lejos bailaba sobre el agua un punto negro, y Basilio veía con satisfacción cómo se aproximaba.

Entornando los ojos ante la cegadora luz, se regodeaba satisfecho: es que llegaba Malva. Llegaría, se echaría a reír con tanta fuerza que su pecho se agitaría tentador; le besaría, y con su voz sonora, que asustaba las gaviotas, le diría cuanto ocurría en la costa. Comerían una suculenta sopa de pescado, beberían aguardiente hablando y jugando amorosamente, y luego, al declinar el día, después de un té aromático y unas rosquillas, se acostarían. Así ocurría cada domingo, cada día festivo... Al apuntar el alba la acompañaría hacia el mar, aún inmóvil y fresco. Malva, medio dormida todavía, sentaríase a popa, y él remaría mirándola... En aquellas ocasiones era graciosa, graciosa y encantadora como una gata satisfecha. Quizá se deslizara desde la media cubierta al fondo del bote para dormir acurrucada. A menudo lo hacía...

Aquel día hasta las gaviotas parecían amodorradas por el calor. Poníanse en hilera en la arena, con el pico abierto y las alas colgantes, o bien se balanceaban perezosamente sobre las olas, silenciosas, sin su feroz animación habitual.

A Basilio le pareció que Malva no estaba sola en el bote. ¿Acaso vendría Serejka, como otras veces? Incorporóse pesadamente Basilio, y haciendo pantalla de las manos, se fijó malhumorado en lo que aquello significaba. Malva empuñaba el timón. El que remaba no era Serejka; remaba con fuerza, pero torpemente; de ser Serejka, no se cuidara Malva del timón.

- ¡Ohé! -gritó Basilio con impaciencia.

Las alegres gaviotas se estremecieron y atendieron.

- ¡Ohé! ¡Ohé! -contestó desde el bote la voz sonora de Malva.

- ¿Quién viene contigo?

Oyóse una carcajada por respuesta.

- ¡Maldita! -dijo a media voz Basilio.

Su curiosidad era grande. Mientras liaba un cigarrillo, examinó el cogote y las espaldas del remero que se aproximaba con rapidez. Oíase el ruido que los remos producían en el agua y se había levantado y andaba por la playa.

- ¿Quién está contigo? -gritó cuando pudo advertir la sonrisa de Malva, que tan familiar le era, y su rostro lindo y sonrosado.

- ¡Espera! ¡Ya le conocerás! -respondió riendo.

El remero se volvió, y, también riendo, miró a Basilio. El guarda frunció el entrecejo; parecía haber visto a aquel muchacho.

- ¡Rema más aprisa! -mandó Malva.

El empuje fue tan vigoroso, que la barca quedó depositada en la arena por una ola. Se inclinó, recobró su equilibrio, y la ola se alejó riendo más adentro.

- ¡Buenos días, padre! -dijo el remero saltando de la barca.

- ¡Iakov! -exclamó Basilio, más sorprendido que contento.

Por tres veces se besaron en la boca y mejillas, y el asombro de Basilio se convirtió en una mezcla de turbación y alegría.

- ¡Ah! ¿Eres tú...? Ya me parecía... sentía un cosquilleo... ¿Cómo has venido? Yo pensaba: ¿Será Serejka? Ya veía que no era Serejka. ¿De modo que eres tú?

Diciendo esto, acariciábase la barba con una mano y agitaba la otra en el aire. Hubiese querido mirar a Malva, pero los ojos grises del mozo estaban clavados en él y le turbaban. El orgullo de tener un hijo tan robusto y gallardo disminuía por el embarazo que le causaba la presencia de su querida. Movíase impaciente ante Iakov, y le preguntaba varias cosas a la vez sin esperar contestación. Sentíase confundido y le molestaba, sobre todo, oír que Malva le decía con retintín:

- ¡Hombre, no te mueras de alegría! Llévale a tu barraca y obséquiale.

La miró: en sus labios erraba una sonrisa burlona que conocía perfectamente, y todo su cuerpo, carnoso, fresco y esbelto, le parecía a un tiempo el mismo de siempre y diferente. Malva miraba con sus ojos verdes al padre y al hijo, y mascaba pepitas de sandía con sus dientes blancos y menudos. Iakov sonreía también, y durante algunos minutos, que fueron muy penosos para Basilio, los tres callaron.

-¡Vuelvo en seguida! -dijo de pronto Basilio, yendo hacia la barraca-; no permanezcan al sol; voy a buscar agua para hacer la sopa. ¡Vas a ver qué sopa de pescado, Iakov! Dentro de un minuto estoy aquí...

Tomó un puchero que estaba en el suelo cerca de la barraca, y desapareció detrás de las redes, que pronto le ocultaron con su masa gris.

Malva y el joven le siguieron.

- ¿Y qué? Ya te he traído a presencia de tu padre, buen mozo -dijo Malva acercándose al robusto cuerpo de Iakov.

Este inclinó hacia ella su rostro encuadrado por una barba rubia rizada, y dijo, brillándole los ojos:

- ¡Sí, aquí estamos...! ¡Qué bien se está aquí...! ¡Qué mar!

- Sí, es muy hermoso el mar. ¿Hallas muy cambiado al viejo?

- No, no... Pensaba que estaría más canoso... Todavía es muy... fuerte.

- ¿Cuánto tiempo hacía que no se habían visto?

- Cerca de cinco años... Cuando salió del pueblo, iba ya a cumplir los diecisiete.

Entraron en la barraca, donde el calor y el olor de pescado eran insoportables. Se sentaron: Iakov en un tronco de árbol, Malva sobre unos sacos. Les separaba un tonel partido por la mitad, cuyo fondo servía de mesa a Basilio. Una vez sentados se miraron en silencio.

- ¿De modo que quieres trabajar aquí? -preguntó Malva.

- Sí, es decir... no sé... Si algo encuentro, trabajaré.

- ¡Sí que hallarás, hombre! -dijo Malva con firmeza acariciándole con la mirada de sus ojos verdes.

El muchacho no la miraba, y con la manga de la blusa se secaba el sudor del rostro.

De pronto, Malva se echó a reír y dijo:

- ¿Probablemente, tu madre te habrá encargado alguna comisión para el viejo?

Iakov hizo un gesto de mal humor y contestó:

- ¡Ya lo creo! Y ¿qué?

- Nada -replicó Malva sin dejar de reír.

Su risa burlona disgustó a Iakov; se apartó de aquella mujer y pensó en las palabras de su madre. Al acompañarle hasta el extremo del pueblo, se apoyó en un cercado y le dijo rápidamente, entornando sus ojos secos:

- Iakov, dile en nombre de Cristo: Padre, la madre está sola en el pueblo. Han pasado cinco años y continúa sola. Envejece... Dile, Iakov mío, dile por amor de Dios: Madre será dentro de poco una vieja sola, siempre trabajando. ¡No te olvides de decírselo, hijo mío...!

Y después lloró silenciosamente, tapándose el rostro con el delantal. Iakov no la compadeció entonces, y ahora la compadecía. Y, mirando a Malva, adquirió su rostro una expresión dura como si fuera a insultada groseramente.

- ¡Aquí estoy! -exclamó alegremente Basilio apareciendo con un pescado que coleaba en una mano y un cuchillo en la otra.

Había dominado su turbación, disimulándola bastante bien. Ahora miraba a sus huéspedes con serenidad y expresión bondadosa; tan sólo se conocía su fuerte agitación en el modo de andar.

- En seguida voy a hacer fuego y vuelvo... Hablaremos. Iakov, estás hecho un guapo mozo. Y desapareció de nuevo. Malva no cesaba de mascar pepitas de sandía, y miraba a Iakov

familiarmente, pero éste procuraba no encontrar su mirada, aun cuando tenía ganas de ello, y pensaba para su capote:

- ¡Qué buena vida deben darse estos...! Esta está muy gorda, y padre también.

Luego, intimidado por el silencio, dijo en voz alta:

- ¡He olvidado mi zurrón en el bote!... voy a cogerlo.

Iakov se levantó despacio y salió. Entonces apareció Basilio que se inclinó hacia Malva y le dijo, rápidamente, con cólera:

- ¿Qué necesidad tenías de venir con él? ¿Qué voy a decirle? ¿Cómo explico tu presencia?

- Aquí estoy, y ya no hay remedio -contestó Malva.

- ¡Qué tonta, qué estúpida! ¿No te da vergüenza...? ¿Cómo voy a componérmelas ahora? ¿Quieres que le diga que...? El caso es que su madre está en casa... Su madre, ¿entiendes?

- ¿Qué me importa a mí? ¿Acaso me da miedo él, o me lo das tú? - preguntó entornado con desprecio sus ojos verdes-. ¡Qué facha hacías al verle! ¡Lo que me he reído!

- Te reías, ¿eh? Y ¿qué voy a hacer ahora?

- Haberlo pensando antes.

- ¿Acaso podía creer que el mar me lo echaría aquí sin prevenirme?

Crujía la arena bajo los pies de Iakov, y debieron de interrumpir su conversación. Traía un saco que puso en un rincón, y lanzó una mirada despreciativa a la mujer.

Esta continuaba mascando las pepitas. Basilio, sentado en el tronco de árbol, se frotaba las rodillas y decía con expresión turbada:

- Hete aquí... ¿Cómo se te ocurrió venir?

- No sé... Te habíamos escrito ya.

- ¿Cuándo? No he recibido ninguna carta.

- ¿De veras? Pues te habíamos escrito.

- Ha debido perderse la carta -replicó con pesar Basilio-. ¡Llévale el diablo! Siempre ocurre lo mismo; si una carta es importante, esa se pierde.

- ¿No sabes, pues, qué nos ocurre? -preguntó Iakov con desconfianza.

- ¿Cómo quieres que lo sepa no habiendo recibido tu carta?

Entonces Iakov le contó que el caballo había muerto, que se habían comido todo el trigo antes de principios de febrero, y que él no hallaba medio de ganarse la vida. Tampoco tenían heno, y a poco se les muere de hambre la vaca. Bien o mal, habían llegado hasta abril, y luego decidieron que, después de la siembra, Iakov iría a ver a su padre, para trabajar dos o tres meses con él. Esto decía la carta perdida. Después vendieron tres carneros, compraron harina y heno, y se marchó Iakov.

- ¡Ah! ¿Sí? -exclamó Basilio-. ¿Cómo es posible...? Les envié dinero.

- ¡No pesaba mucho! Recompusimos la casa, se casó mi hermana, y compré un arado. Hazte cargo que han pasado cinco años...

- ¿De modo que no os ha bastado? ¡Vaya por Dios! ¡Eh, pues no va a verterse la sopa!

Se levantó y salió. En cuclillas delante del fuego en que cocía la sopa, Basilio reflexionaba mientras espumaba la olla.

En el relato de su hijo nada le había conmovido, y sentíase irritado contra su mujer y Iakov. ¡Cuánto dinero les había enviado durante aquellos cinco años! No habían sabido componérselas, y si Malva no hubiese estado allí, bien se lo dijera a su hijo. Este supo, sin permiso de su padre, dejar el pueblo, pero en cuanto a los campos, no consiguió hacerlos productivos. Y aquella tierra en la cual Basilio apenas pensó durante los últimos años, se le representó de nuevo a la imaginación como un abismo en el cual, durante cinco años, había echado su dinero como si no le costara nada ganarlo. Suspiró, meneando la sopa con la cuchara.

¡Cuán miserable aparecía la llama amarilla del fuego a la luz del sol! Hilillos de humo azul y transparente se arrastraban desde la hoguera al mar, al encuentro de las olas. Basilio los seguía con los

ojos y pensaba en su hijo y en Malva; decíase que desde este día su existencia no sería tan apacible ni tan libre. De fijo que Iakov había adivinado ya lo que era Malva.

Permanecía ésta en la barraca, turbando al mozo con sus ojos provocadores y atrevidos que no cesaban de sonreír.

- ¿Quizá tienes novia en el pueblo?

- Quizá sí -contestó el mozo a regañadientes, y en su interior injurió a Malva.

- ¿Es bonita? -preguntó ella, indiferente. Iakov no contestó.

- ¿Por qué callas? ¿Es más bonita o más fea que yo?

Miróla sin querer. Sus mejillas eran morenas y carnosas, sus labios apetitosos, y ahora que una sonrisa maliciosa los entreabría, temblaban amorosamente. Su blusa de percal rosa modelaba los hombros redondos y el pecho alto y elástico. Lo que le disgustaba eran sus ojos picarescos, verdes y burlones.

- ¿Por qué preguntas esto?

Suspiraba sin motivo y hablaba con tono suplicante, aun cuando hubiese querido dirigirse a ella con severidad.

- ¿Cómo he de hablarte? -preguntó Malva riendo.

- Ahora ríes... ¿de qué?

- De ti...

- ¿Qué te he hecho? -replicó el muchacho malhumorado.

Y de nuevo bajó la mirada al encontrar la de ella. Entonces fue Malva la que no contestó.

Iakov comprendía muy bien qué clase de relaciones la unían con su padre, y esto le impedía expresarse libremente. No le cogía aquello de sorpresa: había oído decir que, trabajando lejos del pueblo, los hombres se burlaban de las hablillas, y, por otra parte, hubiese sido difícil que un hombre robusto como su padre pudiera pasarse mucho tiempo sin mujer. Pero experimentaba cierto embarazo pensando en aquello. Y además recordaba a su madre fatigada, triste, que trabajaba en el pueblo sin descanso.

- ¡Ya está la sopa! -anunció Basilio desde la puerta-. Dame las cucharas, Malva.

Iakov miró a su padre y pensó:

- Se conoce que viene a menudo aquí, pues de lo contrario no sabría dónde están los cachivaches.

Después de sacar las cucharas, dijo Malva que era preciso lavarlas y que en el bote había aguardiente.

Padre e hijo miraron cómo se alejaba, y callaron.

- ¿Dónde la hallaste? -preguntó por fin Basilio.

- Pregunté por ti en el correo; estaba ella y me dijo: no vayas a pie por la arena; iremos en bote; yo también voy a verle. Y hemos venido juntos.

- ¡Ya...! Muchas veces he pensado: ¿Qué hará ahora mi Iakov?

Este sonrió bondadosamente, y su sonrisa dio ánimo a Basilio.

- Y... ¿qué te parece?

- Bien... -contestó vagamente Iakov parpadeando.

- Ni el demonio puede evitarlo -exclamó Basilio moviendo los brazos-. Al principio me abstuve... ¡Imposible! La costumbre... ¡Soy un hombre casado...! Además, me arregla la ropa y cuanto necesito... Por otra parte, ¡no se libra uno de la mujer como no se libra de la muerte!

Aquella máxima sincera lo explicó todo.

- No es cosa mía -dijo Iakov-. Es cuenta tuya; yo no soy tu juez.

Y para su suyo pensaba: ¡Me gustaría ver cómo zurce unos pantalones...!

- Tengo cuarenta y cinco años... aún no soy viejo... Poco me cuesta; ¡qué diablo! no es mi mujer...

- Claro está... -admitió Iakov. Y pensaba: ¡De fijo que se traga el dinero!

Malva volvió con el aguardiente y una sarta de rosquillas; sentáronse para comer. Se comió en silencio, chupando con ruido las espinas y escupiéndolas en la arena, junto a la puerta. Iakov

devoraba con gran contento de Malva, que miraba cómo se movían los morenos carrillos y los gruesos y húmedos labios. Basilio no tenía apetito; pero parecía fijarse en la comida a fin de poder observar mejor a Iakov y Malva y reflexionar acerca de la conducta que le convenía seguir para con ellos.

La música alegre y acariciadora de las olas se mezclaba a los gritos feroces y victoriosos de las gaviotas. El calor era menos ardiente, y a veces llegaba a la barraca un sople de aire fresco impregnado del olor sano del mar.

Después de comer la sustanciosa sopa de pescado y de beber varios vasos de aguardiente, Iakov sintió sueño. Empezaba a sonreír estúpidamente, a buscar, a bostezar, y miraba de tal modo a Malva que Basilio creyó oportuno decirle:

- Túmbate aquí, Iakov... hasta la hora del té... ya te despertaremos.

- Bueno... -replicó tendiéndose sobre la estera-. Y ¿adónde van ustedes? ¡Ja! ¡Ja!

Basilio, turbado por aquella risa, salió rápidamente; Malva apretó los labios, frunció el entrecejo y contestó:

- ¡Nada te importa a ti! Te aconsejo que no te cuides de los asuntos ajenos. ¿Oyes, niño?

Y se fue.

- ¿Yo? ¡Bueno! -gritó Iakov-. Espera, ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡Ya te lo diré...! ¡Bueno! ¡Vaya una señorita!

Gruñó unos momentos aún, y luego se durmió con una sonrisa de ahíto en su rostro congestionado.

Basilio plantó en la arena tres estacas, echó sobre ellas una estera, y habiéndose proporcionado así una sombra se tendió, puso las manos bajo la nuca y contempló el cielo. Cuando Malva se acercó y se dejó caer a su lado, volvióse hacia ella poniendo cara huraña.

- ¿Y qué, viejo? -preguntó riendo-. ¿Así te alegras de ver a tu hijo?

- Se burla de mí... Y ¿por qué? A causa de ti -contestó Basilio con expresión sombría.

- ¿De mí? ¿De veras?

Se asombraba burlonamente.

- Está claro...

- ¡Ah! ¡Cuánto lo siento...! ¡Qué le haremos! ¿Quieres que no vuelva más? Bueno, no volveré...

- ¡Bruja! ¡Anda! ¡Ah! Estas gentes... El se ríe, tú también, y son lo que más quiero. ¿De qué se ríen?

Se apartó de ella y calló. Sentada, cogíase con ambas manos las rodillas y balanceaba suavemente todo el cuerpo, mirando con sus ojos verdes el mar deslumbrador y alegre, y sonriendo con una de esas sonrisas triunfantes de la mujer que comprende el poder de su belleza.

Un buque de vela se deslizaba por la superficie líquida, como un ave de torpe vuelo, de alas grises. Estaba lejos de la orilla e iba más lejos aun, allí donde mar y cielo se confunden en un azul infinito que atrae por su soberano sosiego.

- ¿Por qué callas? -preguntó Basilio.

- Pienso...

- ¿En qué?

- ¡No sé...!

Movió las cejas y añadió:

- Es un guapo mozo tu hijo.

- ¿Qué importa? -replicó Basilio celoso.

- ¿Puede saberse...?

- Espera... (Le lanzó una mirada inquieta y desconfiada). No te hagas la tonta. Soy muy sufrido, pero no hay que provocarme... ¡no!

Rechinó los dientes, apretó los puños y prosiguió:

- Desde que llegaste parece que te las traes... No comprendo aún qué maquinas; pero si llego a comprenderlo... no te felicitarás de ello. ¡Ah, parece que te burlas...! Pierde cuidado. Sé cómo hay que tratar a las mujeres... en caso de...

- No me asustas, Vassia -replicó ella con indiferencia y sin mirarle.

- Bueno; pero ¡no bromees!

- No trates de asustarme.

- ¡Ya verás cómo bailas si te empeñas en fastidiarme!

Basilio se irritaba cada vez más.

- ¿Me pegarás?

Se acercó a él y miró con curiosidad su rostro descompuesto.

- ¡Pareces una dama...! Sí, te pegaría...

- Creo que no soy tu mujer -contestó Malva con tono tranquilo y doctoral.

Y sin aguardar respuesta, añadió:

- Tenías la costumbre de apalear a tu mujer por cualquier tontería y ¿crees que puedes hacer lo mismo conmigo? No. Soy libre. Soy dueña de mi persona y no temo a nadie. Tú, en cambio, temes a tu hijo; hace poco le halagabas. ¿Y aún te atreves a amenazar?

Movió la cabeza con desprecio y calló. Aquellas palabras desdeñosas y frías apagaron la cólera de Basilio. Nunca le pareció tan bella y aquello le asombraba.

- ¡Ya grazna...! -exclamó admirándola.

- Aún he de decirte algo. Te alababas con Serejka de que yo te necesito como el pan; ¡de que no puedo vivir sin ti...! Te engañas... Quizá no te amo, quizá no vengo por ti. ¿Si fuera esta playa la que me gusta...? (Extendió con amplio ademán los brazos) Quizá lo que me gusta aquí es la soledad. Sólo hay agua y cielo y no seres viles. Que tú estés, poco me importa. Eres algo así como el precio del sitio... Si aquí viviera Serejka, a verle a él vendría; sí tu hijo, a tu hijo... Lo mejor fuera que no hubiese nada... ¡estoy asqueada de todos! Pero, si se me ocurre, el mejor día me caso. Bonita como soy, puedo escoger un hombre... que valga más que tú.

- Ah, ¿sí? -silbó rabiosamente Basilio, cogiéndola por la garganta-. ¿Esas tenemos?

La zarandeaba, y ella no trataba de soltarse aun cuando tenía congestionado el rostro, inyectados en sangre los ojos. Únicamente puso sus manos sobre el que apretaba su garganta.

- ¿Esa era la que guardabas? (Basilio estaba ronco de puro rabioso) ¡Y no decías nada, y me besabas y me acariciabas! ¡Ya te arreglaré!

La había encorvado hacia el suelo y la golpeaba con delicia en la nuca, con su pesado puño musculoso. Experimentaba una sensación agradable cuando su mano caía sobre aquella carne elástica y mórbida.

- ¡Toma, serpiente! -gritó triunfante empujándola.

Sin una queja, silenciosa y tranquila, se dejó caer de espaldas, desgreñada, colorada, pero muy linda. Sus ojos verdes acechaban bajo las cejas y brillaban con llama fría y venenosa. Pero él, jadeante de satisfacción, contento por haber desahogado su ira, no sorprendió aquella mirada, y cuando se inclinó hacia ella vencedor y desdeñoso, vio que Malva le sonreía dulcemente.

Primero sus labios temblaban un poco, pero después se aclararon los ojos, los hoyuelos de las mejillas aparecieron y se puso a reír. Basilio veía con estupor cómo reía alegre, como si no acabara de recibir una tunda.

- ¿Qué tienes, bruja? -exclamó con inquietud, tirándole rudamente de la manga.

- ¡Vassia! ¿Eres tú quien me ha pegado? -murmuró.

- Sí, yo; ¿quién sino?

La miraba sin entender nada y no sabía qué hacer. ¿Pegarle más? Su furor se había desvanecido y no quería volver a empezar.

- ¿Me amas?

Basilio se estremeció al oír su acento cariñoso.

- Ya está hecho, ¡qué diablo! -murmuró sombríamente-. ¿Estás ahora satisfecha?

- ¡Y yo que pensaba que ya no me querías! Me decía: Ahora que tiene su hijo me echará.

Y soltó una carcajada harto estrepitosa para ser sincera.

- ¡Tonta! -replicó Basilio, sonriendo involuntariamente.

Sintióse culpable, tuvo lástima de ella; pero acordándose de las palabras que le habían ofendido, añadió con expresión adusta:

- Nada tiene que ver en esto mi hijo... Si te ha pegado, tuya es la culpa; ¿por qué me provocabas?

- Era para probarte.

Y se acercó a él y cariñosamente se restregó contra su pecho. Lanzó Basilo una mirada a la barraca y besó a la joven.

- ¿Para probarme...? ¿Qué necesidad tenías...? ¡Ya ves el resultado!

- No importa -contestó Malva entornando los ojos-; no me he enfadado; me has pegado queriéndome... ¡Ya te lo tendré en cuenta!

Le miro buen rato, se estremeció y repitió en voz baja:

- Sí, ¡te lo tendré en cuenta!

Basilio interpretó favorablemente tales palabras, se turbó suavemente, y, sonriendo con beatitud, preguntó:

- ¿Qué dices?

- Ya verás... -replicó Malva tranquilamente; pero sus labios se estremecieron.

- ¡Ah, querida mía! -exclamó Basilio estrechándola amorosamente entre sus brazos-. Mira ¡desde que te he pegado me parece que te quiero más, que me eres más necesaria... que eres más mía!

Las gaviotas revoloteaban alrededor de ellos. La brisa del mar llevaba hasta sus pies las chispas de espuma, y la infatigable canción de las olas parecía un canto de consuelo.

- ¡Ah! ¡la vida, la vida...! (Basilio acarició con expresión abstraída a la joven, que se abandonaba a él) Así va el mundo; lo que está prohibido es lo que gusta... Tú no lo sabes; pero a veces se me ocurre pensar en la vida y siento miedo. Sobre todo cuando padezco de insomnio. Delante de mí está el mar, encima el cielo, y todo tan negro, ¡tan aterrador! ¡Estoy solo! y entonces me siento tan pequeño, tan pequeño... y me parece que la tierra se agita bajo

mis plantas y que no hay nadie más que yo en el mundo. Si en esos momentos estuvieses a mi lado, por lo menos seríamos dos.

Malva, con los ojos cerrados, estaba tendida sobre las piernas de Basilio y callaba. El rostro algo rudo, pero bonachón del campesino, curtido por el sol y el viento, se inclinaba sobre ella, y la gran barba descolorida le cosquilleaba el cuello. No se movía la muchacha; sólo su pecho se levantaba y bajaba rítmicamente. Los ojos de Basilio tan pronto se fijaban en el mar como en aquella garganta que tan cerca tenía. Y contaba a la joven que se aburría sin ella, y cuán dolorosas eran sus noches sin sueño, llenas de pensamientos sombríos sobre la vida. Luego le besó los labios sin prisa, con el ruido que hubiese hecho comiendo carne caliente y gorda.

Permanecieron allí unas tres horas, y cuando el sol se inclinó hacia el mar, Basilio dijo con voz aburrida:

- Voy a preparar el té; nuestro huésped despertará pronto.

Malva se apartó con los movimientos indolentes de una gata perezosa y él se levantó de mala gana y fue a la barraca. Entre sus párpados apenas separados, la joven le vio alejarse, y suspiró como suspiran los que han soportado un peso demasiado pesado.

Una hora después todos estaban sentados tomando el té y hablando. El sol teñía el mar con los vivos colores de la puesta, y las olas se vestían de púrpura y rosa.

Basilio tomaba el té en una taza de loza blanca, interrogaba a su hijo acerca del campo y contaba sus recuerdos. Malva, sin mezclarse en la conversación, escuchaba sus relaciones interminables.

- Sin embargo, ¡bien viven los campesinos!

- Sí, viven... como pueden -replicó Iakov.

- No necesitamos mucho nosotros los labriegos. Una isba, pan a discreción, y los días festivos unas copas de aguardiente... ¡Sí! Pero ni aun esto tenemos... ¿Acaso habría marchado yo si hubiera podido vivir en casa? En el pueblo soy dueño de mí mismo, soy igual a los demás; aquí soy un criado.

- Sí, pero en cambio aquí se siente menos a menudo el hambre, y el trabajo es menos duro.

- No lo creas. A veces te duelen los huesos como si te los hubiesen chafado... Además, aquí trabajas para los otros y allí para ti.

- ¡Pero aquí se gana más! -replicó tranquilamente Iakov.

En su fuero interno, Basilio asentía a los argumentos de su hijo. En el pueblo la vida era más dura; pero no le gustaba que Iakov lo advirtiera. Y dijo con severidad:

- ¿Sabes lo que se gana aquí? En la aldea...

- Se vive como en una cárcel sombría -saltó Malva con sarcasmo-. Y las mujeres se pasan la vida llorando.

- En todas partes es igual la vida... y el sol -contestó Basilio malhumorado.

- Tú lo dices. En la aldea, quiera que no, una mujer ha de casarse, y una mujer casada es una eterna esclava. Debe hilar, tejer, cuidar el ganado, tener hijos. ¿Qué le queda para ella? Los golpes y las injurias del marido.

- No todo son golpes.

- Por lo contrario, aquí no pertenezco a nadie -prosiguió la joven sin escucharle- Soy libre como una gaviota. Hago lo que quiero. Nadie puede pedirme cuentas ni pegarme.

- ¿Y si te pegaran? -replicó Basilio complaciéndose en la alusión.

- Entonces, me la pagarían -respondió en voz baja; y apagó el brillo de sus ojos.

Basilio rió con indulgencia.

- ¡Ah! ¡Eres atrevida y débil! Dices palabras de mujer. En la aldea, una mujer es necesaria para la vida, mientras que aquí sólo sirve para el placer.

Y después de un momento de silencio añadió:

- Y para el pecado.

Cuando acabaron de hablar, Iakov dijo con un profundo suspiro:

- ¡Diríase que este mar no tiene límites!

Los tres miraron la extensión desierta.

- ¡Ah! ¡Si todo esto fuera tierra! -exclamó el mozo extendiendo los brazos-. ¡Tierra negra... y se la pudiera labrar!

- ¡Bien dicho! -replicó el padre.

Y aprobó con un ademán a su hijo, enardecido por el deseo que acababa de expresar. Placíale oírle pensamientos que revelaban su amor por la tierra, pues pensaba que así quizá volvería a la aldea, lejos a las tentaciones. El se quedaría con Malva y todo continuaría como antes.

- ¡Sí, Iakov, has hablado bien! Así es como debe pensar un campesino. El labrador no es fuerte más que por la tierra; en tanto que la tiene vive; pero si le arrancan de ella, todo acaba para él. Un campesino sin tierra es como un árbol sin raíces; se puede hacer de él muchas cosas... pero no vive... se pudre. No tiene ya la belleza de los bosques; está descortezado, aserrado; no tiene ya apariencia. Sí, Iakov, has dicho unas palabras acertadas.

El mar, recibiendo al sol en sus entrañas, le acogía con el himno de bienvenida de sus olas, adornadas para él de suntuosos colores.

- Me parece que el alma me abandona cuando veo ponerse el sol...

- ¿De veras? -preguntó Basilio a Malva.

Esta calló. Los azules ojos de Iakov miraron al mar. Durante largo rato los tres, pensativos, contemplaron cómo se disipaban las últimas claridades del día. El fuego se apagaba debajo de la tetera. La noche invadía con sus sombras cielo y tierra. La amarilla arena tomaba un tinte oscuro; las gaviotas habían desaparecido. Todo era apacible, soñador, hermoso. Hasta las infatigables olas que acudían a la playa cantaban menos alto y menos alegremente que de día.

- Y ¿aún estoy aquí? -exclamó Malva-. He de irme.

Basilio se movió y miró a su hijo...

- ¿Qué prisa tienes? -replicó descontento-. Espera, que la luna va a salir.

- No necesito luna... no tengo miedo... No es la primera vez que salgo de aquí de noche.

Iakov miró a su padre y para ocultar la ironía de sus ojos los cerró; luego miró a Malva: también ella le observaba. Sintióse molesto.

- ¡Bueno, vete! -dijo el viejo con mal humor.

Se levantó, despidióse y se fue lentamente a lo largo de la orilla.

Las olas que morían a sus pies parecían querer jugar con ella. En el cielo se encendían, temblorosas, las estrellas, sus áureas flores.

La blusa clara de Malva, mientras se alejaba de Basilio y de su hijo, parecía perder su color.

¡Alma mía... acude pronto
A dormir sobre mis pechos!

...cantaba Malva con voz sonora y alta.

Antojósele a Basilio que se había detenido y que le esperaba. Escupió de ira, pensando:

- Canta expresamente para darme rabia, ¡la maldita!

- ¡Ah! ¡Ahora canta! -exclamó Iakov.

Aparecía sólo como una mancha gris en la sombra.

Toca, tócame los pechos
Que son blancos como cisnes...

Su voz se perdía en el mar.

- ¡Ah! -suspiró Iakov tendiéndose hacia donde resonaban aquellas palabras tentadoras.

- Me parece que no has sabido componértelas con los campos -dijo de repente Basilio con acento bronco y severo.

Iakov, asombrado, le miró y no le dio respuesta. Mezcladas y casi diluidos en el rumor de las olas, las palabras de la canción llegaban truncadas hasta ellos.

Cuán eternas son las noches
Para la que duerme sola...

- ¡Qué calor! -exclamó tristemente Basilio-. Ya es de noche y no se puede resistir el bochorno. ¡Ah! ¡maldita tierra...!

- Es que la arena... guarda el calor del día -dijo Iakov medio volviéndose y vacilando.

- ¿Qué hay? Diríase que te burlas de tu padre -preguntó severamente Basilio.

- ¿Yo? -dijo con candidez Iakov-. ¿De qué?

- Precisamente no veo nada risible...

Callaron. Y a través del rumor de las olas les llegaba algo parecido a suspiros o a tiernos llamamientos.

Parte II

Quince días después era otra vez domingo, y de nuevo Basilio Legostev, tendido en la arena, cerca de la cabaña, examinaba el mar, esperaba a Malva. Y el mar desierto reía, jugando con los reflejos del sol, y legiones de olas nacían para estrellarse en la arena, dejar la espuma de sus crestas y volver al mar, donde morían. Todo era igual que quince días antes. Sólo Basilio, que entonces esperaba a su querida con apacible seguridad, la esperaba ahora con impaciencia... El otro domingo vino, de fijo que hoy vendría. No lo dudaba; pero deseaba verla cuanto antes, Iakov no les estorbaría esta vez: el día anterior, pasando con otros obreros para recoger una red, dijo que el domingo iría a la ciudad a comprar una blusa. Se había contratado a razón de quince rublos mensuales. Desde algunos días antes trabajaba en la pesquería y tenía el aspecto atrevido y alegre. Olía como sus compañeros a salmuera y como ellos iba sucio y derrotado. Basilio suspiró recordando a su hijo.

- ¡Con tal que resista! Si se echa a perder no querrá volver a la aldea y yo mismo tendré de...

Salvo las gaviotas, no había nadie en el mar. En el punto en que aparecía separado del cielo por la estrecha cinta de la orilla, se veían a veces puntitos negros que se movían y desaparecían. Pero ningún bote, aun cuando era ya mediodía; los rayos del sol caían perpendicularmente sobre el mar.

Dos gaviotas luchaban desesperadamente en el aire y esparcían sus plumas en torno de ellas. Sus gritos encarnizados desgarraban la alegre canción de las olas, tan constante, tan adecuada a la calma triunfal del firmamento deslumbrador, que parecía nacer de los juegos de la luz en la llanura del mar. Las gaviotas caían al agua, lanzando gritos de dolor y furor; elevábanse de nuevo, y continuaban luchando y persiguiéndose... Y sus compañeras, toda una bandada, sin cuidarse de aquella feroz pelea, cogían peces y saltaban sobre el agua transparente y verde que centelleaba ...

Basilio se fijó en las gaviotas y se entristeció.

- ¿Por qué riñen? ¿Acaso no hay bastantes peces en el agua? Así también los hombres se impiden mutuamente vivir. Si uno de ellos escoge una tajada, otro se la arranca de la boca. ¿Por qué? ¡La vida da para todos! ¿Por qué quitar al hombre lo que ya tiene? Casi siempre las mujeres son la causa de esas riñas. Un hombre tiene una mujer; pero otro la codicia y trata de quedársela. ¿Qué se saca de robar la mujer ajena, cuando hay tantas que son libres y a nadie pertenecen? Todo esto es causa del desorden que reina en el mundo...

El mar continuaba desierto. La manchita oscura, tan conocida, no se veía.

- ¿No vienes? -dijo en voz alta Basilio-. ¡Bueno! ¡No te necesito tampoco! ¿Qué creías?

Y escupió con desprecio hacia la orilla.

Reía el mar.

Basilio se levantó y fue hacia la barraca con intención de preparar la comida; pero sintiendo que no tenía hambre, volvió a su sitio anterior y se tumbó en la arena.

- ¡Si por lo menos viniera Serejka! -exclamó. Y trató de convencerse a sí mismo de que sólo pensaba en Serejka-. Es un veneno el mozo... Se burla de todo, se pelea con todos. Es robusto, sabe leer y escribir... pero es borracho. Es muy ocurrente... Gusta como la miel a las mujeres, y aun cuando hace poco que está aquí, todas le buscan. Malva es la sola que no le hace caso... ¡Y no viene...! ¡Maldita mujer! Quizá está enfadada porque la pegué.

¡Bah! No le debe venir de nuevas. Otros le habrán pegado. ¡Y yo le pegaré más!

Así, pensando en su hijo, en Serejka y más a menudo en Malva, Basilio se impacientaba y esperaba. La vaga inquietud se convertía en sospecha; pero no quería convenir en ello. A sí en ello. A sí mismo se disimulaba su desconfianza. No hizo nada en todo el día; tan pronto se levantaba y paseaba, como se tendía en la arena. Oscurecía ya y aún miraba al mar en espera del bote.

Pero Malva no vino tampoco aquel domingo. Al acostarse, Basilio renegó contra su servicio, que no le permitía ir a la costa, y al dormirse sentía sobresaltos como si oyera a lo lejos ruido de remos. Entonces fijaba su vista en el mar turbio y oscuro. Allá a lo lejos, en la pesquería, brillaban dos hogueras; pero no había nadie en el mar.

- ¡Bien, bien, bruja! -amenazó Basilio.

Y durmió con pesado sueño.

He aquí lo que ocurriera aquel día en la pesquería.

Iakov se levantó temprano, cuando el sol no brillaba aún y llegaba del mar una frescura vivificante. Fuese de la barraca al mar para lavarse y en la playa vio a Malva. Estaba sentada en la proa de una gran barca, y peinaba sus cabellos húmedos, dejando colgar sus pies descalzos. Iakov se detuvo para examinarla con curiosidad.

La blusa de percal, desabrochada por delante y doblada sobre el hombro, descubría éste casi por completo, y hay que confesar que era blanco y apetitoso.

Las olas chocaban contra la barca, y Malva se elevaba y luego bajaba hasta casi tocar con los pies el agua.

- ¿Te has bañado? -gritóle Iakov.

Volvió hacia él su rostro, le lanzó una ojeada, otra a sus pies, y luego, sin cesar de peinarse, dijo:

- Sí... me he bañado... ¿Por qué te has levantado tan temprano?

- ¡Bien estás tú levantada!

- Es que yo no soy un ejemplo para ti.

Iakov calló.

- Si vivieras como yo, no vivirías mucho.

- ¡Uy! ¡qué miedo me das! -exclamó el mozo riendo.

Poniéndose luego en cuclillas, se lavó la cara y el cuello.

Cogiendo el agua con ambas manos se la echaba con fuerza, estremeciéndose al sentir su frescura. Se enjugaba con la blusa, y dijo a Malva:

- ¿Por qué tratas de asustarme?

- Y tú ¿por qué te me comes con los ojos?

Iakov no se acordaba de haberla mirado más que a las otras mujeres de la pesquería, pero de pronto exclamó:

- Es que eres muy... apetitosa.

- ¡Buen apetito te va a dar tu padre si se lo digo!

Le miró maliciosamente y como provocándole. Iakov soltó una carcajada y se encaramó a la barca. No sabía de qué le hablaba la muchacha; pero sin duda imaginaba que la perseguía. Y se regocijó pensando en ello.

- ¡Qué me importa mi padre! -dijo acercándosele-. ¿Te ha comprado acaso para sí?

Sentado a su lado miraba su hombro desnudo y todo su cuerpo fresco y robusto que olía a salado.

- ¡Qué precioso sollo blanco! -exclamó con admiración después de un examen minucioso.

- Que no es para ti... - replicó sin moverse y sin cubrir su garganta.

Iakov suspiró.

Ante ellos se extendía, iluminada por los rayos del sol naciente, la superficie del mar ilimitado. Las olas menudas y juguetonas, nacidas al soplo de la brisa, chocaban suavemente contra la barca. A lo lejos, en el mar, como una cicatriz en su pecho satinado, veíase el arenoso cabo. Y allí se erguía, sobre el fondo claro del cielo, un mástil esbelto y delgado, con un trapo rojo en la punta.

- Sí, chiquillo -prosiguió Malva sin mirar a Iakov-, soy apetitosa, pero no saciaré tu apetito... Nadie me ha comprado, y no pertenezco a tu padre. Vivo como se me antoja... Pero no me busques, porque no quiero ser un obstáculo entre Basilio y tú... No deseo riñas ni disputas de ninguna especie... ¿Entiendes?

- Pero ¿qué te he hecho? -preguntó Iakov con sorpresa-. No te toco ni te busco.

- ¡Es que no te atreves a tocarme!

Dijo aquellas palabras con tal desdén, que el hombre y el macho se rebelaron. Un deseo malvado de desafío nació en él, y sus ojos brillaron.

- ¡Ah! ¿no me atrevo? -exclamó aproximándose a ella.

- No, no te atreves.

- ¿Y si te toco?

- Pruébalo.

- ¿Qué harás?

- Te daré tal mojicón que irás a parar al agua.

- ¡Veamos!

- ¡Tócame, si te atreves!

La envolvió en una mirada ardiente, y estrechándola fuertemente con sus manazas, le palpó la espalda y el pecho. Al contacto ardoroso de aquel cuerpo joven y robusto, se inflamó y anudósele la garganta como si se ahogara.

- ¡Ea! ¡pégame! ¿qué esperas?

- ¡Déjame, Iakov! -contestó tranquilamente tratando de zafarse de aquellos brazos temblorosos.

- ¿Y el bofetón que me ibas a dar?

- ¡Déjame! ¡Si no, cuidado!

- ¡Basta de amenazas, gachona!

Y, atrayéndola hacia sí, hundió sus gruesos labios en su rosada mejilla.

Reíase Malva a carcajadas, como desafiándole; cogió los brazos de Iakov, y, de pronto, se lanzó hacia adelante con un brusco movimiento de todo su cuerpo. Cayeron enlazados, formando una sola masa pesada, y desaparecieron entre la espuma. Luego, del agua agitada, emergió la cabeza de Iakov, y a su lado surgió Malva, como una gran gaviota.

Iakov braceaba desesperadamente, chapoteaba, mugía y rugía, en tanto que Malva gritaba alegremente, nadaba en derredor suyo y le echaba al rostro agua salada, y luego se zambullía para evitar sus manotadas.

- ¡Qué diablo! -gritó Iakov resoplando-. ¡Voy a ahogarme...! ¡Basta...! te juro que me ahogo... ¡Qué amarga es el agua... ¡Ah! ¡me hundo...!

Pero la joven no se cuidaba de él y nadaba a largas brazadas, como un hombre, hacia la barca. Subió a ésta con agilidad, se puso de pie en la popa y miró riendo a Iakov, que nadaba hacia ella. Su traje, pegado al cuerpo, dibujaba sus formas elásticas desde los hombros hasta las rodillas y Iakov, cuando hubo subido a la barca, deseó aquella mujer, mojada y casi desnuda, que se burlaba alegremente de él.

- ¡Sal de una vez, foca! -dijo Malva riendo; y poniéndose de rodillas le tendía una mano, mientras se afianzaba a la barca con la otra.

Iakov cogió aquella mano y gritó con exaltación:

- ¡Espera! ¡Ahora soy yo quien va a bañarte!

La atraía hacia sí, permaneciendo en el agua que le llegaba hasta los hombros. Las olas pasaban por sobre su cabeza y, chocando contra la barca, salpicaban el rostro de Malva. Reíase ésta, y, de repente, lanzando un grito, se tiró al agua; el choque de su cuerpo hizo perder pie a Iakov.

Y jugaron a más y mejor, como dos grandes peces en el mar verde, echándose agua, gruñendo y zambulléndose. Reía el sol mirándoles, y los cristales de los edificios de la pesquería reían también reflejando el sol. Las olas murmuraban, partidas por aquellos juegos de dos seres humanos, volaban, lanzando

estridentes chillidos, sobre sus cabezas que, a veces, desaparecían bajo las olas que acudían desde lejos.

Fatigados al cabo, con la boca llena de agua salada, salieron a la orilla y se sentaron al sol para descansar.

- ¡Uf! -exclamó Iakov haciendo una mueca-. ¡Qué asco da esta condenada agua! ¡Cuánta hay!

- ¡Todo lo malo abunda! ¡Los mozos, por ejemplo...! ¡Cuántos hay!

Malva reía y retorcía sus cabellos para exprimirlos; eran espesos, rizados, de color oscuro, no muy largos...

- ¡Por eso escogiste un viejo! -insinuó Iakov dándole con el codo.

- Hay viejos que valen más que los jóvenes.

- Si bueno es el padre, mejor será el hijo.

- ¿De veras? ¿Quién te ha enseñado a alabarte?

- Las muchachas del pueblo me han dicho muchas veces que no era feo...

- Y ¿qué entienden de eso las muchachas? Deberías preguntármelo a mí...

- No eres una muchacha.

Malva le miró con fijeza; reía con risa insultante. Entonces se puso seria y le dijo con ira:

- Lo era antes de tener un hijo.

- ¡Bien dicho, y mal hecho! -replicó Iakov soltando una carcajada.

- ¡Imbécil! -arguyó bruscamente Malva.

Y se apartó de él.

Iakov, intimidado, calló.

Así permanecieron en silencio durante media hora; se revolvían en arena para secarse.

En las barracas, largos edificios sucios, despertábanse ya los obreros. Desde lejos todos se parecían, astrosos, descalzos... Sus voces roncas llegaban hasta la orilla; uno de ellos golpeaba encima de un tonel vacío, y los golpes secos repercutían y se

multiplicaban, parecidos a un redoble de tambor. Dos mujeres se peleaban, chillando; aullaban los perros.

- Empiezan a moverse -dijo Iakov- ¡y yo que quería ir temprano a la ciudad...! He perdido el tiempo contigo...

- ¡A mi lado no se hace nada bueno! -contestó, medio en serio, medio en broma, la muchacha.

- ¡Qué manía tienes de asustar a las gentes!

- Ya verás cuando tu padre sepa...

Aquello le enfadó.

- Qué, ¿mi padre? -gritó rudamente-. ¡Mi padre...! ¿Soy acaso un niño? ¡Ya me jeringas! Esto no es un convento... No soy ciego, ¡qué diablo! Tampoco es él un santo ni se priva de nada... ¡Déjame en paz...!

Le miró la moza con burla y preguntó con curiosidad:

- ¿Que te deje en paz? ¿Qué quieres hacer?

- ¿Yo? -hinchó los carrillos y sacó el pecho como si se prepara a levantar un gran peso-. Soy capaz de muchas cosas. Ya he sacudido el polvo de la aldea.

- ¡No has tardado mucho! -exclamó Malva irónicamente.

- ¡Y te soplaré a mi padre!

- ¿Sí?

- ¿Crees que me dará miedo?

- ¡Ca, hombre!

- No me provoques -exclamó con acento enfurecido-. Yo...

- ¿Qué? -preguntó Malva con indiferencia.

- Nada.

Entonces se volvió con expresión resuelta.

- ¡Qué valiente eres! El inspector tiene un perrito negro ¿lo has visto? que se te parece. Desde lejos quiere morder, y, cuando uno se acerca, baja la cola y huye.

- ¡Bueno! -exclamó Iakov colérico- ¡vas a ver quién soy!

Malva se reía a carcajadas.

Adelantaba hacia ellos, con paso lento y contoneándose, un mocetón bronceado, de músculos robustos y espesa caballera roja. Su blusa colorada, sin ceñidor, estaba rota por detrás casi hasta el cuello, y, para impedir que le molestaran las mangas, las había arrollado hasta el hombro. Había en su pantalón más agujeros que tela y andaba descalzo. Su rostro, cubierto de pecas, mostraba dos ojos azules, grandes, impertinentes, y la nariz, larga y arremangada, daba a toda su persona una expresión desenvuelta y arrogante. Cuando estuvo junto a ellos se paró, y dejando que el sol iluminara su cuerpo por los mil agujeros de su traje elemental, resopló ruidosamente, les examinó e hizo una mueca rara.

- ¡Serejka bebió ayer y hoy tiene vacíos los bolsillos... ¡Présteme usted veinte Kopeks! ¡De todos modos no se los he de devolver!

Al oír aquel conciso discurso, echóse a reír Iakov; Malva sonrió examinando aquel desarrapado.

- ¡Démelos y le caso por veinte Kopeks! ¿Quiere?

- ¡Vaya en gracia! ¿Acaso eres pope?

- ¡Imbécil! En Ughtch he servido a un pope... Dame veinte kopeks.

- ¡No pienso casarme!

- ¡Es igual! En cambio no diré a tu padre que cortejas a su dama - añadió Serejka relamiendo sus labios secos y agrietados.

- ¡Lo que te creería!

- Cuando yo hablo, siempre se me cree -afirmó Serejka...- y te dará un pie de paliza.

- ¡No me da miedo!

- ¡Entonces, te pegaré yo! -anunció el de los guiñapos, y sus ojos se entornaron.

Iakov no quería dar los veinte kopeks, pero le habían advertido que era preciso andarse con cuidado con Serejka y someterse a sus caprichos. No exigía mucho, pero si se le negaba armaba una trapatista en el trabajo o bien zurraba al recalcitrante. Iakov se metió las manos en el bolsillo suspirando.

- ¡Eso es! -dijo Serejka animándole, y se dejó caer a su lado en la arena-. Hay que ser prudente y obedecerme... Y tú -añadió dirigiéndose a Malva-, ¿cuándo te casas conmigo? Despacha; no me gusta esperar.

- Vas demasiado astroso; haz que te remienden el traje, y ¡luego hablaremos! -respondió Malva.

Serejka miró con descontento sus agujeros y contestó luego:

- Dame unas sayas tuyas, ¡será mejor!

- ¡Eso es! -replicó riendo la joven.

- Sí; dame unas, debes tener algunas usadas.

- Lo que debieras hacer es comprarte un pantalón.

- Prefiero beber los cuartos.

- ¡Ah, ya! -intervino Iakov, que aún tenía en la mano los veinte kopeks.

- El pope dice que el hombre no debe pensar sólo en su piel, sino en su alma. Y mi alma me pide aguardiente y no un pantalón. Dame el dinero. Iré a beber... y no diré nada a tu padre.

- ¡Díselo! -decidió Iakov.

Y miró a Malva tocándole el hombro.

Serejka vio el movimiento, escupió y dijo con expresión de promesa:

- No dejaré de pegarte, descuida. A la primera ocasión... Y te acordarás mucho tiempo.

- Pero, ¿por qué? -preguntó con inquietud el mozo.

- Eso es cosa mía... ¡Ea!, ¿cuándo te casas conmigo, Malva?

- Empieza por decirme qué haremos y cómo viviremos -contestó la joven con seriedad.

Serejka miró al mar, entornó los ojos y respondió después de lamerse los labios:

- No haremos nada; nos pasearemos por el mundo.

- Y ¿cómo nos las compondremos para comer?

- ¡Bah! -exclamó Serejka con abatimiento-, piensas como mi madre: ¿Qué...? ¿Cómo...? ¡Qué fastidiosas son las mujeres! ¿Acaso lo sé yo? Voy a beber...

Se levantó y se fue, seguido de una extraña sonrisa de Malva y de una mirada hostil del joven.

- ¡Qué comandante! -dijo Iakov, cuando Serejka estuvo lejos-. En el pueblo ya hubieran cortado las alas a este matamoros. Le habrían dado una buena lección. Aquí todos le temen...

Malva midió a Iakov y murmuró entre dientes:

- ¡Vale más de lo que crees!

- ¡Ya lo creo! Vale a cinco kopeks el ciento.

- ¡Ya! -replicó con mofa la joven-. ¡Eso es lo que vales tú...! El ha estado en todas partes, ha corrido el mundo y no teme a nadie.

- ¿Acaso temo yo a alguien? -exclamó con arranque Iakov.

No le contestó; seguía con la mirada el vaivén de las olas que acudían y balanceaban la pesada barca. El mástil se inclinaba a derecha e izquierda, y la proa se levantaba y volvía a caer azotando el agua. El ruido que producía era violento y como despechado; diríase que la embarcación quería alejarse de la orilla, ir más adentro y que se indignaba contra el cable que la sujetaba.

- ¿Por qué no te vas? -preguntó Malva.

- ¿Adónde?

- ¿No querías ir a la ciudad?

- Ya no voy.

- Entonces ve a ver a tu padre.

- ¿Y tú?

- ¿Qué?

- ¿Irás también?

- ¡No!

- Entonces tampoco voy.

- Y ¿todo el día estarás cosido a mis faldas?

- ¡No te necesito para nada! -replicó Iakov ofendido.

Se levantó y se alejó de ella.

Pero se engañaba diciendo que no la necesitaba. Se aburrió. Un raro sentimiento se apoderó de él después de su coloquio, un extraño anhelo de protestar contra su padre, un sordo descontento. El día anterior y aun hoy, antes de hablar a Malva, no sentía nada semejante. Y ahora se le antojaba que su padre le estorbaba aun cuando estaba tan lejos, perdido en la arenosa lengua de tierra, casi invisible a simple vista... Después pensó que Malva temía a su padre: si no, de otra manera hubiese hablado. Sentía que le faltaba la presencia de la joven, y por la mañana no pensaba siquiera en ella.

Caminaba por la playa, miraba a la gente, saludaba a pocos y les hablaba como distraído.

Parte III

Serejka está a la sombra de una barraca. Puntea las cuerdas de una balalaika y canta haciendo muecas estrafalarias:

Procure, señor agente,
tener cuidado conmigo;
no vaya a caer al barro
antes de ir al cuartelillo...

Unos veinte obreros tan derrotados y sucios como él le rodeaban, y como él huelen a pescado salado y a salitre. Cuatro mujeres feas y astrosas sentadas en la arena no lejos del grupo, toman té que vierten de una tetera de hierro. Un obrero, borracho ya a pesar de lo temprano de la hora, se agita en el suelo y trata de ponerse en pie sin conseguirlo. Una mujer llora y chilla; alguien toca un acordeón roto; por todas partes relucen escamas de pescado.

Al mediodía Iakov descubrió una sombra entre dos enormes rimeros de barricas vacías, se echó y durmió hasta el anochecer. Al despertar anduvo sin objeto fijo, pero vagamente atraído por algo.

Después de dos horas de paseo, halló a Malva lejos de la pesquería, a la sombra de unos sauces. Estaba tendida de lado y tenía en la mano un libro arrugado; miró sonriendo al muchacho que se acercaba.

- ¡Ah! ¿Aquí estabas? -dijo sentándose junto a Malva.

- ¿Hace mucho rato que me buscas? -preguntó ella con seguridad.

- ¿Que te busco? ¡Vaya una idea! -replicó Iakov, notando de repente que así era en efecto.

Desde por la mañana hasta entonces la había buscado sin darse cuenta. Movi6 la cabeza al convencerse de ello.

- ¿Sabes leer? -preguntó Malva.

- Sí... pero mal. Lo he olvidado.

- Yo también... ¿Has ido a la escuela?

- Sí, a la del ayuntamiento.

- Yo aprendí sola.

- ¿De veras?

- Sí; estuve de cocinera en Astrakán en casa de un abogado y su hijo me enseñó a leer.

- Entonces no digas que aprendiste sola.

Malva añadió:

- ¿Te gustaría leer libros?

- No... ¿para qué?

- A mí, sí... Mira, he pedido este libro a la mujer del inspector y leo.

- ¿Qué es?

- La historia de san Alejo, un santo var6n.

Y muy seria le explicó que un muchacho, hijo de padres ricos y nobles, les abandonó, despreciando el bienestar, y que volvió años después, mendigando y enflaquecido, para vivir en la perrera sin decir nunca, hasta la hora de su muerte, qui6n era. Terminó preguntando cari6nosamente a Iakov:

- ¿Por qué haría eso?

- ¡Quién sabe! -replicó aquél con indiferencia.

Dunas amontonadas allí por el viento y las olas les rodeaban. Llegaba de la pesquería un rumor sordo y confuso. Ocultábase el sol, inundando la playa con reflejos rosados. Las hojas de los sauces se estremecían al soplo de la brisa marina. Malva callaba como si escuchara algo.

- ¿Por qué no has ido a ver a mi padre? -inquirió Iakov.

- ¿Qué te importa?

Iakov cogió una hoja y la mascó. Miraba de soslayo a la moza, y no acertaba a decirle lo que quería.

- Mira, cuando estoy sola y reina esta calma, quisiera llorar o cantar. Pero no sé más que canciones obscenas y me da vergüenza llorar.

Iakov oía su voz agradable y acariciadora; pero aquellas palabras, sin conmovérle, aguijaron su deseo.

- Oye -dijo sordamente acercándose a ella sin mirarla-, oye lo que te he de decir... Soy joven...

- Y tonto, ¡muy tonto! -añadió con convicción Malva, meneando la cabeza.

- ¡Bueno! -prosiguió Iakov, animándose de repente-. ¿Qué necesidad hay de ser listo? Soy tonto, ¡bien! Pero he aquí lo que te pido... ¿Quieres?

- No digas más... No quiero.

- ¿Por qué?

- Porque no.

- No hagas la tonta... (La cogió suavemente por los hombros) ¡Atiende...!

- ¡Vete, Iakov! -gritó severamente desasiéndose-. ¡Vete!

El mozo se levantó y miró a su alrededor.

- Bueno, dejémoslo. No eres tú la sola mujer de la pesquería... ¿Crees que vales más que las otras?

- ¡Eres un perrillo! -contestó Malva con sosiego.

Se levantó y sacudió el polvo de las sayas.

Volvieron juntos a la pesquería. Andaban lentamente a causa de la arena.

De pronto, cuando estaban ya cerca de la pesquería, Iakov se detuvo bruscamente y la cogió por el brazo.

- ¿Qué sacas de excitarme? ¿Qué ganas con ello?

- ¡Suéltame!

Se desasíó, se apartó y de una esquina de la barraca salió Serejka. Sacudió su pelo enmarañado y dijo, amenazador:

- ¿Se pelean? ¡Bueno!

- ¡Váyanse todos al demonio! -gritó Malva.

Iakov se había plantado en frente de Serejka y le miraba; estaban a pocos pasos uno de otro. Serejka miraba a Iakov sin pestañear. Así permanecieron quizá un minuto como dos carneros prestos a lanzarse uno contra otro, y luego se marcharon cada cual por su lado sin hablar palabra.

El mar estaba tranquilo, enrojecido por el sol poniente; sobre la pesquería cerníase un rumor sordo; la voz de una mujer borracha cantaba con alaridos histéricos, palabras sin sentido:

Ta-agarga, matagarga,
Matanitchka se fue,
y azotada y llorosa,
desgreñada quedé...

Aquellas palabras, asquerosas como una babosa, corrían en todas direcciones entre las barracas, de las que se exhalaba olor de salmuera y de pescado podrido; y ofendían la melodía deliciosa de las olas que flotaban en el aire.

Parte IV

Dormía dulcemente el mar, iluminado por la pura luz del alba y reflejaba las nacaradas nubes. En el cabo los pescadores, aún adormilados, arreglaban las redes y colocaban en las barcas todo lo necesario para la pesca.

Aquel trabajo habitual se cumplía rápidamente y en silencio. La masa oscura de las redes se arrastraba desde la costa a la barca y se amontonaba en la cala.

Serejka, descalzo y casi desnudo, como de costumbre, estaba en la proa y daba prisa con la voz enronquecida por la tajada de la víspera. El viento jugaba con los jirones de su blusa y los mechones de su pelo.

- ¿Dónde están los remos verdes, Basilio? -gritó alguien.

Basilio, sombrío como un día de otoño, colocaba la red dentro de la barca, y Serejka le miraba por la espalda; relamíase los labios, lo cual significaba que quería beber un trago.

- ¿Tienes aguardiente? -preguntó.

- Sí -gruñó Basilio.

- ¡Bueno! entonces no embarco.

- ¿Está todo preparado? -gritó una voz.

- ¡Soltad la amarra! -exclamó Serejka, saltando a tierra-. Idos, me quedo; procuren coger viento y no enredar las redes... échenlas con cuidado... eviten los nudos... En marcha.

Empujaron la barca al mar; saltaron dentro de ella los pescadores, y luego de afianzar los remos, los levantaron al aire.

- ¡Va!

Cayeron los remos al agua; la barca corrió hacia adelante por la ancha llanura de agua luminosa.

- ¡Uno! ¡dos! -gritó el timonel; y como las patas de una enorme tortuga, los remos se levantaban y caían.

- ¡Uno! ¡dos!

Cuidando de la red que había quedado en seco, permanecían cinco hombres en la playa; Serejka, Basilio y otros tres.

Uno de estos tendióse en la arena y dijo:

- Podríamos descabezar un sueño.

Los otros dos le imitaron, tendiéndose a su lado.

- ¿Por qué no viniste el domingo? -preguntó Basilio al pelirrojo.

- No pude.

- ¿Estabas borracho?

- No; cuidaba de tu hijo de su madrastra -afirmó Serejka con gran pachorra.

- No te falta ocupación -replicó el viejo con sonrisa forzada-. Al cabo ya no se trata de niños.

- Peor aún. Uno es un imbécil y la otra una loca.

- ¿Te parece loca? -preguntó Basilio, y en sus ojos brilló una llamarada de ira.

- Sí.

- ¿Desde cuándo?

- ¡Lo fue siempre! Créeme, Basilio, que su alma no se hizo para su cuerpo. ¿Entiendes?

- ¡Sí, lo comprendo...! Su alma es vil.

Serejka se le acercó y dijo desdeñosamente:

- ¿Vil? ¡Ah! No sabes lo que es la vida. Basta para ustedes que una mujer tenga carnes; de su carácter no se cuidan. El carácter es lo que distingue a las gentes. Una mujer sin carácter es un pan sin sal... ¿Para qué vale una balalaika sin cuerdas? ¡Perro!

- Aún estás borracho, amigo mío.

Sentía ganas de preguntarle cuándo y dónde viera la víspera a Malva y a su hijo; pero no se decidió.

Ya en la barraca, dio a Serejka un vaso de aguardiente esperando que el tunante se emborracharía y se lo contaría todo sin necesidad de preguntarle.

Pero Serejka tosió, bebió y se sentó junto a la puerta desperezándose y bostezando.

- ¡Cuando se bebe, parece que se traga fuego!

- ¡Bien bebes! -replicó Basilio, admirado de la rapidez con que Serejka sorbía el aguardiente.

- Sí, no le hago ascos.

Se limpió el bigote con el dorso de la mano y dijo en tono doctoral:

- Sí, sé beber, amigo... Todo lo hago aprisa y sin vacilación. Sin titubear... Anda derecho y te irá bien... Poco importa adónde se llega... No se puede salir del mundo...

- ¿Querías ir al Cáucaso? -preguntó Basilio, tratando de hacerle hablar.

- Iré cuando me plazca. Cuando quiero nunca me detengo; ¡una! ¡dos! y ya está. O logro mi objeto o gano un chichón en la frente; es muy sencillo...

- ¡Ya lo creo! Es poco más o menos como si no tuvieras sesos.

Serejka contestó con burla:

- Como eres tan listo... ¿Cuántas veces te han azotado en el pueblo?

Basilio le miró sin contestar.

- Muy a menudo, a lo que parece... ¿Quieres decirme para qué te sirven los sesos? ¿Adónde vas? ¿Qué inventas? En cambio yo, sin cuidarme de nada, sigo mi camino y me va mejor. Creo que así iré más lejos que tú.

- Es muy posible -confirmó Basilio-; quizá llegues a Siberia...

- ¡Ay! ¡ay!

Serejka se echó a reír.

Pero no perdía la serenidad como hubiera deseado Basilio. Dolíale ofrecerle otro vaso; Serejka mismo fue en su ayuda.

- ¿Por qué no me preguntas lo que hace Malva?

- ¿Qué me importa eso? -contestó Basilio con indiferencia, aunque estremeciéndose movido de un secreto presentimiento.

- Como no vino aquí el último domingo, pensé que te gustaría saber lo que era de ella. ¡Ya sé que estás celoso, pobre viejo!

- Hay muchas como ella -afirmó Basilio con desdén.

- ¿Muchas? ¿De veras? -dijo remedándole Serejka-. ¡Ah! ¡Brutos campesinos! Miel o alquitrán, todo es igual para ustedes.

- ¿A cuenta de qué la alabas? ¿Quieres que me case con ella? Hace ya mucho tiempo que me casé -contestó con ironía Basilio.

El otro le miró, calló un instante, y después empezó a hablar razonablemente a Basilio, poniéndole una mano en el hombro.

- Ya lo sé... Ya sé que está contigo... No quería molestarte, no tenía necesidad de ello, pero ahora tu hijo está pegado todo el día a sus sayas; ¡pégale de firme! Si no, seré yo quien le pegue. Eres un robusto mozo, aunque bastante tonto... Acuérdate de que nunca te molesté.

- Y ¿qué? ¿Ahora también estás enamorado de ella? -preguntó sordamente Basilio.

- Si lo estuviera ya les habría apartado de mi camino a todos juntos. Pero ¿qué necesidad tengo de ella?

- Entonces, ¿qué te importa?

Serejka enarcó las cejas y soltó una carcajada.

- ¿Que, qué me importa? Sólo el demonio lo sabe. Es una mujer muy graciosa. Me gusta. Quizá me inspira lástima...

Basilio le miraba con desconfianza. Comprendía bien, por la franca risa de Serejka, que el joven era sincero y no tenía ninguna idea preconcebida acerca de Malva; pero, sin embargo, dijo:

- Podrías compadecerla si fuera una muchacha inocente, pero ahora, ¡tiene gracia!

No contestó el otro, pues miraba cómo la barca trazaba un semicírculo y ponía proa a tierra. El rostro de Serejka tenía una expresión abierta y parecía bueno y sencillo.

Basilio se tranquilizó viéndolo.

- Tienes razón, es una buena muchacha... sólo que es ligera de cascos... Iakov tendrá noticias mías, ¡perro!

- No me gusta; huele todavía a pueblo y me fastidia ese olor - declaró Serejka.

- ¿Acaso la busca? -murmuró entre dientes Basilio pasándose la mano por la barba.

- ¡Ya lo creo! Dentro de poco estará entre ustedes dos como una valla.

- No le aconsejo que lo pruebe.

A lo lejos, sobre el mar, abríase el rosado abanico de los rayos de la aurora. Emergía el sol del agua dorada. Entre el ruido de las olas, oyóse gritar desde la barca:

- ¡Tira!

- Arriba, muchachos. ¡A la cuerda! -mandó Serejka poniéndose en pie.

Bien pronto los cinco hombres tiraban de la red. Del agua salía una larga cuerda flexible y vibrante, y los pescadores tiraban de ella jadeando.

El otro extremo de la red iba hacia la playa arrastrado por la barca que se deslizaba sobre las olas, y el mástil cortaba el aire, balanceándose a derecha e izquierda. El sol, deslumbrador y soberbio, salía del mar.

- Cuando veas a Iakov, dile que venga a verme -recomendó Basilio a Serejka.

- Bien.

Llegó la barca, y los pescadores, saltando a la arena, tiraron de la red. Ambos grupos se juntaron poco a poco, y los flotadores de corcho, saltando sobre el agua, formaban un semicírculo regular.

Parte V

Al anochecer del mismo día, ya tarde, cuando los obreros de la pesquería hubieron acabado de cenar, Malva, cansada y abstraída, estaba sentada en un bote volcado y miraba el mar oscurecido por el crepúsculo. A lo lejos brillaba una hoguera, y Malva sabía que era Basilio quien la encendiera. Solitaria, perdida entre tinieblas, la llama se elevaba a veces y luego bajaba, como rota. Y la joven se entristecía mirando aquel punto rojo, abandonado en el desierto y palpitando débilmente entre el infatigable e incomprensible murmullo de las olas.

- ¿Por qué estás aquí? -preguntó la voz de Serejka a su espalda.

- ¿Qué te importa? -replicó secamente sin volverse.

- Me hace gracia.

Se callaba y la examinaba; sacó un cigarrillo, encendiólo y se puso a horcadas sobre el bote. Luego, comprendiendo que Malva no estaba dispuesta a hablar, le dijo amigablemente:

- ¡Qué extravagante eres! Tan pronto huyes de todos, como te echas en brazos de cualquiera.

- ¿Quizá en los tuyos?

- No, pero sí en los de Iakov.

- ¿Te da celos?

- ¡Hum! ¿Quieres que hablemos en serio?

Como Malva estaba sentada de perfil, no pudo ver su rostro cuando le dijo:

- Habla.

- ¿Has roto con Basilio?

- No lo sé aún -respondió después de breve silencio-. ¿Qué necesidad tienes de saberlo?

- ¡Qué sé yo! Por aburrimiento.

- Estoy enfadada con él.

- ¿Por qué?

- Me ha pegado.

- ¿De veras? ¿El? ¿Y se lo has permitido...? ¡Ay! ¡Ay!

Serejka estaba asombrado. Trataba de ver la cara de Malva y hacía unos visajes cómicos.

- ¡Si hubiese querido no le dejaría pegarme! -replicó colérica.

- ¿Cómo?

- No quise defenderme.

- ¿Tanto te gusta ese gato gris? -dijo Serejka lanzando una bocanada de humo-. ¡Hombre, hombre! Pensé que te estimabas en más.

- ¡No quiero a ninguno de ustedes! -añadió con indiferencia y apartando el humo con la mano.

- De fijo que mientes.

- ¿A cuenta de qué mentiría? -preguntó Malva, y por el acento de su voz comprendió Serejka que, efectivamente, no tenía ningún motivo de mentir.

- Pues si no le amas, ¿por qué permites que te pegue?

- ¿Qué sé yo...? Déjame en paz.

- ¡Bueno!

Ambos callaron.

Avanzaba la noche. Las sombras caían de las oscuras nubes. Chillaban las olas.

La hoguera de Basilio se había extinguido en el cabo; pero Malva continuaba mirando hacia allí. Serejka examinaba a la joven.

- Escucha, ¿sabes siquiera lo que quieres?

- ¡Si pudiera saberlo! -contestó suspirando.

- ¿No lo sabes? ¡malo! -exclamó con aplomo Serejka-. ¡Yo lo sé siempre!

Y con una sombra de tristeza, añadió:

- Sólo que casi nunca quiero nada...

- Yo, en cambio -afirmó Malva-, siempre deseo algo. Quiero... ¿qué? No lo sé. A veces quisiera meterme en un buque y marchar mar adentro, lejos... Otras veces quisiera que los hombres se convirtieran en trompos y que bailaran a mi vista. Les miraría y reiría. Tan pronto tengo lástima de todo el mundo y de mí misma, como quisiera matar a todos y morir yo misma... de horrible muerte. ¡Y me aburro, y quisiera reír, y todos los hombres son unos leños!

- ¡De madera podrida! -consintió Serejka-. Bien decía yo: Tú no eres ni gato, ni pájaro, ni pez... De todo tienes... Y no te pareces a las demás mujeres...

- Y doy gracias a Dios por ello -contestó Malva sonriendo.

A su izquierda, de una cadena de colinas salió la luna, inundándolas con su claridad plateada. Ancha y suave, subía lentamente por la bóveda azul, y la luz brillante de las estrellas palidecía y se fundía en su luz tranquila y soñadora.

- ¡Piensas demasiado, eso es! -dijo Serejka con convicción, tirando el cigarrillo-. Cuando se piensa demasiado, se disgusta uno de la existencia... Es preciso no parar nunca, ver cómo sienten que uno vive. Precisa sacudir la vida para que no se enmohezca. Muévete, agítate de aquí para allá mientras puedas, y no te aburrirás.

Malva se puso contenta.

- Quizá es verdad lo que dices. Me parece a veces que si por la noche se pegaba fuego a una de las barracas... ¡me pasaría el fastidio!

- ¡Así me gusta verte! -exclamó el otro, y le dio una palmada en el hombro-. ¿Sabes lo que te aconsejaría...? Que jugáramos una mala pasada a alguien. ¿Quieres?

- ¿De qué se trata?

- ¿Has calentado mucho a Iakov?

- ¡Arde como un fuego de virutas! -contestó Malva con animación.

- ¿De veras? Suéltalo contra su padre. Ya verás qué gracioso. Se pelearán como dos osos. Atiza también al viejo... Y luego les lanzaremos uno contra otro.

Malva miraba atentamente su cara pecosa, que sonreía contenta.

Illuminada por la luna, parecía menos fea que de día. No expresaba odio ni nada, exceptuando una gran animación, en espera de la respuesta.

- ¿Por qué les detestas? -preguntó Malva con desconfianza.

- ¿Yo? ... Basilio es un buen hombre; pero Iakov no vale un comino. En general no me gustan los aldeanos; todos son solapados. Se fingen desdichados para que les den pan. Tienen un municipio que cuida de ellos, de modo que no sé de qué se quejan. Tienen tierra y ganado. He sido cochero de un médico municipal: ¡entonces conocí a los campesinos! Después fui vagabundo. Cuando llegaba a una aldea y pedía pan: ¿Quién eres? ¿Qué haces? Venga el pasaporte... Más de una vez me han azotado porque me tomaban por un ladrón de caballos o porque se les antojaba... Me encarcelaban... Gimen y fingen que no pueden vivir por más que tengan campos. Y yo, ¿qué tengo contra ellos?

- ¿No eres aldeano?

- Soy ciudadano -replicó con cierto orgullo Serejka-, ciudadano de Uglitch.

- Yo de Pavlitcha -contestó Malva.

- Nadie me protege. ¡Y los campesinos pueden vivir! ¡qué demonio! ¡Tienen municipio y todo!

- ¿Qué es un municipio?

- Lléveme el diablo si lo sé. Es para los labriegos; es un consejo... ¡Dejemos esto! Hablemos de nuestro asunto. ¿Quieres hacer lo que te digo? No resultará nada malo; se pegarán a lo sumo. Cuenta conmigo. ¿De modo que Basilio te ha pegado? Bueno; pues que su hijo le devuelva los golpes que te dio.

- ¿Por qué no? ¡Tendría gracia...!

- Si lo piensas un poquito, verás que es muy agradable que las gentes se rompan las muelas por ti, por unas palabras tuyas. Hablas un poquito y... ¡ya está!

Serejka le encomió largo rato y con fuego lo bonito del papel que le proponía. Hablaba en serio y en broma a la vez, y se entusiasmaba a sí mismo sinceramente.

- ¡Ah! ¡Si naciera yo mujer! ¡qué ciscos hubiera armado! -exclamó a manera de conclusión.

Luego llevó ambas manos a la cabeza y calló.

La luna estaba alta cuando se separaron. Después de marcharse ellos, la belleza de la noche pareció más augusta. No hubo más que la mar ilimitada y maravillosa, argentada por la luna, y el cielo tachonado de estrellas. Había, además, las dunas, los sauces y dos largas barracas negras, como desmedidos y groseros ataúdes allí depositados. Pero todo aquello era raquíco ante el mar y las estrellas que lo contemplaban centelleando fríamente.

Parte VI

Padre e hijo hallábanse en la barraca, enfrente uno de otro, y bebían aguardiente que trajo Iakov para amansar al viejo y para no aburrirse en su compañía. Serejka había dicho al mozo que su padre estaba enfadado con él a causa de Malva, y que quería pegar a ésta hasta derrengarla: la joven lo sabía, y esto le impedía entregarse a Iakov. Serejka se había burlado del mozo con perversa intención.

- Te castigaré de lo lindo. Te va a tirar de las orejas hasta que las tengas largas de un palmo. Lo mejor que puedes hacer es que no te vea.

Las burlas de aquel muchachote rojo y antipático provocaron en Iakov agudo resentimiento contra su padre... ¡Y Malva no quería espontanearse! Sus ojos eran a veces cariñosos y otras tristes y avivaban su deseo hasta el dolor.

Iakov fue a ver a su padre: se le antojaba como un obstáculo puesto en mitad de su camino, obstáculo que no podía rodear ni

escalar. Pero sintiéndose capaz de medirse con él, le miraba a los ojos como diciendo: ¡Tócame, si te atreves!

Habían bebido ya dos copas sin haber cambiado más que algunas palabras insignificantes relacionadas con los asuntos de la pesquería. Solos, junto a la mar inmensa, acumulaban el odio que les poseía, y ambos sabían que en breve aquel odio iba a estallar, inflamándoles.

Las esteras de la barraca se estremecían al soplo del viento, las cortezas se entrechocaban y el guiñapo rojo que servía de flámula murmuraba algo. Todos aquellos rumores eran tímidos y parecidos al balbuceo incierto de un rezo. Y las olas rugían, libres e impasibles.

- ¿Continúa emborrachándose Serejka? -preguntó Basilio con tono adusto.

- Se emborracha todas las noches -respondió Iakov vertiendo aguardiente a su padre.

- ¡Acabará mal! He ahí a lo que conduce una vida de crápula... Y tú te le parecerás en breve.

Iakov odiaba a Serejka, y contestó:

- No me pareceré nunca a él.

- ¿No? -dijo Basilio frunciendo el entrecejo-. Ya sé lo que me digo... ¿Cuánto tiempo hace que estás aquí? Dos meses; será cosa de pensar en la vuelta. ¿Cuánto dinero has ahorrado?

Sorbió con aire descontento el aguardiente que su hijo le diera, y cogiéndose la barba con la mano, la tiró con tanta violencia, que se movió la cabeza.

- En tan poco tiempo -observó juiciosamente Iakov-, no he podido ahorrar dinero.

- Bueno, pues entonces, lo mejor que puedes hacer es volver al pueblo.

Iakov sonrió.

- ¿A qué vienen esas muecas? -exclamó con voz amenazadora Basilio, exasperado por la flema de su hijo-. Tu padre habla y tú ríes. ¿Te crees libre acaso? Habrá que meterte en cintura.

Iakov se echó aguardiente y lo bebió. Aquellas groseras advertencias de su padre le ofendían, pero se contenía ocultando su pensamiento, y tratando de que no se exasperara el viejo. Empezaba a sentirse intimidado ante aquel rostro severo y rudo.

Basilio, viendo que su hijo había bebido sin invitarle, se enfadó más aún, conservando una calma aparente.

- Tu padre te dice: Ve a casa, y ¡te burlas en su cara! ¡Muy bien! Ahora voy a hablarte de otro modo... Pide tu jornal el sábado, y... ¡Andando Al pueblo...! ¿Oyes?

- No me iré -replicó con firmeza Iakov moviendo la cabeza con resolución.

- ¿No? -vociferó Basilio; y apoyándose con ambas manos en el tonel, se levantó-. ¿A mí me dices que no? ¡Perro que aúllas contra tu padre...! ¿Has olvidado que puedo hacer de ti lo que quiera, di?

Estremeciáanse sus labios; su rostro entero parecía presa de una convulsión; dos gruesas venas aparecieron en sus sienas.

- No he olvidado nada -dijo a media voz Iakov sin mirar a su padre-. Y tú, ¿no olvidas nada?

- No eres tú quien debe predicarme moral; ¡te voy a aplastar...!

Iakov esquivó el golpe que le dirigía su padre, y, sintiendo nacer en él un odio salvaje, exclamó rechinando los dientes:

- ¡No me toques...! No estamos en el pueblo...

- Cállate, ¡soy tu padre...!

- Aquí no podrás hacerme azotar. Aquí es distinto -masculló Iakov levantándose lentamente.

Estaban uno frente a otro. Basilio, con los ojos inyectados en sangre, alargando el cuello y con las manos crispadas, lanzaba al rostro de su hijo su aliento emponzoñado por el aguardiente; Iakov echado hacia atrás, acechaba los movimientos de su padre, dispuesto a parar los golpes, tranquilo en apariencia, pero ardiendo

en ira. Entre ambos hombres y separándolos, había el medio tonel que servía habitualmente de mesa.

- ¿Crees que no te pegaré? -gritó con voz enronquecida Basilio encorvando la espalda como un gato que se prepara a saltar.

- Aquí todos somos iguales; eres un obrero y yo otro.

- ¡Ah! ¿sí?

- Si, eso es. ¿Por qué te me echas encima? ¿crees que no te entiendo? Tú has empezado...

Lanzó un grito Basilio y levantó el brazo tan rápidamente, que Iakov no tuvo tiempo de apartarse. Dióle el puñetazo en la cabeza; vaciló y rechinó los dientes ante su padre, que le amenazaba de nuevo.

- ¡Espérate! -gritó cerrando los puños.

- ¡Espera tú!

- ¡Déjame!

- ¡Ah! ¿De este modo hablas a tu padre? ¿a tu padre? ¿a tu padre?

Comenzó la lucha dentro de la barraca. Iakov, pálido y jadeante, sombrío, con los dientes apretados, los ojos brillantes como los de un lobo, retrocedía poco a poco, y el padre le acometía gesticulando ferozmente, ciego de ira, con el pelo en desorden; gruñía como un jabalí acorralado.

- ¡Basta, basta ya! -decía Iakov, amenazador y terrible, saliendo de la barraca.

El padre rugía y adelantaba, pero sus golpes encontraban siempre los puños de Iakov.

- ¡Toma, toma!

Iakov, que tenía el conocimiento de su fuerza y destreza, se burlaba.

- ¡Espera, espera un poco!

Pero Iakov se echó a un lado y corrió hacia el mar. Basilio fue tras él con la cabeza baja y los brazos levantados, pero, tropezando con un obstáculo, cayó de bruces. Púsose rápidamente de rodillas; después se sentó, apoyadas las manos en la arena. Sentíase rendido

por aquella lucha, y gimió quejumbrosamente, con rabiosa impotencia al tener conciencia de su debilidad.

- ¡Maldito seas! -gritó dirigiéndose a Iakov, espumajeándole la boca.

Iakov se había recostado en una barca y no le perdía de vista. Tocábase con una mano la cabeza dolorida, y su pecho blanco y sudoroso brillaba al sol como si estuviese untado de aceite. Sentía desprecio por su padre, a quien tenía por más fuerte, y ahora, al verle derribado y débil, amenazándole en vano, sonreía con la indulgencia ofensiva que siente el fuerte por el débil.

- ¡Así te parta un rayo! ¡Maldito seas, amén!

Basilio lanzó con voz tan grave su maldición, que Iakov miró involuntariamente hacia la pesquería, como si pensara que desde allí se podía oír aquel grito doloroso. Pero sólo se distinguían allá las ondas y el sol. Escupió y dijo:

- ¡Grita, grita más recio! ¿A quién vas a dar miedo? Si algo tienes que hablar, dilo de una vez.

- ¡Calla!, ¡vete!, apártate de mi vista.

- No, no me iré al pueblo; pasaré aquí el invierno -dijo Iakov, sin cuidarse de las voces, pero acechando los movimientos de su padre-. Aquí se está mejor; el trabajo es menos pesado y tengo más libertad... Allí siempre mandarías en mí, y aquí, prueba a hacerlo.

Le hizo una mueca y se echó a reír de tal modo, que Basilio, iracundo, cogió un remo y saltó hacia él, vociferando:

- ¿A tu padre...? ¡Ah! ¡Te mataré!

Pero cuando loco de coraje llegó a la barca, ya se había apartado Iakov.

Tiróle el remo sin lograr alcanzarle. Cayó extenuado junto a la barca y arañó de rabia la madera mientras su hijo gritaba:

- ¿No te da vergüenza? Eres un viejo y te pones así por una mujer... No, no iré al pueblo; vete tú si quieres... Nada se te ha perdido aquí.

- ¡Calla, Iakov! -ordenó Basilio; y sus alaridos ahogaron la voz del mozo-. ¡Te mataré! ¡Vete!

Iakov se alejaba riendo.

Basilio le miraba como enloquecido. Veía cómo con la distancia disminuía su estatura, y cómo sus piernas parecían hundirse en la arena... luego desapareció el cuerpo, después los hombros y la cabeza, al fin... Ya no se le veía. Al cabo de un momento volvieron a verse la cabeza y los hombros y después todo el cuerpo de Iakov... Era más pequeño... Volvía y parecía gritar.

- ¡Maldito, maldito seas! -contestaba Basilio.

Saludó aquél con la mano, reanudó su marcha y desapareció tras una duna.

Basilio miró largo rato hacia aquel punto, hasta cansarse. Levantóse vacilando, pues sentía todos sus miembros pesados y doloridos. Fue hacia la barraca y vio que allí estaba todo en desorden. Buscó la botella del aguardiente, y encontrándola entre los sacos la recogió. Basilio la destapó con dificultad, y acercándose a la boca probó a beber... Pero la botella chocaba contra los dientes, y el líquido le corría por la barba y por el pecho. El alcohol le parecía agua.

Sus pensamientos se embrollaban, pesábale el corazón y le dolía la espalda.

- ¡Ya soy viejo, ya no sirvo para nada! -dijo en voz alta.

Se tumbó en la arena a la puerta de la barraca. Extendíase ante él el mar inmenso, tranquilo, lleno de fuerza y de belleza. Las olas reían como siempre murmuradoras y locas.

Miró Basilio largo rato el agua y recordó las palabras codiciosas de su hijo:

- ¡Si todo eso fuera tierra y se pudiera labrar!

Un amargo sentimiento de hastío invadió el alma del campesino. Se frotó el pecho con fuerza, miró en torno suyo, y suspiró profundamente. Se inclinó su cabeza y su espalda se dobló como si un enorme peso lo abrumara. Tosió y se persignó mirando al cielo. Un horrible pensamiento le dominaba.

Por una perdida abandonó a su mujer, con la que viviera honradamente más de quince años y por eso el Señor le había castigado con la rebeldía de su hijo. Sí, ¡el Señor!

Su propio hijo se había burlado de él, le había arrancado el corazón. La muerte no era bastante para castigarle... Y todo por una perdida... ¡Qué pecado haberse enredado con ella y haber olvidado por su causa a su mujer y su hijo...!

Y el Señor, en su justa cólera, se lo recordaba, sirviéndose de su hijo para herirle en lo más vivo de su corazón. Sí, ¡el Señor!

Basilio permanecía sentado y se persignaba, entornando los ojos para desprender de sus pestañas las lágrimas que le cegaban.

El sol caía en el mar, y el crepúsculo rojo se extinguía en el cielo. Una brisa tibia acariciaba el rostro del labriego bañado en llanto. Absorto en su arrepentimiento, permaneció allí hasta dormirse, al despuntar el alba.

Parte VII

Iakov marchó al día siguiente con varios marineros a bordo de una barca remolcada por un vapor. Iban a unas treinta verstas mar adentro a pescar el esturión... Regresó él solo, después de cinco días, en un barco de vela, en busca de provisiones. Llegó al mediodía, cuando descansaban los obreros después de la comida. Hacía un calor insoportable; la arena quemaba los pies; las escamas y las espinas de los pescados los punzaban. Iakov caminaba con precaución, sintiendo no haberse calzado. No se decidía a volver a la barca; sentía apetito y deseaba ver a Malva. Durante las aburridas y largas horas que pasó en el mar, se había acordado mucho de ella. Deseaba saber si se había visto con su padre y lo que se dijeran... Quizá el viejo le había pegado... Mejor, así estaría más dócil y no sería tan provocativa.

La pesquería dormitaba. Las chozas, con todas las ventanas abiertas, parecían no poder resistir tanto calor. En la oficina del

inspector lloraba un niño. Tras los montones de barricas se escuchaban voces distintas.

Iakov fue hacia allí. Parecióle oír a Malva. Pero cuando estuvo cerca, se detuvo.

Tendido en la sombra, con las manos bajo la nuca, estaba Serejka; a un lado y otro, Basilio y Malva.

Iakov pensó: ¿Por qué estará aquí? ¿Habrá abandonado su puesto para estar cerca de ella y vigilarla? ¡Viejo chocho! ¡Si supiese mi madre lo que enreda! ¿Se dejaría ver o no?

- ¡Eso es! -decía Serejka-. Tenemos que despedirnos. Ve a arañar la tierra.

Iakov se estremeció de júbilo.

- Sí, me iré -repuso Basilio.

Entonces Iakov se adelantó.

- ¡Buenos días!

El padre le miró sorprendido. Malva no se movió. Serejka estiró una pierna y dijo con voz campanuda:

- Aquí está nuestro querido Iakov, que vuelve de remotas tierras.

Y después añadió con voz natural:

- ¡Hace calor! -dijo Iakov sentándose a su lado.

Basilio le miró de nuevo a pesar suyo.

- Desde ayer te espero aquí, Iakov. El inspector me dijo que vendrías hoy.

Parecióle a Iakov más débil la voz de su padre y su rostro más demudado.

- He venido a buscar provisiones -dijo.

Pidió un cigarrillo a Serejka.

- No tengo tabaco para un idiota como tú -repuso Serejka sin moverse.

- Me vuelvo a casa, Iakov -dijo Basilio con gravedad, escarbando la arena.

- ¿Por qué?

- No te importe... Y tú, ¿te quedas?

- Sí, me quedo... ¿Qué haríamos los dos en casa?

- Bien, como quieras. Ya eres un hombre. Acuérdate sólo de que no puedo trabajar ya como antes... He perdido la costumbre... Acuérdate de que tu madre está allí.

Hablaba con visible esfuerzo. Apenas podía pronunciar las palabras.

Se alisaba la barba y le temblaban las manos.

Malva le miraba. Serejka guiñaba un ojo, y con el otro observaba a Iakov. El mozo estaba contento, y, para no denunciarse, miraba sus pies.

- No olvides a tu madre, Iakov; ¡piensa que no tiene más que un hijo! -decía Basilio.

- Ya lo sé -replicó Iakov encogiéndose de hombros.

- Bueno, pues no lo echés en saco roto -insistió su padre con desconfianza.

Suspiró profundamente. Durante un rato todos callaron. Luego Malva dijo:

- Pronto tocará la campana.

- Me voy -dijo Basilio levantándose.

Todos se levantaron.

- Serejka, adiós ... Si vas al Volga, ven a verme, Distrito de Simbirsk, pueblo de Maslo, cerca de Nicolo-Likovsk.

- Está bien -dijo Serejka.

Le estrechó la mano y la guardó entre la suya abultada de hinchadas venas, cubierta de vello rojo. Sonreía viendo la cara contristada y seria de Basilio.

- Nicolo-Likovsk es una villa muy conocida. Está a cuatro verstas de mi pueblo -replicaba el campesino.

- Bueno, iré si voy allá.

- Adiós.

- Adiós, amigo.

- Adiós, Malva -dijo Basilio sin mirarla.

Malva se limpió los labios sin apresurarse, le echó sus blancos brazos al cuello y le besó tres veces en la boca y en las mejillas.

El se turbó y pronunció algunas palabras confusas. Iakov bajaba la cabeza disimulando una sonrisa; Serejka bostezaba y miraba al cielo.

- Pasarás mucho calor andando.

- No importa... Adiós, Iakov.

- Adiós.

Quedaron frente a frente sin saber qué hacer. La triste palabra adiós, tantas veces pronunciada, despertó en el alma de Iakov un sentimiento de compasión por su padre, y no sabía cómo expresarlo.

¿Debía besarle como Malva o estrecharle la mano como Serejka? A Basilio le apenaba aquella vacilación y además sentía vergüenza.

Recordaba la escena del cabo y los besos de Malva.

- ¡Piensa en tu madre!

- Sí, sí, ya sé... -contestó Iakov con sinceridad-. No temas... ya sé.

- Sean dichosos. Que Dios los proteja... No guarden un mal recuerdo de mí... Serejka, la tetera está enterrada en la arena, junto a la proa de la barca verde.

- ¿Para qué la tetera? -interrumpió bruscamente Iakov.

- Es que se queda en mi puesto, en el cabo -añadió Basilio.

Iakov miró a Serejka con envidia y luego a Malva, y bajó la cabeza para ocultar el brillo de su mirada.

- Adiós, hermanos, me voy.

Basilio les saludó. Malva fue en pos de él.

- Te acompañaré un rato.

Serejka se tumbó en el suelo, y cogió la pierna de Iakov que iba a seguir a Malva.

- ¡Alto! ¿adónde vas?

- Déjame -contestó Iakov haciendo un esfuerzo para desasirse.

Pero Serejka le sujetó la otra pierna.

- Siéntate a mi lado.

- ¿A qué viene eso?

- Siéntate.

Iakov obedeció apretando los dientes.

- ¿Qué quieres?

- Espera... deja que reflexione; después hablaré.

Miró al mozo, que se sometió a su exigencia.

Basilio y Malva anduvieron un buen rato en silencio. Los ojos de la joven brillaban de un modo extraño. Basilio estaba sombrío y preocupado. Sus pies se hundían en la arena y caminaba lentamente.

- ¡Vassia!

- ¿Qué?

La miró y apartó en seguida la vista.

- Yo soy quien te he hecho pelear con Iakov... Lo hice a propósito. Hubieran podido vivir aquí los dos sin rencillas -dijo con voz tranquila. No había en su voz ni una sombra de arrepentimiento.

- ¿Por qué lo hiciste?

- No sé... por nada.

Encogióse de hombros y sonrió.

- ¡Está bien lo que has hecho!

Ella calló.

- ¡Perderás a mi hijo, le perderás del todo, bruja! ¡No tienes temor de Dios ni conoces la vergüenza...! ¿Qué vas a hacer?

- ¿Yo qué sé? -dijo Malva, y en su voz resonaba una nota angustiada y despechada.

- ¿No lo sabes? -replicó Basilio animándose a impulsos de una cólera súbita.

Sentía un deseo vehementísimo de golpearla, de tirarla al suelo y enterrarla en la arena, de pisotearle el rostro, el pecho. Apretó los puños y miró atrás. Vio que Serejka y Iakov les miraban.

- ¡Vete! ¡Te mataría!

La detuvo y la injurió. Sus ojos estaban inyectados en sangre, su barba temblaba y sus manos parecían tenderse involuntariamente hacia los cabellos de Malva. Mirábale ella con calma.

- ¡Mereces que te maten...! No faltará quien lo haga...

Sonrió Malva y calló. Luego suspiró profundamente y dijo:

- ¡Ea! ¡basta ya! ¡Adiós!

Y volvió bruscamente atrás. Basilio la injuriaba rechinando los dientes. Malva procuraba poner los pies en las huellas de Basilio, y cuando lo conseguía las borraba cuidadosamente.

Así llegó hasta las barricadas, donde Serejka le preguntó:

- ¿Le has despedido ya?

Hizo una señal afirmativa y se sentó junto a ellos. Iakov la miraba y sonreía suavemente, moviendo los labios como si dijera algo para sí.

- ¿Has llorado? -interrogó Serejka.

- ¿Cuándo irás al cabo? -preguntó Malva a su vez.

- Esta tarde.

- Iré contigo.

- Bueno.

- Yo también iré -exclamó Iakov.

- ¿Quién te llama? -replicó Serejka.

Resonaron varias campanadas; empezaba el trabajo. Los sonidos se oían apresurados como si temieran llegar tarde y ser ahogados por el ruido del mar.

- Ella me llamará -dijo Iakov.

Y miraba a Malva con insolencia.

- ¿Yo? ¿Para qué te necesito? -preguntó la joven sorprendida.

- Hablemos en serio, Iakov -dijo Serejka-. Si me molestas te daré una tunda. Si le tocas el pelo de la ropa te mataré como a una mosca. Te daré un buen golpe en la cabeza. Tengo un modo de hacer las cosas que no puede ser más sencillo.

Su rostro, toda su persona, y sus nudosos brazos extendidos hacia la garganta de Iakov, probaban elocuentemente que, para él, matar a un hombre era en efecto una cosa sencilla.

Iakov retrocedió un paso, y dijo con voz ahogada:

- ¡Espera! Ella es...

- ¡Cállate! te vale más. No vas a ser tú, perro, quien devore la carne. Si te echan los huesos, da las gracias. Basta ya, ¿qué miras?

Iakov miró a Malva. Los ojos verdes reían de un modo injurioso para él y se arrimó con tanto mimo a Serejka, que Iakov se estremeció de ira.

Se marcharon juntos y se echaron a reír. Iakov hundió con fuerza el pie derecho en la arena, y permaneció un rato con el cuerpo inclinado hacia adelante, encendido el rostro, anhelante el pecho.

A lo lejos, sobre las muertas olas de arena, movíase una figura humana, pequeña y sombría; a su derecha relucían el sol y el mar poderoso, y a la izquierda, hasta el horizonte, había arena, siempre arena, uniforme, desierta, abrumadora. Iakov vio al hombre solitario, y parpadeando para hacer caer sus lágrimas -lágrimas de humillación y de dolorosa incertidumbre- se frotó rudamente el pecho con ambas manos.

En la pesquería se trabajaba activamente. Iakov oyó la voz baja y agradable de Malva, que decía colérica:

- ¿Quién me ha quitado el cuchillo?

Las olas murmuraban, irradiaba el sol, reía el mar.

Tchelkache

Parte I

Oscurecido por el polvo que se eleva del puerto, el cielo aparece turbio. El ardiente sol cae sobre las verdosas olas como a través de un tenue velo. No puede reflejarse en el agua que a cada instante alborotan los remos, las hélices, las cortadoras quillas de los faluchos turcos o los barcos de vela que recorren el puerto en todas direcciones. Las olas, aprisionadas por el granito, aplastadas por los enormes pesos que soportan, chocan contra los costados de los vapores, contra los muelles, murmurando, deshaciéndose en espuma.

El rodar de los vagones que acarrear las mercancías, el ruido de las cadenas, el sonido metálico de las planchas de hierro que caen al suelo, el chirriar de los carromatos, las sirenas de los vapores, las voces de los carabineros y de los marineros, todo aquel rumor se funde en uno solo: el trabajo, vibrante y como adormecido en el aire cual si tuviera miedo de elevarse y desaparecer. Y suben del suelo, sin tregua, otros ruidos, ora sordos, ora estridentes, que desgarran el ambiente abrasador y polvoriento.

El hierro, la madera, el granito, los hombres y los buques, todo entona un himno grandioso y apasionado al dios del Tráfico. Mas las voces humanas parecen débiles y ridículas, igualmente que los hombres causa de esta confusión. Vestidos con sucios harapos, encorvados bajo su carga, se agitan entre el polvo, en una atmósfera de calor y de ruido, y son pequeños, insignificantes, ante los colosos de hierro que les rodean, de las montañas de mercancías, de los repletos vagones y de todas aquellas cosas que ellos mismos han fabricado. Le esclaviza su obra, anulando su personalidad.

Los gigantescos barcos silban o suspiran profundamente, y en cada sonido que emiten parece resonar un sarcástico desprecio por los

hombres que se arrastran por sus cubiertas y llenan sus flancos con el producto de un trabajo de esclavos. Las interminables filas de descargadores son lúgubrementemente ridículas; llevan en sus hombros enormes sacos de trigo que colocan en los abultados vientres de hierro de los buques, para ganar un pedazo de pan con que calmar el hambre. Los hombres, haraposos, sudando, embrutecidos por la ruda tarea, por el calor y el ruido; las máquinas brillantes, hercúleas e impasibles, fabricadas por estos mismos hombres, estas máquinas, movidas no por el vapor, sino por la sangre y los músculos de sus creadores ... ¡cruel ironía!

El ruido ensordece, irrita el polvo la nariz y los ojos, quema el calor y fatiga el cuerpo, y todo, en torno, parece presto a estallar en una catástrofe sublime, después de la cual el aire se hará otra vez respirable, la tierra cesará de producir este ruido incesante, y la ciudad, el mar y el cielo quedarán tranquilos. Mas todo es una ilusión alimentada por la esperanza del hombre y por su constante e ilógico anhelo de libertad...

Se oyeron doce campanadas sonoras y graves. Cuando se apagó el eco de la última, la salvaje orquesta del trabajo habíase extinguido también y después de un minuto se transformó en un sordo murmullo. Entonces la voz de los hombres y la del mar se dejaron oír más distintas.

Era la hora de la comida.

Después que los descargadores se dispersaron en animados grupos por el puerto, comprando vituallas a los vendedores ambulantes, instalándose en los sitios protegidos por la sombra, Grichka Tchelkache, el viejo tunante, apareció entre ellos. Era un pájaro de cuenta, vigilado por la policía, y a quien toda la gente del puerto tenía por distinguido borracho y osado ladrón. Iba descalzo y sin nada en la cabeza; llevaba un pantalón viejo de pana y una blusa de algodón, rota por el cuello, que dejaba ver sus huesos angulosos y secos, cubiertos por la piel morena. Sus negros cabellos, algo canosos y enmarañados, su cara de ave de rapiña, sin lavar, indicaban que acababa de despertarse. Llevaba una paja en el bigote, otra se había adherido a los pelos de su mejilla sin afeitarse, y detrás de la oreja ostentaba un brote de tilo recién cortado. Alto,

huesudo, un poco encorvado, andaba lentamente, mirando de reojo a derecha e izquierda como si buscara a alguien entre los descargadores. Su negro bigote, largo y espeso, se erizaba como el de un gato, y las manos que llevaba a la espalda se frotaban una con otra, entrelazando los dedos secos y nudosos. En aquel mismo sitio, entre centenares de colegas, llamaba la atención por su semejanza con los milanos de las estepas, por su flacura rapaz, su paso cauteloso, ligero y acompasado, como el del ave que recordaba.

Cuando hubo llegado a un grupo de obreros instalados a la sombra de unos montones de carbón, un mozo robusto y torpe se levantó para saludarle. Tenía el rostro colorado a trechos y el cuello arañado, denotando todas las huellas de una reciente lucha. Caminó algunos pasos junto a Tchelkache, y le dijo en voz baja:

- Los carabineros andan buscando dos cajas de mercancías que no encuentran. ¿Entiendes, Grichka?

- Y ¿qué? -preguntó éste.

- ¿Qué? Que buscan.

- ¿Me han llamado acaso para que les ayude a buscarlas?

Y Tchelkache miró fijamente hacia los almacenes de la Armada.

- ¡Bueno, vete al diablo!

El mozo se volvió a su sitio.

- ¡Oye, espera! ¿Quién te ha puesto de esa manera...? ¿Has visto a Michka por ahí?

- No, hace mucho tiempo que no lo veo.

Tchelkache continuó su ruta. Todos le acogían amistosamente; y aunque de ordinario era alegre y mordaz, parecía de mal humor aquel día y contestaba lacónicamente a las preguntas.

De detrás de un enorme fardo surgió un carabinero, con uniforme verde oscuro, cubierto de polvo. Plantóse ante Tchelkache en actitud provocativa, con la mano izquierda en la empuñadura de la espada, y tratando de cogerle por el cuello con la derecha.

- ¡Alto! ¿adónde vas?

Tchelkache retrocedió un paso, miróle y sonrió socarronamente.

La bonachona fisonomía del carabinero quiso tomar una expresión fiera, pero no lo consiguió.

- Ya sabes que no puedes entrar en el puerto; ¡si no te voy a romper un día la cabeza! -gritó con voz campanuda el carabinero.

- ¡Muy buenos días, Semenitch! Hace tiempo que no te había visto -replicó tranquilamente Tchelkache tendiéndole la mano.

- ¡Aunque no te viera nunca! -dijo el soldado estrechando a su pesar la mano que se le ofrecía.

- Bueno, dime una cosa, Semenitch -añadió Tchelkache sin soltarle la mano-, ¿has visto a Michka?

- ¡No conozco a ningún Michka...! Márchate de aquí, hermano; si te ve el inspector, te...

- Te hablo del rojo, aquel con quien trabajé en el Kostroma -prosiguió impertérrito Tchelkache.

- ¡Ah, con el que robas! Tu Michka está en el hospital; le han roto una pata con una barra de hierro. Vete de aquí hermano, te lo suplico, o te despacharé a golpes...

- ¡Ah! ¿Con que no le conocías? ¿Ves como lo conoces? Y ¿por qué estás tan enfadado Semenitch?

- Bien, bien, Grichka, déjame en paz y vete.

El carabinero empezaba a impacientarse, y, mirando a derecha e izquierda, procuraba soltar su mano.

Pero Tchelkache mirábale sonriendo y no le soltaba.

- ¡Qué prisa tienes, hombre! Ya te irás. ¿Qué es de tu vida? ¿Y tu mujer y tus hijos, están buenos?

Y mirándole de un modo feroz, enseñando los dientes con una risita burlona, agregó:

- Siempre deseando verte, hacerte una visita, pero ya ves, no tengo tiempo... Siempre estoy borracho...

- Bien, bien, dejemos eso... Basta de bromas, si no yo... ¿Acaso quieres robar ahora por las casas?

- ¿Para que? Aquí hay lo suficiente para los dos... ¡Si, Semenitch! Conque ¿otra vez han escamoteado un par de cajas...? ¡Ojo, Semenitch! ¡Mira que el día menos pensado te cogen en el garlito!

Colérico al ver la insolencia de Tchelkache, Semenitch temblaba de ira y escupía, haciendo vanos esfuerzos por hablar. Tchelkache soltóle por fin la mano y volvió pausadamente hacia la entrada de los muelles. El carabinero le siguió, jurando como un condenado.

Tchelkache había recuperado su buen humor; silbaba entre dientes, y sumiendo las manos en los bolsillos del pantalón, cambiaba con los conocidos que hallaba al paso frases mordaces y cuchufletas.

- ¡Dichoso Grichka! -gritóle uno de los descargadores-; la autoridad bien mira por ti.

- ¡Sí, pero no tengo botas! Sin duda por eso me decía Semenitch que me cuidara los pies.

Cuando llegó a la puerta, dos carabineros registraron a Tchelkache y le empujaron fuera.

- ¡Cogedle! -vociferó Semenitch que llegaba.

Tchelkache atravesó la vía y se sentó en un poyo junto a una taberna. Salían ruidosamente del puerto infinidad de carros con mercancías. En sentido inverso llegaban al trote otros varios. Despedía el puerto un ruido ensordecedor, una polvareda insoportable. Estremeciase el suelo... Habitado a aquella batahola infernal, Tchelkache, a quien había excitado el coloquio con Semenitch, estaba a sus anchas. Presentábasele un excelente negocio para aquella noche, sin gran riesgo. Meditaba que daría el golpe indefectiblemente, y gozaba por adelantado al pensar el buen trato que iba a darse al día siguiente cuando tuviera el bolsillo bien repleto. Pensó después en Michka, que le hubiese sido muy útil aquella noche, a no haber tenido la maldita ocurrencia de romperse una pierna. Tchelkache lanzó un juramento al reflexionar que quizá, sin el auxilio de Michka, no podría realizar su empresa. ¿Qué noche se presentaba? Interrogó el cielo y la calle.

A algunos pasos de él, sentado junto a la acera, recostado en un poyo, vio a un mozo, con blusa y pantalón azul, zapatos de cartera y cubierta la cabeza con una gorra vieja. Cerca de él había un

hatillo y una hoz sin mango, envuelta en heno y cuidadosamente liada. Era el mozo ancho de hombros, robusto, rubio, de rostro atezado por la intemperie, y miraba a Tchelkache con sus ojos grandes y azules de expresión bondadosa.

Tchelkache mostró la doble hilera de sus dientes, sacó la lengua y, haciendo una horrible mueca, se le quedó mirando obstinadamente. Sorprendido el mozo se echó a reír y dijo:

- ¡Qué gracioso!

Después, sin levantarse siquiera, se arrastró perezosamente hacia Tchelkache, haciendo rodar por el suelo su hatillo y golpeando las piedras con su hoz.

- Por lo visto, hermano, nos hemos divertido -dijo dirigiéndose a Tchelkache.

- Ciertamente, muchacho -contestó con franqueza Tchelkache.

Aquel mozo robusto e inocentón, con ojos de niño, le fue simpático al punto.

- ¿Qué, vienes de la siega?

- Sí, hemos segado una versta y he ganado un kopek. Todo está muy malo. ¡Hay tantos obreros! Los que tienen hambre han hecho bajar los jornales. ¡En Kubagne se pagaban sesenta kopeks, y antes, hasta tres, cuatro y cinco rublos...!

- ¡Antes...! Ya lo creo. Por ver en aquel tiempo a un verdadero ruso, se daban tres rublos. Hace diez años me dedicaba yo a eso. Llegaba a un pueblo y decía: Soy un ruso, un ruso auténtico, y en seguida me miraban y me pagaban, y ya tenía tres rublos en el bolsillo. Y, además, me daban de comer y de beber y me invitaban a permanecer allí todo el tiempo que quisiera.

El muchacho escuchaba a Tchelkache con la boca abierta expresando su admiración, pero luego, comprendiendo que aquel desarrapado se burlaba, soltó una carcajada. Tchelkache permanecía serio, ocultando su sonrisa bajo el bigote.

- ¡Qué gracia...! Hablas como si fuera cierto; cualquiera te creería.

- ¿Cómo? ¿Acaso lo dudas?

- ¿Yo? -preguntó Tchelkache.

- Vete a paseo. ¿Eres zapatero, eres sastre?

Y después de reflexionar añadió:

- Soy pescador.

- ¿Pescador? Y ¿qué pescas? ¿Peces?

- ¿Por qué he de pescar peces? Aquí no pescamos eso. Generalmente pescamos ahogados, anclas viejas, barcas que han zozobrado. ¡De todo! Tenemos redes a propósito.

- ¡Demonio! Tal vez eres de esos pescadores que cantan:

¡Si tendemos nuestras redes
es sobre terreno seco
donde haya granjas y establos!

- ¿Conoces tú alguno de esos? -preguntó Tchelkache mirándole con sorna, y pensando que aquel muchacho debía ser muy tonto.

- No los conozco, pero he oído hablar de ellos.

- ¿Te son simpáticos?

- Y ¿por qué no? Son valientes y libres.

- ¿Para qué quieres tú la libertad?

- Pues, con la libertad, puede hacer uno lo que le dé la gana... Si consigue uno lo que quiere, se lo puede pasar muy bien, con tal que tema a Dios.

Tchelkache escupió despreciativamente e interrumpió sus preguntas sin mirar al joven.

- Tómame por ejemplo -dijo el otro con súbita animación-. Cuando murió mi padre, me dejó pocos bienes. Mi madre ya está vieja, la tierra está cansada. ¿Qué hacer? es preciso vivir. ¿Cómo? Yo no sé. De buena gana me casaría con una chica de buena familia; pero ¡ca! El suegro no quiere soltar los cuartos y sería necesario trabajar años y años para mantenerles a todos. Si pudiera reunir ciento cincuenta rublos, sería capaz de decir al viejo: ¿Quieres dar su dote a María? ¡No! ¡Bueno! pues gracias a Dios hay otras chicas en el pueblo.

El muchacho suspiró añadiendo:

- Ahora no tengo más remedio que casarme o ir a Kubagne para ver si reúno doscientos rublos. Pero es muy difícil, y tendré que entrar en una familia y hacerme esclavo, porque no me queda otro remedio.

Al mozo no le agradaba aquella idea de convertirse en marido de una joven rica que continuará viviendo con sus padres. Se entristeció su rostro y se movió pesadamente, lo cual hizo que Tchelkache se fijara nuevamente en él.

Aun cuando el viejo zorro no tenía ganas de charlar, le preguntó:

- Y ahora, ¿adónde vas?

- A casa.

- ¿Y no querrías ir a otra parte? ¿A Turquía, por ejemplo?

- ¿A Turquía? ¿Acaso van allá los cristianos?

- ¡Qué idiota eres! -suspiró Tchelkache.

Y nuevamente apartó la vista de su interlocutor sin ganas de continuar hablando. Aquel robusto campesino despertaba en él extrañas ideas. Un algo confuso que lentamente maduraba, cierto despecho se agitaba en lo profundo de su ser, y le impedía pensar en su negocio de aquella noche.

El mozo a quien acababa de insultar murmuraba a media voz, dirigiéndole aviesas miradas. Seguramente no esperaba que su conversación con aquel personaje terminara tan pronto y de modo tan humillante para él.

Tchelkache, sin dignarse mirar al campesino, silbaba entre dientes llevando el compás con su talón desnudo y sucio. El mozo sintió deseos de tomarse el desquite.

- ¡Oye, tú! ¿Te emborrachas muchas veces? -empezó.

Pero Tchelkache, volviéndose de súbito hacia él, le preguntó:

- Escucha, ¿quieres trabajar esta noche conmigo? Contesta en seguida.

- ¿Trabajar en qué? -preguntó con desconfianza.

- Ya te lo explicaré... Pescaremos. Tú remarás.

- Siendo así, ¿por qué no? Únicamente temo que me juegues alguna mala pasada. No me inspiras mucha fe, con tus misterios.

Tchelkache sintió como una quemadura en el pecho y contestó colérico:

- No digas lo que no comprendes, si no, te daré tal trastazo, que ya verás como te espabilas.

Saltó del poyo, retorciéndose el bigote con la mano izquierda, cerró fuertemente la derecha, veteadas de venas nudosas y dura como el hierro; sus ojos relampaguearon.

El muchacho sintió miedo. Miró rápidamente a su alrededor y también se puso en pie.

Midiéronse en silencio con una mirada.

- ¿Qué hay? -preguntó con bravura Tchelkache.

Estremecía aún por el insulto que le lanzara aquel novillo a quien había despreciado, y por quien ahora sentía odio mirando sus puros ojos azules, su cara sana y morena, y pensando que tenía en un pueblo cualquiera una casa y una familia. También le aborrecía porque, no siendo más que un chiquillo a su lado, se atrevía a apetecer la libertad, cuyo valor no conocía y que debía serle perfectamente inútil. Siempre es desagradable ver que un individuo a quien consideramos inferior, ama o aborrece lo mismo que nosotros, pues esto le convierte en nuestro igual.

El muchacho miraba a Tchelkache, sintiéndose dominado.

- Pues bueno, acepto -dijo-. Busco trabajo y lo mismo me da trabajar para ti que para otro. Si dije aquello fue porque no pareces un obrero. Tu facha no te recomienda. Y, sin embargo, eso le puede pasar a cualquiera... He visto muchos borrachos peor vestidos que tú.

- ¿Aceptas entonces? -preguntó Tchelkache con voz menos ruda.

- Sí, acepto. ¿Cuánto me darás?

- Eso depende de lo que trabajemos. Tal vez te dé cinco rublos. ¿Comprendes?

Pero el campesino quería, tratándose de dinero, que se hablase con claridad, y mostró de nuevo su desconfianza.

- No me agrada el trato, hermano. Quisiera cobrar antes los cinco rublos.

Tchelkache quiso persuadirle.

- Basta de hablar. Espera un poco. Vamos a la taberna.

Caminaron juntos un corto trecho de la calle.

Tchelkache andaba con el aspecto importante de un patrón, retorciéndose el bigote, y el muchacho con aire sumiso, a la vez que temeroso y desconfiado.

- ¿Cómo te llamas?

- Gavriilo.

Después que entraron en la taberna sucia y ahumada, Tchelkache acercóse al mostrador y pidió familiarmente una botella de aguardiente, sopa de coles, carne asada, y después murmuró un lacónico ¡Al fiado! El camarero le contestó con un gesto de inteligencia. Entonces Gavriilo sintió una admiración respetuosa por su amo, que, a pesar de sus trazas de bribón, inspiraba tal confianza en el establecimiento.

- Bueno, tomaremos un bocado y después hablaremos. Aguarda un momento que vuelvo en seguida.

Se fue. Gavriilo miró en torno suyo.

Estaba instalada aquella taberna en un sótano húmedo, oscuro e impregnado de humo de tabaco, de alquitrán y de olor agrio. Frente a Gavriilo, en otra mesa, estaba un hombre borracho vestido de marinero sucio de carbón y de alquitrán. Murmuraba una canción cuyas palabras no se entendían, cortadas de vez en vez por un hipo persistente. No parecía ruso. Veíanse tras él dos mujeres moldavas, harapientas, muy morenas, que entonaban otra canción. Más lejos destacábanse otras figuras con el pelo enmarañado, de hombre y mujeres, muy borrachos y decisivos.

Gavriilo sintió miedo de hallarse solo; deseaba que volviese su amo; los ruidos de la taberna se confundían en uno solo, que parecía el rugido de un animal enorme luchando furiosamente en

aquella jaula de piedra en busca de una salida. Gavriló sentía que su cuerpo se saturaba de algo embriagador y pesado, que le daba vértigos y oscurecía su vista, a pesar de su deseo de observarlo todo.

Volvió Tchelkache, y comenzaron a comer y a beber, charlando.

Gavriló estaba ebrio al tercer vaso. Lo celebró, pues deseaba ser agradable a su patrón, que, sin haberle hecho trabajar aún, le regalaba así. Pero las palabras negábanse a pasar por su lengua como si la tuviera pegada al paladar. Tchelkache, contemplándole, le dijo con sorna:

- Pronto empiezas, compadre. ¡Al quinto vaso! ¿Cómo vas a arreglarte para trabajar?

- No temas nada; amigo. ¡Ya verás cómo trabajo! Déjame que te abrace.

- Bueno, bueno ¿otro vaso?

Gavriló bebía, y bien pronto rodaba todo a su alrededor. Su fisonomía adquirió una expresión de estúpida alegría. Al esforzarse para hablar fruncía los labios y mugía. Tchelkache le miraba fijamente, como si le recordase algo la vista del mozo, y sonreía con expresión malévola. En la taberna se oía ahora un ruido infernal. El marinero rojo dormía, de bruces sobre la mesa.

- Vámonos -dijo Tchelkache levantándose.

Gavriló trató de levantarse de su asiento, pero no lo consiguió, y lanzando un enérgico voto se echó a reír como un idiota.

- Buena la has cogido -dijo Tchelkache volviendo a sentarse.

Gavriló no cesaba de reír, mirando estúpidamente a su patrón.

Este le contemplaba con una atención lúcida y penetrante. Tenía ante sí un hombre cuyo destino dependía de su voluntad. Tchelkache sentíase con fuerzas para hacer de él lo que quisiera; un perdido o un hombre honrado.

Se decía, y gozaba en ello, que jamás aquel mozo bebería en la copa que el destino le había hecho apurar a él... Envidiaba y compadecía aquella juventud, se burlaba de ella y le enternecía la idea de que hubiera podido caer en otras garras parecidas a las

suyas... Todos aquellos sentimientos fundieron por fin en uno sólo, paternal y autoritario. Tenía lástima del joven y le necesitaba al mismo tiempo. Tchelkache tomó entonces a Gavriilo por el brazo y le condujo lentamente fuera de la taberna, hasta dejarle tendido junto a un montón de leña. Encendió después su pipa, y se sentó al lado del mozo, mientras éste, después de agitarse un momento, gruñó y se durmió.

Parte II

- ¿Estás listo? -preguntó Tchelkache a Gavriilo, que sostenía los remos.

- ¡Voy! Uno de los escálamos se mueve; ¿no sería conveniente darle con el remo?

- No, déjalo. No hagas ruido. Apriétalo con las manos y se afianzará.

Movían ambos sin ruido la barquilla atada a la proa de un barco de vela. Había por allí una flotilla de veleros cargados de corteza de encina, y de faluchos turcos, casi llenos de palmas, de madera de sándalo y de gruesos troncos de ciprés.

La noche era oscura. Movíanse en el cielo pesadas capas de nubes y el mar estaba tranquilo, negro y espeso como si fuera de aceite. Desprendía un vaho húmedo y salado, murmuraba suavemente el chocar con las bandas de los buques y balanceaba la barquilla de Tchelkache. A larga distancia, surgían del mar las siluetas negras de los buques que elevaban al cielo sus mástiles, en cuyo extremo se movían los fanales de colores. Reflejaba el agua sus luces y parecía sembrada de manchas rojas y amarillas que temblaban sobre su seno aterciopelado, de un negro mate, levantado por su poderosa respiración. Dormía el mar con el sueño reparador y pesado de un obrero que descansa del trabajo.

- ¡En marcha! -dijo Gavriilo hundiendo los remos en el agua.

- Boguemos.

Tchelkache lanzó, con un fuerte empujón, la barquilla a un espacio libre; bogaba rápidamente, y las olas, al tocar los remos, iluminábanse con una claridad azul y fosforescente. Larga estela de luz, que centelleaba suavemente, seguía a la barca, serpenteando.

- ¿Te duele la cabeza? -interrogó Tchelkache bondadosamente.

- De un modo horrible. Retumba como una campana. Voy a mojármela un poco.

- ¿Para qué? Remójate mejor por dentro y te aliviarás más pronto.

Tendió una botella al muchacho.

- ¿Te parece? Dios me perdone.

Oyóse un suave glu-glu.

- Basta -dijo Tchelkache deteniéndole.

Corrió la barca de nuevo sin ruido y con gran soltura entre los buques... De pronto, pasó las moles, y el mar infinito, poderoso, brillante, extendióse ante ellos. Se perdía a lo lejos en el horizonte azul, donde sobre su masa se elevaban montañas de nubes grises con orlas amarillas o verdosas como las aguas del mar, o pizarrosas y tristes que lanzaban sombras pesadas que oprimían el alma. Las nubes se amontonaban lentamente unas sobre otras para formar una sola; mezclaban sus colores y sus formas, se disolvían o surgían de nuevo con contornos majestuosos y lúgubres... Aquel lento movimiento de las masas inanimadas tenía algo de fatal. Parecía que allí, en los confines del mar, había ejércitos innumerables que eternamente escalarían el cielo con la intención malvada y estúpida de no dejarle alumbrar el mar dormido con el millón de ojos de oro de sus estrellas policromas, vivientes y soñadoras, que despiertan nobles deseos en los seres que adoran su luz santa y pura.

- ¡Qué bello es el mar! -dijo Tchelkache.

- Sí, pero se siente miedo en él -contestó Gavriilo remando con fuerza y a compás.

El mar apenas se movía y centelleaba bajo los remos con claridades fosforescentes y azules.

- ¿Miedo? ¡Torpe!

El, el ladrón cínico amaba el mar. Su temperamento inquieto, ávido de emociones, no se cansaba jamás de contemplar aquella inmensidad infinita, libre y poderosa. Le indignaba aquella apreciación de Gavrilo acerca del mar, que tanto le agradaba. Sentado a popa, cortaba el agua con su remo y miraba tranquilamente hacia adelante, anhelando navegar más aún por aquella superficie aterciopelada. Cuando se hallaba en el mar, una emoción poderosa y profunda surgía del fondo de su ser, llenaba su alma y la libraba en cierto modo de las manchas de la vida. Gustábale aquella impresión; y se sentía mejor entre las olas y el aire donde los pensamientos pierden su acritud y su valor la existencia.

De noche, en el mar, se siente el ruido ligero de su respiración dormida, y aquel murmullo infinito vierte paz en el alma, refrena los malos impulsos e inspira nobles ensueños.

- ¿Donde están las redes? -preguntó de súbito Gavrilo, inspeccionando la barca.

Tchelkache se estremeció.

- Aquí están -dijo señalando el timón.

- ¿Qué clase de redes son? -insistió con desconfianza Gavrilo.

- Un copo y...

A Tchelkache dábale vergüenza mentir de aquel modo para ocultar sus verdaderos proyectos y echó de menos también las ideas y sentimientos que el campesino disipara con su pregunta. Se enfurruñó. Mordióle el pecho aquella quemadura punzante que tan bien conocía, y dijo con dureza a Gavrilo:

- Procura no meterte en lo que no te importa. Te he contratado para remar. ¡Rema! Si mueves la lengua, lo vas a sentir. ¿Entiendes?

Durante un momento la barca vaciló y se detuvo. Permanecieron quietos en el agua los remos y Gavrilo se agitó con inquietud en su banco.

- ¡Rema!

Un espantoso voto acabó de asustar a Gavrilo, que remó otra vez. La barca, como si estuviera aterrorizada también, adelantó con sacudidas nerviosas y rápidas, hendiendo el agua con ruido.

- Rema mejor.

Tchelkache se había levantado, y sin soltar el remo clavó su mirada fría en la pálida cara y en los labios temblorosos de Gavrilo. Encorvado hacia adelante, parecía un gato a punto de saltar. Se oyó un rechinar de dientes y un ruido de huesos.

- ¿Quién va?

Aquella imperiosa pregunta resonó sobre la extensión ilimitada.

- ¡Mil demonios! ¡Rema, rema sin ruido! ¡Te he de matar, perro! ¡Rema! ¡Uno, dos! ¡Te mato si gritas!

- ¡Virgen santa! -murmuró Gavrilo tembloroso y extenuado por el miedo y el esfuerzo.

Viró la barca con ligereza. Se dirigió hacia el puerto, donde los fanales formaban un grupo multicolor, a cuya luz se veían los mástiles.

- ¿Quién grita? -preguntó una voz.

Pero la voz resonaba ya lejana y Tchelkache se tranquilizó.

- Tú eres quien gritas, amigo -contestó.

Luego, dirigiéndose a Gavrilo, que murmuraba una oración:

- Sí, hermano, has tenido suerte; ¡si nos llegan a perseguir, te avías! ¿oyes? Te hubiera enviado a los peces.

Ahora que el patrón hablaba tranquilamente y con cierta bondad, Gavrilo se atrevió a suplicarle:

- Óyeme, déjame marchar. En nombre de Dios, déjame... ¡Ay, ay, ay! ¡Me pierdes! ¡Piensa en Dios y déjame! ¿Qué quieres de mí? No puedo hacer estas cosas. Jamás las hice. Es la primera vez, señor. ¡Estoy perdido! ¿Cómo me has engañado, hermano...? ¡Ah! qué cosas...

- ¿Qué? -interrogó coléricamente Tchelkache-. Habla, ¿qué diablos te pasa?

El pánico del joven le divertía y gozaba pensando que él, Tchelkache, era el autor de todo aquello.

- Esto es horrible, hermano... Déjame, por Dios... ¿Qué te he hecho yo...? Amigo...

- Cállate. Si no te hubiese necesitado no te hubiera traído. ¿Entiendes? Conque ¡a callar!

- Señor -suspiró gimoteando Gavrilo.

- ¡Basta!

Gavrilo comprendía que no podían detenerse y lloraba silenciosamente, se sonaba, agitábase en el banco, pero remaba con fuerza, con verdadera desesperación. Deslizábase la embarcación con la rapidez de una flecha. Levantáronse de nuevo las negras masas de los buques y la barca se perdió entre ellos, dando vueltas por los estrechos canales que les separaban.

- Oye. Si alguien nos dirige una pregunta, cállate, si estimas la vida; ¿entiendes?

- ¡Ay! -sollozó con desaliento Gavrilo.

Y como si contestara a aquella orden severa, añadió:

- ¡El destino me pierde!

- ¡No grites! -murmuró Tchelkache.

Estas palabras hicieron perder a Gavrilo toda noción de conocimiento, y quedó anonadado como presintiendo una catástrofe. Bogaba maquinalmente, lanzaba los remos hacia atrás, los hacía hender el agua, y miraba obstinadamente sus zapatos de corteza.

El rumor de las olas era sombrío y espantoso, se hallaban en el puerto... Detrás de su muralla de granito resonaban voces humanas, rumor de agua, silbidos y canciones.

- ¡Alto! -murmuró Tchelkache-, ¡deja lo remos! ¡Apoya las manos en la pared! ¡Poco a poco, demonio!

Gavrilo, agarrándose con las manos a la piedra escurridiza, condujo la barca a lo largo del muelle. Avanzaba sin ruido, rozando con su borda el musgo mojado de la piedra.

- Párate. Dame los remos. ¿Dónde tienes el pasaporte? ¿En el saco? Pues dame el saco... Pronto... Bien; esto es, amigo mío, para que te escapes... Ahora ya estás en mi poder. Sin los remos podrías huir, pero sin tu pasaporte no te atreverás. Espérate. Ya sabes que, si dices una palabra, te echaré el guante aunque sea en el fondo del mar.

De pronto, agarrándose a alguna cosa con las manos, trepó Tchelkache y desapareció en el aire. Gavriilo se estremeció. ¡Fue aquel tan rápido! Sintió desvanecerse el miedo que le inspiraba la presencia de aquel bandido flaco y bigotudo. ¿Huiría ahora...? Respirando libremente, miró en torno suyo. A la izquierda levantábase un casco negro sin mástiles, como un enorme ataúd vacío y abandonado... A cada golpe de las olas contra su flanco, repercutía un sordo eco parecido a un hondo lamento. A la derecha, sobre el agua, estaba la pared húmeda del muelle, como una fría y pesada sierpe. Veíanse más allá esqueletos negros, y en el espacio que se extendía entre la pared y el inmenso ataúd, estaba el mar silencioso, desierto, cubierto allá arriba por negras nubes que se cernían sobre él. Y estas nubes avanzaban lentamente, enormes, pesadas, lúgubrementemente oscuras y como prontas a aplastar al hombre con su peso. Todo era frío, negro, de mal presagio. Gavriilo sintió pavor, un pavor más grande que el que le inspiraba Tchelkache: oprimía el pecho del mozo y le aplastaba hasta convertirle en una masa miserable pegada al banco de la barquilla.

Todo callaba alrededor, no se oía más que el suspiro del mar; parecía que aquel silencio iba a interrumpirse de pronto por algo espantoso, por algún accidente que sacudiría el mar hasta su fondo y desgarraría las pesadas y sombrías nubes y lanzaría entre las olas todas aquellas negras embarcaciones. Movíanse las nubes en lo alto tan lentamente como antes, y parecía, mirando el cielo, que era también otro mar, irritado y furioso contra el mar de abajo, tranquilo, dormido y liso. Las nubes parecían olas que se lanzaran contra la tierra, abismos semejantes a los que el viento abre en el oleaje y a ondas nacientes que no corona aún la espuma verdosa del furor. Sentíase Gavriilo aplastado por aquella aparente tranquilidad y aquella belleza; comprendió que ansiaba volver a ver a su amo. ¡Cuánto tardaba! Pasaba el tiempo lentamente, más

lentamente que en el cielo se movían las nubes... La duración del tiempo aumentaba la angustia del silencio... De pronto, detrás de la pared, agitose el agua; y luego se oyó un roce, algo así como un murmullo. Gavriilo pensó que se moría.

- ¡Hola...! ¿Duermes? ¡Toma! Poco a poco -dijo la voz sorda de Tchelkache.

Arrimado a la pared, bajaba un objeto cúbico y pesado. Gavriilo lo colocó en la barca y recogió después otro igual, y entonces apareció el largo cuerpo de Tchelkache. Reaparecieron los remos como por ensalmo, el hatillo de Gavriilo cayó a sus pies, y el pícaro se sentó al gobernalle. Gavriilo le miró sonriendo tímida y alegremente.

- ¿Estás cansado? -preguntó.

- Sí -respondió Gavriilo.

- ¡Es natural novillo! Rema bien y con coraje. Te has ganado un buen jornal, hermano. La mitad del negocio está hecho. Ahora sólo falta que pasemos inadvertidos por entre esos diablos, y luego podrás cobrar tu dinero y ver a tu Machka. ¿No me dijiste que se llamaba Machka?

- Sí.

Gavriilo trabajaba con ganas. Resollaba como una fragua y sus brazos se movían como resortes de acero. Sudaba, pero no lo sentía siquiera. Después de haber pasado por dos terribles trances aquella noche, presentía otro, y sólo deseaba saltar a tierra y huir de aquel hombre antes que le matara, o que diese en la cárcel con sus huesos por su culpa.

Decidió no hablarle, no contradecirle en nada, ejecutar todas sus órdenes y hacer cantar el Te Deum, en San Nicolás, si conseguía desligarse de él sin más tropiezos.

Tchelkache, seco, largo, inclinado hacia adelante, parecía un ave que se dispone a tomar vuelo, y miraba a la oscuridad con sus ojos de águila. Haciendo muecas, empuñaba con una mano el gobernalle, y con la otra se retorció el bigote sonriendo siniestramente. Tchelkache estaba complacido de su buena suerte, de sí mismo y hasta de aquel mozo a quien había convertido en su

esclavo. Refocilábase por adelantado con la orgía del día siguiente, y al ver cómo trabajaba el campesino tuvo piedad de él y quiso animarle.

- Qué, ¿has pasado mucho miedo?

- ¡Bah!, no importa -suspiró Gavriilo.

- Bueno, ahora no es menester que remes con tanta fuerza. Sólo queda un mal paso que salvar. Descansa.

Gavriilo se detuvo dócilmente. Secó con la manga de su blusa el sudor de su frente y volvió a hundir los remos en el agua.

- Rema con tiento ahora. Aquí está el mal paso. Poco a poco, poco a poco. Aquí, hermano, podría entretenerse alguien en dispararnos su fusil. Antes de decir Jesús tendrías una bala entre ceja y ceja.

La barca se deslizaba mansamente sin hacer ruido alguno. Sólo algunas gotas azules caían de los remos, y cuando tocaban en el mar, lucía en la superficie una estrellita también azul. La noche era cada vez más silenciosa. El cielo no semejaba ya un mar revuelto. Las nubes habíanse extendido, y parecían una cortina lisa y pesada sobre el mar inmóvil. Este estaba más tranquilo, más negro, y exhalaba un olor más cálido y salino.

- ¡Si lloviera un poco! -murmuró Tchelkache-, nos deslizaríamos como cubiertos por una cortina.

A derecha e izquierda de la embarcación, los buques inmóviles, lúgubres y negros, surgían de un mar profundamente negro. En uno de ellos se veía una luz; era alguien que se movía sobre cubierta con una linterna. El agua, acariciando sus costados, parecía implorar sordamente, y las inmensas moles contestaban con un eco frío, como si rehusasen ceder.

- ¡La aduana! -murmuró Tchelkache.

Hacía poco que diera orden a Gavriilo de remar suavemente, y el mozo experimentaba de nuevo un sentimiento de penoso anhelo. Sus huesos y sus nervios estaban como en tensión, causándole sordo dolor. Dolíale la cabeza, se estremecía la piel de su espalda y en sus piernas sentía pinchazos de alfileres fríos y agudos. Los

ojos le escocían a fuerza de haber mirado la oscuridad de la cual esperaba que surgiría alguien gritando: ¡Deténganse, ladrones!

Cuando Tchelkache murmuró: ¡La aduana!, Gavriilo se estremeció. Una sensación áspera y ardiente atravesó su ser y mordió sus nervios crispados. Iba a gritar, a pedir socorro. Ya había abierto la boca y se habla incorporado. Vencido de repente por el miedo que le hirió como un latigazo, cerró los ojos y cayó en el banco...

A lo lejos, más allá de la barca, casi en el horizonte, había brotado del agua negra una inmensa espada de un azul brillantísimo. Se levantó, hendió las tinieblas de la noche. La hoja colosal se deslizó por las nubes y tendió sobre el seno del mar una ancha estela azul.

En aquella senda luminosa salieron de la oscuridad los buques, hasta entonces invisibles, negros, silenciosos, envueltos en la sombra nocturna. Dijérase que habían permanecido largo tiempo en el fondo del mar y que ahora resurgían obedeciendo a la espada luminosa nacida de las aguas. Se elevaban para mirar al cielo y todo lo que estaba sobre el agua. Sus cordajes se enredaban en los mástiles y semejaban algas marinas que salieran del mar con los negros gigantes a que estaban adheridas. La sorprendente espada azul se levantó de nuevo, hendió la noche y se tendió en otra dirección. Y nuevamente, en el lugar en que descansaba, aparecieron esqueletos de navíos, invisibles hasta entonces.

Se detuvo la barca de Tchelkache y se balanceó en el agua como vacilando. Gavriilo permanecía tendido en el fondo, tapándose el rostro con las manos. Y Tchelkache le dio con el remo, diciendo furiosamente, pero en voz queda:

- ¡Imbécil, es el guardacostas de la aduana, es el foco eléctrico! Levántate, pedazo de animal. ¡Van a dirigir la luz hacia nosotros! ¡Vas a perderme, demonio!

Cuando Gavriilo sintió el remo por segunda vez sobre su espalda, se levantó, sin atreverse a abrir los ojos, se sentó en el banco, y, cogiendo a tientas los remos, hizo andar la barca.

- ¡Poco a poco, imbécil, o te mato! ¿De qué tienes miedo, di? ¡Eso es una linterna y una luz! ¡Sólo es eso! ¡Cuidado con los remos, estúpido...! Inclinan el cristal como quieren e iluminan el mar a su

antojo para ver a los granujas de nuestra clase... Ya estamos fuera de peligro..., ya están lejos..., no tengas miedo... ¡Estamos a salvo!

Tchelkache miró con aire de triunfo en torno suyo.

- Sí, estamos en salvo. ¡uf!, ¡qué suerte tienes, pedazo de bestia!

Gavrilo callaba y remaba; respirando penosamente, miró de soslayo hacia el punto donde aún se esgrimía aquella espada flamígera. No creía que fuese un simple reflector. La fría luz azul que exploraba las tinieblas lanzaba reflejos plateados sobre el mar, tenía algo de inexplicable, y Gavrilo volvió a sentir la sugestión de un terror triste. Le oprimía el corazón el presentimiento de una desgracia. Remaba maquinalmente, encorbaba la espalda como si temiese un golpe, y se sentía incapaz de todo deseo y como sin alma. Las emociones de aquella noche habían devorado cuanto de humano poseía.

El pillastre triunfaba del todo; ¡victoria completa! Sus nervios, acostumbrados a las sacudidas, se habían tranquilizado. Estremecíase voluptuosamente su bigote y brillaba en sus ojos una llama codiciosa. Silbaba entre dientes, aspiraba el aire húmedo del mar, miraba a derecha e izquierda, y sonreía bondadosamente al fijarse en Gavrilo.

Sopló la brisa y despertó el mar, jugueteando con sus mil olas pequeñas. Las nubes fueron más transparentes, por más que cubrían todo el cielo. La brisa, aunque ligera, soplaba libremente por toda la superficie del mar, pero las nubes estaban inmóviles y parecían cavilar algo triste y aburrido.

- Ea, hermano, vuelve en ti. ¡Ya es tiempo! Diríase que te han quitado el alma y que no queda de ti sino un saco de huesos...

Gavrilo escuchaba contento una voz humana, aunque fuera la de Tchelkache.

- Ya oigo -contestó en voz baja.

- Bueno, tontín, pasa al timón, y yo cogeré los remos. ¿Estás cansado?

El joven cambió maquinalmente de sitio; y cuando Tchelkache notó que le vacilaban las piernas, le compadeció más todavía y le dio un golpecito en el hombro.

- ¡No tengas miedo, te tocará buena tajada! Te pagaré bien, hermano. ¿Quieres ganarte veinticinco rublos?

- No tengo necesidad de nada. Lo que deseo es llegar a tierra.

Tchelkache movió los brazos, escupió y remó.

Había despertado el mar. Jugaba con sus mil ondas pequeñas, las hacía brotar, las engalanaba con una franja de espuma, las amontonaba unas sobre otras y las desmenuzaba en polvo. La espuma, al fundirse, murmuraba y suspiraba, y la oscuridad parecía animarse.

- Oye, dime -exclamó Tchelkache-, volverás al pueblo, te casarás, labrarás y sembrarás, tu mujer te dará muchos hijos, les faltará el pan y te descremarás toda la vida. ¿Te parece esto un gran porvenir?

- No, no me parece gran cosa -contestó tímidamente Gavrilo-, pero ¿qué le vamos a hacer?

Las nubes a trechos se habían rasgado, y a través de los agujeros veíanse el cielo azul y algunas estrellas. Reflejándose sobre el mar jugueteón, saltaban aquellas estrellas sobre las olas, desaparecían y volvían a brillar.

- ¡Más hacia la izquierda! -dijo Tchelkache-. Llegamos en seguida. La jornada ha sido buena. ¿Ves? En una sola noche he ganado quinientos rublos. ¿Qué tal?

- ¡Quinientos rublos! -exclamó con incredulidad Gavrilo, pero tocando con el pie los fardos del fondo de la barca, añadió:- ¿Qué es todo esto?

- Pues seda, una mercancía cara; si se vendiese a su verdadero precio, valdría lo menos mil rublos, pero no soy ambicioso...

- ¡Es posible! -preguntó Gavrilo-. ¡Ah, si yo poseyera esa suma!

Dio un suspiro al recordar la campiña, su vida mísera, sus afanes, su madre y todas aquellas cosas lejanas y queridas que le habían hecho a abandonar el pueblo en busca de trabajo. Una ola de

recuerdos le envolvió. Vio nuevamente su aldea, situada en una pendiente, el río oculto entre álamos y sauces, y aquella visión le animó y le sostuvo.

- ¡Qué alegría! -suspirió tristemente.

- Sí, correrías a tu tierra, y ¡buenas noches! ¡Cuánto te querrían las mozas! ¡Podrías escoger! ¡Te harías tu isba...! Pero tal vez no tendrías bastante dinero para todo...

- Es cierto, la madera va muy cara en mi pueblo.

- Pero restaurarías la que posees. Y ¿tienes caballo?

- Sí, pero es ya muy viejo.

- Entonces, un caballo, ¡un buen caballo! y ¡una vaca y ovejas y gallinas! ¿Eh...?

- Pero ¿a qué viene todo eso? ¡Ah, señor, qué bien lo pasaría!

- Sí, hermano, te darías buena vida... Yo también entiendo algo de eso, también tuve mi hogar; mi padre era uno de los más ricos labradores de mi pueblo.

Tchelkache remaba pausadamente. Balanceábase la barca sobre las olas y apenas adelantaba camino. Absortos en sus pensamientos, los dos hombres, mecidos por el agua, miraban vagamente a lo lejos. Tchelkache había recordado a Gavrilo la aldea para calmarle algo; pero después, a fuerza de recordar las delicias del campo que olvidara, tantos años hacía, se dejó llevar por sus recuerdos, y en vez de hacer hablar al mozo, empezó a perorar por su cuenta sin advertirlo.

- Lo principal, hermano, es la libertad. Debes ser dueño de ti. Tienes casa, y aunque valga poco es tuya. Tuyas son tus gallinas, tus frutos, tu trigo; eres rey en tu tierra. Es necesario llevar una vida muy ordenada. Por la mañana, al levantarse, debes empezar el trabajo. En primavera hay que hacer una cosa, en verano otra, y otra distinta en invierno y otoño. Donde quiera que vayas, puedes volver en seguida a tu casa. El calor..., el descanso..., ¿no eres un rey?

Tchelkache se había entusiasmado al hacer aquella larga enumeración de las ventajas del campesino y de sus derechos; pero

olvidaba hablar de los deberes. Gavriilo le contemplaba con curiosidad y se entusiasmaba también. Había olvidado la índole del hombre con quien hablaba, y veía únicamente en él un labrador que se le asemejaba, apegado al terruño también por muchas generaciones de labradores, por los recuerdos de la infancia, pero que se alejó voluntariamente de la madre tierra y expiaba ahora su rebelión.

- Eso es, hermano. Mírate en tu propio ejemplo. ¿Quién eres ahora sin la tierra? ¡Ah!, hermano; la tierra es como una madre, no se la olvida nunca.

Tchelkache volvió en sí. Sentía aquella quemadura en el pecho que le acometía siempre que se ofendía su amor propio de aventurero audaz, sobre todo cuando tenía a su ofensor por inferior a él.

- ¡No te entusiasmes! -exclamó con mal humor-. ¿Crees acaso que hablo seriamente? Valgo yo mucho más que todo eso.

- ¿Piensas que hablo de ti? -contestó Gavriilo intimidado de nuevo-. No hay muchos como tú... ¡Vaya si hay desdichados y vagabundos sobre la tierra...!

- Coge los remos, toca -mandó brevemente Tchelkache, conteniendo una oleada de injurias que acudía a sus labios.

Cambiaron nuevamente de sitio. Tchelkache, al pasar sobre los fardos para coger el timón, sintió un vehemente deseo de dar un golpe a Gavriilo que le tumbara al mar, y, al mismo tiempo, no tenía valor para mirarle a la cara.

Ya no hablaban, pero ahora hasta en el silencio de Gavriilo parecía Tchelkache notar olor a pueblo. Recordando lo pasado, se olvidaba de remar y las olas le empujaban a alta mar. Parecían comprender las ondas que la barquilla no llevaba rumbo y jugaban con ella. Desfilaban ante Tchelkache escenas de lo pasado, separado de lo presente por una valla de once años de vida vagabunda. Volvió a verse niño, vio el pueblo; su madre, colorada, gorda, de cándida mirada; su padre, un gigantón de barba roja, de severo rostro; su mujer, Anfisa, de ojos negros, larga caballera, limpia, alegre, regordeta..., y veíase luego a sí mismo, gallardo soldado de la guardia, y otra vez a su padre con el pelo ya gris, encorvado por el

trabajo, y a su madre arrugada, tendida en el suelo. ¡Qué recibimiento le hicieron cuando volvió del servicio! Sentíase el padre orgulloso de su Gregorio, bigotudo, guapo mozo, el gallito del pueblo... La memoria, ese verdugo de los infelices, anima hasta las piedras de lo pasado, y al veneno apurado años atrás, añade gotas de miel, sólo para aplastar al hombre con la conciencia de sus faltas y para destruir en él la fe en lo porvenir, haciéndole harto caro lo pasado. Sentíase Tchelkache envuelto en un aura bienhechora que traía en sus alas las dulces palabras de su madre, los consejos de su padre, infinidad de sonidos olvidados y sabrosos olores de la tierra, cubierta de trigo verde como la esmeralda... Sentíase entonces pequeño, miserable y solitario, sin afecto que le uniera a nadie, y arrojado de la vida donde se formó la sangre que circulaba por sus venas.

- ¿Hacia dónde vamos? -preguntó de pronto Gavriilo.

Volvióse Tchelkache estremecido, con la inquieta mirada de una fiera.

- ¡Qué demonio importa! Rema con brío. Ya llegamos.

- ¿Estabas soñando? -preguntó sonriendo Gavriilo.

Tchelkache le contempló fijamente. El joven volvía a estar tranquilo, alegre, en completa posesión de sí mismo. Era muy joven y toda su vida le pertenecía. Tal vez la vida le esclavizara. Y cuando Tchelkache pensó aquello, se sintió más triste aún. Al contestar a la pregunta del mozo, gruñó con enfado:

- Ya estoy cansado, y esto baila...

- Vaya si baila... Supongo que no nos dejaremos coger ahora con esto...

Señalaba los fardos con el pie.

- No tengas cuidado. Voy a entregarlo en seguida y a recibir el dinero.

- Quinientos, ¿eh?

- Creo que sí.

- ¡Buena cantidad! ¡Si yo la tuviese, pobre de mí!

- ¿Entonces, al pueblo?

- Inmediatamente.

Gavrilo se dejó llevar por sus pensamientos. Tchelkache parecía aplanado. Colgaban sus bigotes; todo su lado derecho, azotado por las olas, estaba mojado; sus ojos, sumidos, habían perdido su brillo. Su aspecto de ave de rapiña había desaparecido para convertirse en un ensueño humillante, que se delataba en los mismos pliegues de su blusa sucia.

- ¡Ah, estoy rendido!

- Ya llegamos.

Tchelkache hizo virar de pronto la barquilla y se dirigió hacia un bulto negro que salía del agua. El cielo estaba cubierto de nubes y caía una llovizna fina y copiosa que resonaba alegremente en las crestas de las olas.

- Para poco a poco -ordenó Tchelkache.

La barquilla chocó con el costado de un navío.

- ¿Dormirán esos diablos? -murmuró Tchelkache cogiendo con el bichero las cuerdas que caían de a bordo-. La escala no está echada. ¡No podía llover más a tiempo! ¡Eh!, esponjas del diablo, ¡eh!

- ¿Es Tchelkache? -preguntó desde arriba una voz dulzona.

- ¡Pronto, echa la escala!

- Buenos días, Tchelkache.

- ¡Echa la escala, diablo negro! -rugió Tchelkache.

- Qué mal humor traes hoy... ¡Eh! ¡Oh!

- Sube, Gavrilo -ordenó Tchelkache a su amigo.

En dos minutos estuvieron ambos en el puente, donde tres personajes barbudos hablaban animadamente en una lengua rara y entrevesada. Otro, envuelto en un gran tabardo, adelantóse hacia Tchelkache, le estrechó la mano en silencio y echó una mirada de recelo a Gavrilo.

- Prepara el dinero para mañana -dijo brevemente Tchelkache-. Ahora voy a dormir. Vamos, Gavrilo, ¿tienes hambre?

- No, tengo sueño.

Al poco rato roncaba ya sobre la sucia cubierta, y Tchelkache, sentado a su lado, se probaba una bota que por allí dejara un marinero. Escupió por un colmillo y se puso a silbar con cólera. Después se tendió junto al joven, sin quitarse la bota, puso las manos bajo la nuca y examinó con atención el puente, frunciendo los labios.

Mecíase la barca en el agua; la madera crujía lentamente, caía la lluvia, y las olas golpeaban los costados. Todo aparecía triste y resonaba como el cariñoso canto de una madre que no ha perdido la esperanza en la dicha de su hijo. Tchelkache levantó la cabeza, miró en torno suyo enseñando los dientes, y, después de murmurar algunas palabras, volvió a tumbarse... Sus piernas abiertas le daban el aspecto de una tijera enorme.

Parte III

Al despertarse sintió inquietud durante un instante, y después se tranquilizó viendo que Gavriilo dormía aún, con la boca entreabierta, dando fuertes ronquidos.

Suspiró Tchelkache y subió por una escala de cuerda. A través de la escotilla abierta se veía un trozo de cielo gris. Estaba amaneciendo, pero como era en otoño no tenía el firmamento su alegre color azul.

Reapareció Tchelkache un par de horas después. Tenía la faz encendida y el bigote retorcido; en sus labios vagaba una sonrisa placentera. Vestía una chaqueta, un pantalón de cuero y altas botas, que le hacían parecer un cazador. Aquel traje, algo usado, pero en buen estado, le sentaba bien, dándole cierto aire arrogante y disimulando lo que su cuerpo tenía de anguloso.

- ¡Eh, novillo, despierta! -dijo empujando a Gavriilo con el pie.

Estremeciése éste, y, no reconociéndole al pronto, le miró fijamente. Tchelkache lanzó una carcajada.

- Pareces un señor -exclamó Gavriilo sonriendo.
- ¡Claro que sí! ¡Qué cobardón eres! Cuantas veces has temido la muerte esta noche, ¿eh?
- Jamás me hubiera dedicado a estas cosas. Puede uno perder su alma en un instante.
- ¿No trabajarías otra vez?
- Sí, pero sería preciso saber lo que iba ganando.
- Doscientos rublos.
- ¿Doscientos? Ya lo creo que iría.
- ¿Y tu alma?
- Tal vez no la perdiera y sería un hombre durante el resto de mi vida.

Tchelkache se echó a reír.

- Bien, basta de broma; vamos a la playa.

Bajaron de nuevo a la barquilla. Tchelkache empuñó el timón y Gavriilo los remos.

El cielo hallábase cubierto de nubes. El mar, de un verde oscuro, jugaba con la embarcación, la hacía saltar entre las menudas olas, y ante la proa de la barquilla, aparecía muy lejos la línea arenosa de la playa, quedando detrás de la popa la mar libre y juguetona que hacía surgir de su seno regimientos de olas, adornadas ya con soberbias franjas espumosas.

- Se preparaba tempestad para esta noche -dijo Tchelkache indicando el mar con un movimiento de cabeza.
- ¿Te parece?
- Sí.

Gavriilo le miró con curiosidad.

- ¿Cuánto te dieron por fin? -preguntó viendo que Tchelkache no hablaba.
- ¡Mira! -dijo Tchelkache.

Y mostró a Gavriilo la mano llena de billetes de Banco.

- ¡Y yo, creía que exagerabas! ¿Cuánto es?

- Quinientos cuarenta. ¿Qué tal?

- ¡Buena cantidad! -contestó Gavrilo, acompañando con una mirada de rabia los quinientos rublos que volvían a hundirse en el bolsillo de donde salieron-. ¡Ah! ¡Si todo eso fuese mío! - suspiró.

- No tengas miedo, muchacho -exclamó con entusiasmo Tchelkache-, nos vamos a divertir... Te daré cuarenta rublos; ¿qué tal? ¿Los quieres ahora?

- Si te parece... dámelos.

Gavrilo temblaba de ansiedad y sentía algo que le abrasaba el pecho.

- ¡Ah, muñeco del demonio! ¿Aceptas? ¡Toma, hermano, toma de una vez! No sé dónde poner este dinero. ¡Toma!

Tchelkache alargó a Gavrilo algunos billetes de diez rublos. Los tomó el otro con mano temblorosa, soltó los remos y guardó el botín en la blusa, entornando los ojos y aspirando una bocanada de aire.

Tchelkache le miraba burlonamente. Gavrilo remaba nuevamente, con la vista baja como si temiera algo. Sus hombros y sus orejas se estremecían.

- ¡Qué ambicioso eres! Verdad es que, como buen campesino...

- ¡Cuántas cosas se pueden hacer con dinero...! -exclamó Gavrilo entusiasmado de pronto y murmurando entre dientes una retahíla en la que sólo podía oírse las palabras respeto, bienestar, alegría, libertad...

Tchelkache le escuchaba con atención, muy serio.

- Ya llegamos -dijo por fin.

Una ola empujó la barca y la lanzó a la arena.

- ¡Dejémoslo todo listo! Hay que llevar un poco más lejos la barca, para que no la arrastre el mar. Vendrás a buscarla. Adiós. La ciudad está a ocho verstas. ¿Irás, verdad?

En la cara de Tchelkache se leía una expresión astuta al par que bondadosa. Parecía que preparase a Gavrilo una novedad

agradable e inesperada. Con la mano, que no sacaba del bolsillo, estrujaba los billetes de Banco.

Gavrilo se ahogaba. Agitábanse en su interior deseos, palabras y sentimientos que luchaban entre sí. Sentía un calor que le abrasaba.

Tchelkache le miró asombrado.

- ¿Qué te sucede? -le preguntó.

- Nada.

Pero el rostro de Gavrilo cambiaba de color. Estremecíase como si meditara lanzarse sobre Tchelkache, o como si se sintiera dominado por un deseo temerario, imposible de ejecutar.

Tchelkache sintió cierto malestar ante aquella extraña excitación, preguntándose en qué forma iría a estallar. Gavrilo rompió en forzada risa parecida a un sollozo. Tenía baja la cabeza, de modo que Tchelkache no podía ver la expresión de su rostro.

- ¡Vete al demonio! -exclamó Tchelkache haciendo un rápido ademán-. No parece sino que me hagas la rosca. ¿Es que estás enamorado de mí? ¿Sientes que te deje? Oye, galopín, habla o me largo.

- ¿Te vas? -exclamó Gavrilo con voz sonora.

La desierta y arenosa playa se estremeció al oír aquel grito, y, los montones de arena, formados por el agua, parecían estremecerse también. De pronto Gavrilo se echó a los pies de Tchelkache, se tambaleó, sentóse pesadamente en la arena, y, rechinando los dientes, hendió el aire con su largo brazo. Pero no llegó a pegar, detenido por la mirada confusa y viva de Gavrilo.

- Amigo..., dámelo, dame ese dinero en nombre de Dios. ¿Para qué lo quieres tú? En una noche solamente lo has ganado, y a mí me costaría muchos años; dámelo... Rogaré por ti... siempre... en tres iglesias... por la salvación de tu alma. Tú lo malgastarás y yo lo emplearé en la tierra. ¡Oh!, dame ese dinero... ¿Qué falta te hace a ti? Con otra noche así lo volverás a tener... Haz una buena obra. ¡Tú ya estás dejado de la mano de Dios! No podrás seguir el buen camino, y yo, en cambio... ¡Ah, amigo, dámelo!

Asustado Tchelkache, furioso y sorprendido, sentado en la arena, echado hacia atrás y apoyado en el suelo con ambas manos, miraba en silencio al joven que, con la cabeza sobre sus rodillas, le suplicaba anhelante. Empujóle por fin, se puso en pie, y metiendo la mano en el bolsillo, echó los billetes a Gavriilo.

- ¡Toma, perro, traga! -gritó estremeciéndose de cólera, de odio y de lástima hacia aquel muchacho.

Cuando hubo tirado así el dinero se sintió héroe. La audacia resplandecía en su mirada y en todo él.

- Pensaba darte más. Ayer me dabas lástima... Me acordaba del pueblo y me decía: Ayudaremos a este pobre chico. Y esperaba ver lo que harías, si me pedirías o no. ¡Mendigo, miserable...! ¿Vale la pena de darse malos ratos por el dinero? ¡Imbéciles, diablos codicias, que se venden por cinco kopeks!

- Dios te lo pague, hermano. ¡Cuánto dinero! Ahora soy rico - exclamaba Gavriilo entusiasmado, estremeciéndose y guardando el dinero en la blusa-. ¡Qué buen hombre eres! ¡No te olvidaré nunca! ¡Diré a mi mujer y a mis hijos que rueguen a Dios por ti!

Tchelkache escuchaba aquellas exclamaciones de júbilo y miraba el rostro de Gavriilo, radiante y transfigurado por la codicia; sentía que él, ladrón y vagabundo como era, sin afecto alguno, no sería jamás tan rapaz, ni tan vil. Esta reflexión le daba la conciencia de su audacia y le retenía junto a Gavriilo en la orilla desierta del mar.

- Me has hecho feliz -decía Gavriilo, y apoderándose de la mano de Tchelkache, la besaba y la apretaba contra el rostro.

Tchelkache callaba, enseñando sus dientes de lobo. Gavriilo proseguía:

- ¡Qué ideas he tenido! Mientras navegábamos, he visto el dinero y pensaba: Si le diese un golpe con un remo, uno solo..., le echaría al mar y el dinero sería mío. Nadie cuidaría de averiguar por qué has desaparecido, y aun cuando te encontrasen, no querrían saber nada más. No eres hombre por quien se moleste nadie. Eres un ser inútil.

- ¡Dame el dinero! -rugió Tchelkache cogiendo a Gavriilo por la garganta.

Defendióse éste, pero el otro brazo de Tchelkache se arrolló como una sierpe a su cuerpo. Oyóse un ruido de tela desgarrada. Gavriilo cayó al suelo braceando con desesperación y agitando las piernas. Tchelkache, erguido, fuerte como una fiera, enseñaba los dientes con malvado gesto y reía nerviosamente, haciendo erizar el bigote sobre su rostro anguloso. Jamás, en su vida, recibiera golpe tan doloroso, ni su furor fue tan grande.

- ¿Estás contento ahora? -preguntó sin dejar de reír a Gavriilo; y volviendo la espalda se fue hacia la ciudad.

Pero no había dado aún dos pasos, cuando Gavriilo, inclinándose como un gato, puso una rodilla en el suelo y, tomando impulso, le tiró un guijarro, gritando con ira:

- ¡Una!

Gimió Tchelkache, llevó ambas manos a la nuca, inclinóse hacia adelante, volvióse y cayó de bruces sobre la arena. Movié una pierna, trató de levantar la cabeza y quedó rígido y vibrante como una cuerda tendida.

Gavriilo entonces echó a correr a lo lejos hacia la estepa brumosa. Murmuraban las olas corriendo por la arena, mezclándose con ella y avanzando aún. Silbaba la espuma, y las gotas de agua volaban en el aire.

Llovía. Bajaba el agua del cielo a la tierra en delgados hilos, que se entrecruzaban formando como una red, que pronto oscureció el horizonte. Sólo se veía la cortina de lluvia y aquel cuerpo largo, tendido en la arena junto al mar. De pronto reapareció Gavriilo corriendo. Volaba como un pájaro. Acercóse a Tchelkache e intentó incorporarle. Su mano se hundió en una masa cálida y roja. Se apartó temblando, pálido y como loco.

- Levántate, hermano -murmuraba al oído de Tchelkache.

Este volvió en sí y rechazando a Gavriilo le dijo con voz enronquecida:

- ¡Vete!

- Hermano, perdón es el diablo que me ha tentado -decía Gavriilo, tembloroso, besándole la mano.

- ¡Vete! ¡Vete!

- ¡Perdóname, amigo, perdóname!

- ¡Vete al diablo! -exclamó Tchelkache, sentándose en la arena.

Su rostro tenía una expresión colérica y terrible; sus ojos se entornaban como si tuviese mucho sueño...

- ¿Quieres algo más? Ya lograste tu objetivo..., ¡vete!

Probó a empujarle, pero aniquilado por el dolor no lo consiguió, y habría caído a no sostenerle Gavriilo. Ambos estaban pálidos y tenían un aspecto miserable y espantoso.

- ¡Uf!

Tchelkache escupió a Gavriilo en los ojos. Este se limpió humildemente con la manga y murmuró:

- Haz lo que quieras... No he de contestar... ¡Perdóname en nombre de Dios!

- ¡Torpe, que no sabes ni robar! -gritó Tchelkache con desprecio.

Rasgó un faldón de la camisa, y sin decir una palabra, rechinando los dientes, se vendó la cabeza.

- ¿Tomaste el dinero? -preguntó por fin.

- No lo tomé, hermano; ¡no lo quiero..., trae desgracia!

Tchelkache sacó del bolsillo el fajo de billetes, se quedó con uno para sí y arrojó el resto a Gavriilo.

- Toma, y vete.

- ¡No puedo tomarlo, no, perdóname!

- ¡Toma, te digo! -rugió Tchelkache, mirándole de un modo terrible.

- ¡Perdóname! No lo tomaré -dijo tímidamente Gavriilo cayendo a los pies de Tchelkache, a quien la lluvia regaba generosamente.

- ¡Mientes, embustero, lo tomarás enseguida! -dijo Tchelkache, levantándole con esfuerzo la cabeza y restregándole el dinero por la cara-. ¡Toma! ¡Toma! No has trabajado de balde. Maldito lo que sientes haber estado a pique de asesinar a un hombre. A uno de mi calaña nadie le echa de menos y aún puede que te dieran las

gracias. ¡Toma! nadie sabrá tu acción y merece recompensa. ¡Ahí la tienes!

Gavrilo vio que Tchelkache reía y experimentó cierto alivio. Estrechó el dinero en el puño.

- ¿Me perdonas, hermano? ¿No me guardas rencor?

- ¡Ay, hermanito! -contestó remedándole Tchelkache-. Perdonarte, ¿de qué? No hay perdón que valga. Hoy por ti, mañana por mí.

- ¡Hermano!, ¡hermano...! -suspiró dolorosamente Gavrilo, moviendo la cabeza.

Tchelkache, en pie ante él, sonreía; el trapo que llevaba en la cabeza iba enrojeciéndose poco a poco y parecía un gorro tunecino. La lluvia arreciaba. Quejábase sordamente el mar y las olas se estrellaban furiosamente contra la playa. Los dos hombres se miraban.

- ¡Adiós! -dijo con fino sarcasmo Tchelkache.

- ¡Perdón, hermano! -repitió Gavrilo.

- No hay de qué -contestó reposadamente Tchelkache, alejándose, sosteniendo con ambas manos la cabeza, como si temiese perderla.

Gavrilo le miró largo rato, hasta que se perdió entre la lluvia, que caía espesa y envolvía la estepa en un velo gris, impenetrable. Después Gavrilo, quitándose la gorra, se persignó, miró el dinero que conservaba en la mano, suspiró profundamente, ocultó en la blusa su botín y echó a andar con paso firme en dirección opuesta a la que tomó Tchelkache. Rugía el mar y lanzaba sobre la arena sus enormes, pesadas olas, desmenuzándolas en espuma y en chispas de agua. La lluvia azotaba encarnizada mar y tierra. Silbaba el viento, y en el aire vibraban quejas, gritos, sordos rumores. La cortina de la lluvia ocultaba mar y cielo...

Bien pronto la lluvia y las olas borraron la mancha roja del sitio en que cayera Tchelkache, lavaron las huellas de los pasos, y, en la desierta playa, no quedó recuerdo alguno del drama representando entre dos hombres.

F I N